



LIBRO  
DEL  
AÑO

Katharina Hagen

# EL SABOR DE LAS PEPITAS DE MANZANA

*Una casa heredada, un árbol  
y muchos recuerdos*



MAEVA

Tras la muerte de Bertha, sus tres hijas —Inga, Harriet y Christa— y su nieta Iris, se reencuentran para leer su testamento. Para sorpresa de todas, Iris es la heredera única de la casa y debe decidir en pocos días qué hacer con ella. Como primer paso, comienza por poner orden en las pertenencias de su abuela.

## **EL SABOR DE LAS PEPITAS DE MANZANA**

**Tras la muerte de Bertha, sus tres hijas —Inga, Harriet y Christa— y su nieta Iris, se reencuentran para leer su testamento. Para sorpresa de todas, Iris es la heredera única de la casa y debe decidir en pocos días qué hacer con ella. Como primer paso, comienza por poner orden en las pertenencias de su abuela.**

Autor: Hagen, Katharina

©2011, Maeva, S.A. Ediciones

ISBN: 9788415120247

Generado con: QualityEPUB v0.30

*Para Christof*  
*La mémoire ne nous servirait à rien*

*si elle fut rigoureusement fidèle.*

La memoria no nos serviría de nada

si fuera rigurosamente fiel.

Paul Valéry

## Capítulo 1

**Tía** Anna murió con dieciséis años de una neumonía que no fue posible curar porque la enfermedad le había roto el corazón y aún no se había descubierto la penicilina. Su muerte ocurrió un día de julio al anochecer y un instante después, cuando Bertha —la hermana menor de Anna— se precipitó llorando al jardín, se dio cuenta de que con el último estertor de Anna todas las grosellas rojas se habían vuelto blancas. Era un jardín grande. Los numerosos y antiguos groselleros se arqueaban por el peso de las bayas que debían haberse recogido hacía mucho tiempo, pero en las que, tan pronto como Anna cayó enferma, nadie había vuelto a pensar. Mi abuela me lo contaba con frecuencia, ya que había sido ella quien había descubierto las grosellas enlutadas. Desde entonces, no hubo más que grosellas negras y blancas en el jardín de mi abuela y todos los esfuerzos que se hicieron más adelante por cultivar un arbusto rojo se saldaron con fracaso; en sus ramas tan solo crecían bayas blancas. Eso, sin embargo, no perturbaba a nadie; las blancas eran casi tan dulces y sabrosas como las rojas, el delantal no se le manchaba a una demasiado al exprimirlas para extraer el jugo y la jalea que se obtenía emitía destellos de una misteriosa, pálida transparencia. Como «lágrimas en conserva» decía mi abuela. Y sobre los anaqueles de la bodega seguía habiendo frascos de todos los tamaños con jalea de grosellas de 1981, un año cuyo verano fue particularmente rico en lágrimas. El último verano de Rosmarie.

Un día, buscando pepinillos en conserva, mi madre encontró un frasco de 1945 que contenía las primeras lágrimas de la posguerra. Se lo regaló a la Asociación de Amigos de los Molinos, y cuando le pregunté por qué diablos le daba la deliciosa jalea de la abuela a una cooperativa regional, dijo que aquellas lágrimas habían sido demasiado amargas.

**Mi** abuela Bertha Lünschen, de soltera Deelwater, murió algunas décadas después de tía Anna, pero ya hacía tiempo entonces que no sabía quién había sido su hermana, ni cómo se llamaba ella misma, ni si era invierno o verano. Había olvidado para qué servían un zapato, una hebra de lana o una cuchara. Durante diez años se fue liberando de sus recuerdos con la misma ligereza inquieta con que se alisaba los cortos rizos blancos que

tendían a enredársele en la nuca o con que recogía las invisibles migas sobre la mesa. Más que de los rasgos de su cara, me acordaba con claridad del ruido de la piel dura, seca, de su mano sobre la madera de la mesa de la cocina. También recordaba cómo sus dedos anillados se cerraban firmemente en torno a las migas invisibles, como intentando atrapar la sombra de su espíritu en fuga; aunque puede que Bertha solo quisiera, aparte de simplemente llenar el suelo de migas, alimentar a los gorriones que disfrutaban en el jardín dándose baños de arena y arrancando los pequeños rábanos a comienzos del verano. Más tarde, en la residencia de ancianos, la mesa pasó a ser de plástico y la mano de mi abuela enmudeció. Antes de perder totalmente la memoria, Bertha nos incluyó en su testamento. Christa, mi madre, heredó la tierra; tía Inga, los valores del banco; tía Harriet, el dinero. Yo, la última descendiente, heredé la casa. Las joyas y los muebles, la ropa blanca y la plata debían ser repartidos entre mi madre y mis tías. El testamento de Bertha era claro como el agua y fue una ducha fría: los valores no eran para tanto; la vida en los pastos de la llanura de Alemania del Norte no atraía a nadie salvo a las vacas; dinero no había mucho, y la casa era vieja.

**Bertha** debió de acordarse de cuánto me gustaba entonces aquella casa. De sus últimas voluntades, sin embargo, no nos enteramos hasta después del entierro. Viajé sola. Un viaje largo y complicado a bordo de diferentes trenes; había salido de Friburgo y tuve que atravesar de punta a punta todo el país antes de bajar de un autocar de línea casi vacío que me había paseado de pueblo en pueblo desde una pequeña y fantasmagórica estación de provincias para dejarme bien arriba, en el pueblo de Bootshaven, justo frente a la casa de mi abuela. Estaba exhausta por el viaje, por la tristeza y por el sentimiento de culpa que siempre se experimenta cuando muere alguien que, aunque nos es querido, no llegamos a conocer bien en vida.

**Tía** Harriet también había venido. Ya no se llamaba Harriet, sino Mohani, aunque no vestía túnica naranja ni llevaba el cráneo rasurado. Lo único que sugería su nueva condición de iluminada era el collar de cuentas de madera con la imagen del gurú. Con sus cortos cabellos rojos de *henna* y su calzado deportivo Reebok, sobresalía del resto de negras siluetas reunidas en pequeños grupos delante de la capilla. Me alegré de ver a tía Harriet, aunque me invadió cierta angustia —inquietud más bien—, al pensar que no la había vuelto a ver desde hacía treinta años, es decir, desde que enterramos a

Rosmarie, su hija. Aquella angustia me era familiar; al fin y al cabo, pensaba en Rosmarie cada vez que contemplaba mi rostro en el espejo.

Su entierro había sido insoportable. Siempre es insoportable —qué duda cabe— tener que enterrar a una jovencita de quince años. En aquella ocasión, como hube de enterarme más tarde, caí desmayada. Lo único que recuerdo son las lilas blancas dispuestas sobre el ataúd, el perfume vaporoso y dulce que exhalaban y que acabó por taponarme la nariz, provocarme burbujas en la tráquea y que hizo que me faltara el aire y que, con un giro, me hundiese en un agujero blanco.

Desperté más tarde, en el hospital. Al caer me había golpeado la frente contra el bordillo y habían tenido que coser la herida. Me quedó una cicatriz encima del puente de la nariz, una marca pálida. Ese fue mi primer desmayo. Desde entonces, me he desmayado con frecuencia. En nuestra familia, eso de caerse, se nos da bien.

**Así** fue como la pobre tía Harriet renegó de la fe tras la muerte de su hija y se unió a Bhagwan. Según se decía en el círculo de conocidos, había entrado en la secta... Aunque la palabra «secta» se pronunciaba en voz baja, como temiendo ser espiados y atrapados por ella para acabar como aquellos locos lobotomizados de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, con el cráneo rapado, dando tumbos por las zonas peatonales de este mundo, aporreando los timbales con alegría infantil. Tía Harriet no parecía, sin embargo, querer desembalar sus timbales para el entierro de Bertha. Cuando me vio, me estrechó entre sus brazos y me besó la frente. Más bien besó la cicatriz de mi frente, pero no dijo ni una palabra y se limitó a empujarme hacia mi madre que estaba de pie junto a ella. Mi madre tenía aspecto de haber llorado los últimos tres días. Al verla, se me encogió el corazón. ¡Qué terrible ha de ser tener que enterrar a tu propia madre!, me dije tras soltarme de su abrazo. Mi padre, a su lado, la sostenía. Estaba mucho más pequeño que la última vez y su cara tenía arrugas que yo jamás le había visto. Tía Inga se mantenía algo apartada. A pesar de sus ojos enrojecidos, seguía siendo impresionantemente bella y las comisuras inclinadas de su hermosa boca expresaban más orgullo que aflicción. Aunque su vestido fuera sencillo y cerrado hasta el mentón, más que una prenda de duelo parecía un vestido de cóctel negro. Tía Inga había venido sola. Me cogió ambas manos y me sobresalté ligeramente; una descarga eléctrica, apenas perceptible, me alcanzó desde su mano izquierda. En el brazo derecho llevaba su brazalete de ámbar. Las manos de tía Inga eran duras al tacto, cálidas y secas.



Era una soleada tarde de junio. Eché una mirada al resto de la gente: muchas mujeres de cabellos blancos, de gafas gruesas y bolsos negros; eran las compañeras habituales de tertulia de Bertha. Estaban también el antiguo alcalde y, por supuesto, Carsten Lexow —que fue profesor de mi madre—, algunas amigas de la escuela y unas primas lejanas de mis tías y mi madre. Tres hombres de elevada estatura, uno al lado del otro, con aire solemne y desmañado, se reconocían fácilmente como antiguos pretendientes de tía Inga, a quien apenas osaban mirar abiertamente, pero de quien, sin embargo, no apartaban los ojos. Los vecinos de mi abuela, los Koop, también estaban presentes, además de otras personas a quienes no pude identificar: empleados de la residencia de ancianos, tal vez, o de la funeraria, o colaboradores de mi abuelo de la época en que aún tenía el bufete.

Nos dirigimos todos al bar situado junto al cementerio y tomamos café con bizcocho de mantequilla. Como es costumbre después de los entierros, la gente comenzó a hablar de inmediato. Al principio en voz baja, después cada vez más fuerte. Incluso mi madre y tía Harriet no tardaron en conversar febrilmente. Los tres pretendientes rodeaban ahora a tía Inga, firmemente plantados sobre sus piernas separadas y con las espaldas arqueadas hacia atrás. Tía Inga parecía bien dispuesta a aceptar sus homenajes, pero, al mismo tiempo, los recibía con cierto sarcasmo.

Las damas del círculo de mi abuela comían en torno a la misma mesa y celebraban una pequeña tertulia. Con los labios manchados de granitos de azúcar y almendra machacada, comían igual que hablaban, lenta, ruidosamente y sin parar. Junto con las dos camareras, mi padre y el señor Lexow iban y venían de la cocina a las mesas con bandejas de plata cargadas de montañas de porciones de bizcocho mientras las cafeteras humeantes se sucedían a intervalos regulares. Las damas del círculo jaleaban un poco a aquellos dos hombres jóvenes tan atentos, animándolos a unirse a la tertulia y, mientras mi padre bromeaba respetuosamente con ellas, el señor Lexow se limitaba a sonreír con timidez y a huir hacia las mesas vecinas. Al fin y al cabo, tenía que seguir viviendo allí.

**Aún** hacía calor cuando abandonamos el local. El señor Lexow se sujetó las perneras del pantalón con dos aros metálicos y montó en la bicicleta negra que lo esperaba, apoyada y sin candado, contra la pared de la casa. Nos saludó levantando fugazmente la mano y se fue pedaleando en dirección al cementerio. Mis padres y mis tías permanecieron ante la puerta del local, parpadeando bajo el molesto resplandor del sol de la tarde. Mi padre

carraspeó:

—Los hombres del bufete... los habéis visto, ¿verdad? Bien, Bertha ha hecho testamento.

Eran los abogados, pues. Mi padre no había acabado aún; abrió la boca y la volvió a cerrar; las tres mujeres seguían mirando hacia el sol rojizo sin decir palabra.

—Nos esperan ante la casa.

**Rosmarie** había muerto en verano también, pero en un momento en que por las noches los prados comenzaban a exhalar fragancias de otoño y una no podía tumbarse sobre la hierba sin quedarse rápidamente aterida de frío. Pensaba en mi abuela, que yacía bajo tierra; en el húmedo y negro agujero donde ella reposaba ahora, un suelo pantanoso, fértil y negro bajo la arena. El montículo de tierra junto a su sepultura se secaba al sol y la arena se escurría infatigable. Se precipitaba en pequeñas morrenas, exactamente igual que en un reloj de arena.

—Así soy yo —dijo Bertha un día—, así es mi cabeza.

Gimió inclinando la cabeza hacia el reloj de arena situado al borde de la mesa. Se levantó luego bruscamente de la silla y barrió el reloj de la mesa con la cadera. El delgado soporte de madera se había roto. El vidrio, hecho añicos, había saltado por los aires. Yo era una niña y su enfermedad aún no se notaba demasiado. Me arrodillé y con el dedo índice esparcí la arena blanca por el suelo de piedra blanca y negra de la cocina. La arena era muy fina y resplandecía bajo la luz de la lámpara. Mi abuela, de pie junto a mí, suspiró y preguntó que cómo se me podía haber roto aquel hermoso reloj de arena. Cuando le dije que era ella quien lo había hecho caer, sacudió la cabeza y la volvió a sacudir una y otra y otra vez. Después, recogió los fragmentos de vidrio y los echó al cubo de las cenizas.

**Tía Harriet** me agarró por el brazo. Me sobresalté.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Sí, vamos.

Hice un gesto para liberarme de la leve presión de su mano y me soltó en el acto. Sentí que me miraba con el rabillo del ojo.

**Regresamos** caminando a casa. Bootshaven es un pueblo muy pequeño. La gente inclinaba formalmente la cabeza a nuestro paso y en el camino nos cruzamos varias veces con mujeres de avanzada edad que nos

daban la mano a nosotras, pero no á mi padre. Yo no las conocía, aunque todas ellas parecían conocerme a mí y —es cierto que en voz baja, por deferencia a nuestro luto, pero sin poder reprimir un leve atisbo de satisfacción porque esta vez le hubiese tocado a otra— decían que me parecía a la pequeña Christa. Tardé un rato en comprender que «la pequeña» era mi madre.

La casa se veía desde lejos. La parra silvestre cubría por entero la fachada y las ventanas superiores no eran más que huecos cuadrados en aquel espeso matorral verde oscuro. Los dos viejos sauces de la entrada llegaban hasta el tejado. Al pasar rozando el muro lateral de la casa sentí la tosca piedra roja y caliente bajo mi mano. Un golpe de viento atravesó la parra, los sauces se inclinaron, la casa suspiró suavemente.

Al pie de la escalera que llevaba a la puerta de entrada esperaban los abogados. Uno de ellos tiró su cigarrillo al vernos llegar; después, se agachó rápidamente a recoger la colilla. Mientras subíamos los amplios peldaños, agachó también la cabeza; se había dado cuenta de que lo habíamos visto; su rostro se había puesto colorado mientras hurgaba concentrado en su portafolios. Los otros dos hombres contemplaban a tía Inga. Ambos eran más jóvenes que ella, pero aun así empezaron enseguida a cortejarla. Uno de ellos sacó una llave de su cartera y nos interrogó con la mirada. Mi madre cogió la llave y la introdujo en la cerradura. Cuando se oyó el ruidoso tintineo de la campana de latón encima de la puerta, una misma sonrisa iluminó fugazmente la cara de las tres hermanas.

—Podemos pasar al estudio —dijo tía Inga precediéndonos.

El olor del vestíbulo me aturdió. Seguía flotando aquella misma fragancia de manzanas y piedras viejas, y el baúl tallado del ajuar de mi bisabuela Käthe también seguía allí, apoyado contra la pared. A izquierda y derecha del baúl, las sillas de roble con el escudo de la familia, un corazón partido en dos por una sierra. Los tacones de mi madre y de tía Inga hacían ruido y la arena rechinaba bajo las suelas de cuero; tan solo tía Harriet, con sus Reebok, caminaba despacio y silenciosamente.

El estudio de mi abuelo Hinnerk estaba ordenado. Mis padres y uno de los abogados —el joven del cigarrillo— colocaron cuatro sillas, tres de ellas unas junto a otras y la cuarta enfrente. El pesado escritorio no parecía sentirse afectado por todo aquel trajín y seguía ahí, plantado contra la pared

entre las dos ventanas que daban a la entrada y a los tilos. La claridad del día se colaba por entre el follaje y salpicaba de manchas luminosas la habitación. El polvo danzaba. Hacía fresco allí. Mi madre y mis tías se sentaron en las tres sillas oscuras y uno de los abogados en la silla de escritorio de Hinnerk. Mi padre y yo estábamos de pie detrás de las tres hermanas. Los otros dos abogados, también de pie, se quedaron junto a la pared, a nuestra derecha. Las patas y el respaldo de las sillas eran tan altos y verticales que un cuerpo sentado quedaba enseguida formando un ángulo recto: pies y tibias, muslos y espalda, brazos y antebrazos, cuello y hombros, mentón y cuello. Las hermanas parecían estatuas egipcias de una cámara funeraria.

El hombre sentado en la silla de escritorio de Hinnerk —no el del cigarrillo— oprimió con los dedos el cierre del portafolios, lo que pareció ser una señal para los otros dos, que se aclararon la garganta y miraron al primero, el jefe obviamente, con aire circunspecto. El hombre en cuestión se presentó como antiguo socio de Heinrich Lünschen, mi abuelo.

Se leyó y se comentó el testamento de Bertha y mi padre fue nombrado ejecutor testamentario. Un ligero y único movimiento atravesó los cuerpos de las tres hermanas cuando oyeron que la casa sería para mí. Me dejé caer sobre un taburete y miré al socio del socio. El hombre del cigarrillo giró la cabeza. Yo bajé los ojos y clavé la vista en el papel que aún llevaba en la mano, con los cantos para las exequias de mi abuela. En la palma de mi mano se habían estampado las notas del coral «Oh, cabeza cubierta de sangre y heridas». Impresora de inyección de tinta. Ante mis ojos, cabezas cubiertas de sangre y heridas, cabellos como regueros de tinta roja, cabezas llenas de agujeros, lagunas de la memoria de Bertha: arena que fluye por el cuello del reloj. Con la arena —solo si estaba lo suficientemente caliente— se hacía vidrio. Rocé con los dedos la cicatriz de mi frente; no, aún no caía arena de allí; solo polvo escapó de mi falda de terciopelo al volver a cerrar la mano y cruzar las piernas. Observé en mi media una carrera fina que partiendo de la rodilla se perdía bajo el terciopelo negro. Sentí la mirada de Harriet y levanté la cabeza. Sus ojos estaban llenos de compasión. Ella odiaba la casa. Le traía recuerdos de Rosmarie. ¿Quién había pronunciado aquellas palabras? Olvidado... Cuanto más se extendían las lagunas de la memoria de Bertha, tanto mayores eran los fragmentos de recuerdo que escapaban atravesándola. Cuanto más avanzaba su perturbación, tanto más descabelladas se volvían las prendas de lana que tejía y que, por los puntos que dejaba escapar sin cesar, por las reducciones que hacía al tejer o por los agregados de nuevos puntos en los bordes, crecían y se estrechaban en todas

direcciones y se abrían, se enredaban y deshacían por todas partes. Mi madre había reunido las prendas de punto de Bootshaven y se las había llevado a casa. Las conservaba en una caja en el armario de su dormitorio. Un día la encontré por casualidad y, con una mezcla de estupefacción y regocijo, desplegué las esculturas de lana sobre la cama de mis padres. Mi madre llegó en ese momento. Yo no vivía ya en casa de mis padres y Bertha estaba en la residencia de ancianos. Pasamos un rato contemplando las monstruosidades de lana.

—Es que todo el mundo necesita un lugar donde conservar sus lágrimas —dijo mi madre como para justificarse, y guardó otra vez la caja en el armario. Nunca más volvimos a hablar de los tejidos de Bertha.

**Salimos** todos del despacho en fila india, recorrimos otra vez el vestíbulo hasta la puerta de entrada y la campana hizo un ruido metálico. Los hombres nos estrecharon la mano y se alejaron. Nosotros nos sentamos fuera, en la escalera de la entrada. Las losas, llanas y de un blanco amarillento, estaban casi todas rajadas, pero no transversalmente, sino en sentido longitudinal: las piedras se habían roto en delgadas capas que podían retirarse, como si fueran lascas. Antigüamente no eran más de seis o siete las losas rotas; nosotras las utilizábamos como cajones secretos donde escondíamos plumas, flores o cartas.

Por aquella época yo aún escribía cartas, todavía creía en lo escrito, en lo impreso, en lo leído. Con el paso del tiempo había dejado de hacerlo. Era bibliotecaria en la Universidad de Friburgo. Trabajaba con libros, me compraba libros, a veces incluso me los llevaba en préstamo. Pero ¿leer? No. En otros tiempos, sí. Entonces sí. Entonces leía sin parar, en la cama, mientras comía, en la bicicleta. Pero eso había acabado. Leer era lo mismo que coleccionar y coleccionar era lo mismo que conservar y conservar era lo mismo que recordar y recordar era lo mismo que no saber exactamente y no saber exactamente era lo mismo que haber olvidado y olvidar era lo mismo que caer, y había que ponerle fin a la caída.

Esa era una explicación.

Sin embargo, disfrutaba siendo bibliotecaria. Por las mismas razones por las que había dejado de leer.

Comencé estudiando Filología alemana, pero en los trabajos prácticos me di cuenta de que todo aquello que venía después de la búsqueda bibliográfica carecía de interés para mí: catálogos, tablas de materias, manuales, índices tenían su propia y sutil belleza; una belleza de cuya fugaz

lectura se desprendía tan poco como de un poema hermético. Cuando me aparté de las obras generales de referencia y de sus páginas desgastadas por innumerables consultas, y fui pasando de libro en libro hasta que por fin di con una monografía altamente especializada cuya cubierta jamás había estado en contacto con las manos de nadie excepto las de un bibliotecario, eso desencadenó en mí un sentimiento de satisfacción tal que no podía equipararse con el que me procuraban mis propios escritos. A eso se sumaba el hecho de que las notas que tomaba para no olvidar, correspondían realmente a aquello que no era necesario recordar; es decir, a lo que podía olvidar con toda tranquilidad, puesto que ya sabía dónde volver a encontrarlo.

**La** faceta más placentera de mi oficio era descubrir los libros olvidados, los libros que habían permanecido en su sitio desde hacía siglos y que probablemente jamás habían sido leídos; libros con una densa capa de polvo en su canto superior y que, sin embargo, habían sobrevivido a millones de no-lectores. Había localizado siete u ocho de esos libros e iba a verlos con cierta frecuencia, pero jamás los tocaba. De vez en cuando los olfateaba un poco. Como la mayor parte de los libros de biblioteca, olían a humedad. El libro sobre los frisos del antiguo Egipto era el que tenía peor olor, estaba ya completamente negro y desgastado. Durante toda su estancia en la residencia de ancianos, no había ido a ver a mi abuela más que una vez. La encontré sentada en su cuarto. Se asustó al verme y se lo hizo encima. Una enfermera entró y le cambió los pañales. Me despedí de Bertha besándola en la mejilla. Aquella mejilla estaba fría y sentí en los labios la red de arrugas que se extendía suavemente sobre su piel.

**Mientras** esperaba sobre un escalón y recorría con el dedo las grietas de las piedras, mi madre, sentada dos peldaños más arriba, se dirigió a mí. Hablaba en voz baja y no acababa las frases, de modo que el sonido de su voz parecía, por momentos, flotar en el aire. Irritada, me pregunté qué era lo que desde hacía un tiempo la llevaba a hablar siempre de esa manera. Cuando depositó en mi regazo una gran llave de latón cromado, que con su paletón simple y su ligero abarquillado hacía pensar más en un accesorio para cuentos de Navidad que en una verdadera llave, comprendí por fin qué ocurría. Se trataba de la casa. Se trataba de las hijas de Bertha, aquí, en la escalera en ruinas. De su difunta hermana que había nacido en la casa, de mí y de Rosmarie, que había muerto en la casa. Y se trataba también del joven

abogado con el cigarrillo. Casi no lo había reconocido, pero no cabía duda, era el hermano pequeño de Mira Ohmstedt, nuestra mejor amiga. La mejor amiga de Rosmarie y mi mejor amiga.

## Capítulo 2

Mis padres, mis tías y yo pasamos la noche en las tres habitaciones disponibles en la posada del pueblo.

—Bajaremos de nuevo a Baden —dijo mi madre a la mañana siguiente.

Lo repitió una y otra vez, como si necesitara convencerse a sí misma. Sus hermanas suspiraron, como si hubiera dicho que bajaría al jardín de las delicias. Y tal vez fuera eso lo que en efecto sentía. Tía Inga se dispuso a acompañarlas hasta Bremen. La abracé y recibí una ligera descarga eléctrica.

—¿Ya de buena mañana? —pregunté sorprendida.

—Hoy hará calor —dijo Inga excusándose.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y dejó que sus manos la recorrieran desde los hombros hasta por encima de las muñecas en un largo y rápido movimiento descendente, extendió los dedos y los sacudió. Se oyó un ligero chasquido cuando salieron chispas de las puntas de sus dedos. Rosmarie siempre había adorado los chisporroteos de tía Inga.

—Haz llover otra vez estrellas —le pedía todo el tiempo, sobre todo cuando estábamos en el jardín y era de noche.

Mirábamos atemorizadas los diminutos puntos luminosos que durante una fracción de segundo se escapaban de las manos de tía Inga.

—¿Y eso duele? —preguntábamos.

Ella negaba con la cabeza, pero yo no la creía, pues se sobresaltaba cuando se apoyaba en un coche, cuando abría la puerta de un armario, al encender la luz o el televisor. Llegaba incluso a dejar caer las cosas. A veces entraba en la cocina y me encontraba a tía Inga sentada en el taburete, recogiendo fragmentos de vidrio con la escobilla. Si le preguntaba qué había pasado, ella decía:

—Oh, un estúpido accidente. Soy tan torpe...

Cuando tía Inga no podía evitar tender la mano a la gente, se disculpaba, pues dejaban escapar con frecuencia un grito de espanto. Rosmarie la llamaba «Dedos Eléctricos», pero todo el mundo sabía muy bien que ella admiraba a tía Inga.

—¿Por qué no sabes hacer eso, mamá? —le preguntó un día a tía

Harriet—. Y yo tampoco. ¿Por qué?

Tía Harriet la miró y respondió que Inga no podía liberarse de sus tensiones de otra manera y que Rosmarie, en cambio, se desahogaba constantemente, de modo que nunca podría llegar a producir esas descargas y que debería sentirse feliz por ello. Tía Harriet había estado desde siempre en busca de su ser espiritual. Había deambulado por diferentes caminos para encontrar su propio centro y regresar, antes de convertirse en Mohani y llevar ese collar de madera. Cuando murió su hija, mi madre se lo explicaba a sí misma diciendo que tía Harriet había salido a buscar a un padre y que se había convertido de nuevo en hija. Había sentido la necesidad de algo sólido, de algo que impidiese su caída y al mismo tiempo la ayudase a olvidar. Nunca me conformé con aquella explicación. Tía Harriet amaba el drama, no el melodrama. Tal vez fuera un poco alocada, pero jamás vulgar. Probablemente se sintiera unida al difunto Osho. Debía de parecerle tranquilizador que un muerto pudiese estar tan vivo, puesto que según Bhagwan, sí seguía vivo, jamás había dado muestra alguna de estar muy impresionada y se burlaba de las fotos que lo mostraban delante de aquellos ostentosos automóviles.

**Cuando** mi madre, mi padre y tía Inga se fueron, tía Harriet y yo bebimos un té de menta en el salón de la posada. Nuestro silencio era melancólico y distendido.

—¿Irás ahora a la casa? —me preguntó finalmente.

Se levantó de la silla y cogió su bolsa de viaje de cuero, que estaba junto a la mesa. Miré a los ojos al sonriente Osho en el marco de madera del collar de tía Harriet e incliné la cabeza. El me devolvió el saludo. Yo también me puse en pie. Me estrechó tan fuerte entre sus brazos que me hizo daño. No dije nada y miré la sala vacía por encima de su hombro. El leve olor a café y a sudor que había arropado ayer con su calor a los huéspedes enlutados seguía suspendido bajo el techo pintado de blanco. Tía Harriet me besó en la frente y salió. Sus Reebok rechinaron sobre el parqué encerado.

En la calle, giró la cabeza y se despidió con un gesto. Levanté la mano. Tía Harriet se dirigió a la estación de autobuses. Sus hombros se inclinaban un poco hacia delante y su melenita roja desaparecía bajo el cuello de la blusa negra. Me asusté. Al verla caminar de espaldas pude comprender hasta qué punto era desdichada. Me aparté de la ventana y volví a sentarme a la mesa del desayuno. No quería humillarla. El autobús arrancó causando un gran estrépito que hizo temblar las ventanas; levanté los ojos y pude ver de



refilón a la tía Harriet con la mirada clavada en el respaldo del asiento de delante.

**Regresé** caminando a la casa. La bolsa no era pesada, dentro estaba la falda de terciopelo. Llevaba un vestido negro corto, sin mangas y sandalias negras de tacón cuadrado grueso que me permitían caminar por las aceras de la ciudad o bajar libros de las estanterías y cargar con ellos, sin riesgo de torcerme un tobillo. No pasaba gran cosa ese sábado por la mañana. Delante del supermercado Edeka, algunos jóvenes comían helado sentados en sus ciclomotores. Las chicas no paraban de agitar sus cabellos recién lavados. Me produjeron una sensación inquietante, era como si sus cuellos fueran demasiado débiles para llevar aquellas cabezas y pudieran caerse repentinamente hacia atrás o hacia un lado. Debí de mirarlos demasiado fijamente, porque se callaron y clavaron sus ojos en mí. Aquello fue embarazoso pero, pese a todo, me sentí aliviada al ver que sus cabezas habían dejado de oscilar, que permanecían bien plantadas sobre sus cuellos en vez de inclinarse formando cómicos ángulos y de caer sobre sus hombros o sus clavículas.

En el punto donde la carretera principal trazaba una pronunciada curva hacia la izquierda, un camino de piedras que pasaba por delante de la gasolinera y de un par de casas llevaba directamente a los pastizales. Tenía la intención de inflar las ruedas de una de las bicicletas de la casa y tomar más tarde aquel camino para llegar a la esclusa. O incluso al lago. Hoy haría calor, había dicho tía Inga.

Caminé por el margen derecho de la carretera. A la izquierda, el gran molino se perfilaba tras los álamos. Lo habían pintado de colores hacía poco, lo que le daba un aspecto indigno que me apenaba ver. Era como si a alguien se le hubiera ocurrido obligar a las damas del círculo de mi abuela a ponerse *leggings* brillantes. La casa de Bertha, que ahora era la mía, estaba casi enfrente del molino. Había llegado a la entrada. La puerta estaba cerrada con llave y era más baja de lo que recordaba porque me llegaba justo a la cintura, así que la franqueé ágilmente de un salto en tijera.

**A** la luz de la mañana, la casa parecía un cajón oscuro y mísero al que se accedía por un ancho camino con un pavimento espantoso. Los sauces estaban en sombra. Cuando me dirigía a la escalera, me di cuenta de que el jardín delantero estaba invadido de nomeolvides a punto de marchitarse; algunas flores estaban desvaídas, otras viraban al marrón. Me agaché y

arranqué una flor que había perdido su color azul, era gris y violeta y blanca y rosa y negra. ¿Pero quién se había ocupado realmente del jardín cuando Bertha estaba en la residencia? ¿Y de la casa? Se lo preguntaría al hermano de Mira.

Al entrar, el olor a manzanas y a piedra fría volvió a salir a mi encuentro. Dejé mi bolsa sobre el baúl y recorrí todo el vestíbulo. Ayer habíamos llegado tan solo hasta el estudio de mi abuelo. No entré en las habitaciones, comencé por abrir la puerta situada al final del pasillo. A la derecha, la empinada escalera conducía a las habitaciones de arriba. En línea recta, se descendían dos peldaños, y volviendo a girar a la derecha se accedía al cuarto de baño donde, una noche, había irrumpido mi abuelo atravesando el techo como un avión mientras mi madre me lavaba. Había querido asustarnos un poco haciendo el fantasma sobre nuestras cabezas y por eso había trepado al desván. Como las tablas debían de estar carcomidas y mi abuelo era un hombretón grande y pesado, él se rompió el brazo y a nosotras nos prohibió contar cómo había ocurrido.

La puerta que daba al cobertizo estaba cerrada con llave. La llave pendía de la pared contigua, sujeta a un taco de madera. La dejé allí colgada. Luego, subí la escalera para ir a las habitaciones donde habíamos dormido y jugado en otros tiempos. El tercer peldaño contando desde abajo crujía aún más fuerte que entonces, aunque quizá se debiera a que la casa se había vuelto más silenciosa. ¿Y los dos últimos peldaños de arriba? Sí, todavía seguían crujendo, incluso se había sumado el antepenúltimo. La barandilla gemía con apenas tocarla.

Arriba, el aire era espeso y rancio, caliente como las mantas de lana que había dentro de los baúles. Abrí primero las ventanas de la habitación grande, después las cuatro puertas de los cuartos, así como las dos puertas de la habitación central —que había sido la de mi madre— y, finalmente, las doce ventanas de los cinco dormitorios. Todo, excepto el tragaluz de la escalera, estaba cubierto por una espesa capa de telarañas. Centenares de arañas habían tejido allí sus redes a lo largo de los años, viejas redes enmarañadas de las que, además de moscas resacas, colgaran tal vez los cadáveres de sus antiguas propietarias. Aquellas redes superpuestas formaban una delicada tela blanca, un filtro de luz lechosa, rectangular y mate. Pensé en la suave red de arrugas de las mejillas de Bertha. Un tejido de mallas tan grandes que la luz del día parecía centellear al trasluz de su piel. En su senectud, la piel de Bertha se había vuelto translúcida; su casa, en cambio, se había vuelto opaca.

Pero ambas agujereadas, dije en voz alta al tragaluz; las telarañas ondearon bajo mi aliento.

**Ahí** arriba había unos armarios antiguos, colosales. Ahí arriba jugábamos Rosmarie, Mira y yo. Mira era una vecina, un poco mayor que Rosmarie y dos años mayor que yo. Todos decían que Mira era una muchacha muy tranquila, pero a nosotras no nos lo parecía. Es cierto que no hablaba demasiado, aunque sembraba desasosiego allá donde se encontrase. No creo que se debiera únicamente a que siempre iba de negro. Eso era muy frecuente entonces. Lo inquietante en ella provenía de sus alargados ojos pardos, con aquella línea blanca siempre visible entre el párpado inferior y el iris. Con la pincelada de kohl negro que se daba solo sobre el párpado inferior, sus ojos parecían haberse desplazado. El párpado superior colgaba de tal manera que casi llegaba a la pupila, lo que confería a su mirada algo de acechante y al mismo tiempo de indolentemente sensual. Mira era muy bonita. Con su pequeña boca pintada de rojo oscuro, su corta melena estilo Bob teñida de negro, esos ojos con la raya en el párpado inferior, tenía aspecto de diva de cine mudo adicta a la morfina. Acababa de cumplir dieciséis años cuando la vi por última vez. Rosmarie debía celebrar también sus dieciséis años algunos días más tarde y yo tenía catorce.

Mira no solo iba siempre de negro, sino que además solo comía cosas negras. Del jardín de Bertha, ella solo recogía moras y grosellas negras y cerezas muy oscuras, y si hacíamos *picnic* teníamos que llevar chocolate amargo o pan negro con morcilla. Mira tampoco leía nada que no hubiera forrado previamente con papel liso negro, solo escuchaba música negra y se lavaba con jabón negro que le enviaba una tía suya desde Inglaterra. En clase de arte se negaba a pintar con acuarelas. Solo con tinta china o carboncillo, pero lo hacía mejor que todos los demás, y como la profesora sentía una gran debilidad por ella, le daba plena libertad.

—Ya es bastante grave que haya que pintar sobre papel blanco ¡Sería el colmo que tuviéramos que hacerlo además en colores vivos! —decía Mira con desprecio, pero le gustaba mucho dibujar sobre papel blanco, eso era evidente.

—¿Asistes también a misas negras? —le preguntó tía Harriet un día.

—Eso no me aporta nada —respondió Mira sin perder la calma y miró a mi tía por debajo de sus pesados párpados—. Sí, es cierto que allí es todo negro, pero también insípido y ruidoso.

Y añadió, con impasible sonrisa, que tampoco militaba en la CDU<sup>1</sup>. Tía

Harriet se rió y le tendió la caja de After Eight. Mira levantó la cabeza y tomó una bolsita negra de papel con la punta de los dedos.

Mira tenía una pasión. Una pasión que no era negra. Una pasión de colores, vehemente y tornasolada: Rosmarie. Qué había sido de Mira tras la muerte de Rosmarie, no lo sabía ni tía Harriet, más allá de que ya no vivía en el pueblo.

**Me** arrodillé sobre uno de los baúles y me apoyé sobre el alféizar de la ventana. Fuera centelleaban las hojas de los sauces llorones. El viento era algo casi inexistente en el calor estival de Friburgo y en la frescura tras los muros de hormigón de la biblioteca universitaria. El viento era enemigo de los libros. En la sala de lectura especialmente reservada para libros antiguos y raros estaba prohibido abrir la ventana. Terminantemente prohibido. Imaginé lo que podría hacer el viento con las hojas sueltas del manuscrito de Jakob Böhme, *De signatura rerum*, de unos trescientos cincuenta años de antigüedad, y poco faltó para que volviera a cerrar la ventana. Había una buena cantidad de libros ahí arriba. En cada cuarto había unos cuantos y en la gran habitación, desde donde se accedía a las demás habitaciones del piso superior, había espacio para almacenar todo aquello que no debía ir al sótano: todo tipo de paños y especialmente los libros. Me asomé a la ventana y vi cómo el rosal trepador se arrellanaba sobre el alero de la puerta de entrada y se precipitaba por la barandilla de la escalera para caer sobre el pequeño muro lateral. Me eché hacia atrás y bajé del baúl; tenía las rodillas doloridas. Cojeando, rocé de pasada las estanterías llenas de libros. Hinchados y deformes apéndices de Derecho casi aplastaban el frágil *Nesthäckchen* y *La Primera Guerra Mundial*. El lomo desencajado de *Nesthäckchen* mostraba el título en letras góticas. Recordé que en el interior figuraba el nombre de mi abuela con caligrafía infantil Sütterlin. Las obras completas de Wilhelm Busch se apoyaban pacíficamente en la autobiografía de Arthur Schnitzler. Aquí la *Odisea*, allá el *Fausto*. Kant se arrimaba cariñosamente a Chamisso y la correspondencia de Federico el Grande se apoyaba espalda contra espalda en el libro infantil de Magda Trott *Pucki, joven ama de casa*. Intenté descubrir si los libros estaban colocados de manera arbitraria o si estaban ordenados según un determinado sistema. Tal vez siguiendo un código, que yo habría de reconocer y descifrar. En ningún caso estaban clasificados según su formato. El orden alfabético y el cronológico quedaban asimismo descartados, como también cualquier orden ligado a las editoriales, la nacionalidad de los autores o el tema. Parecía, por

tanto, un sistema aleatorio. No creía en el azar, pero sí en un sistema basado en el azar. Si había un sistema aleatorio, el azar dejaba de ser azaroso y de este modo se volvía, si no evitable, sí al menos previsible. Todo lo demás era accidental. El mensaje de los lomos de los libros continuaba siendo un misterio para mí, pero me propuse no perderlos de vista. Ya se me ocurriría algo con el paso del tiempo, de eso estaba segura.

¿Qué hora sería? Nunca llevaba reloj de pulsera. Me fiaba de los relojes de las farmacias, las gasolineras y las joyerías. De los relojes de las estaciones y de los despertadores de mis parientes. En la casa había relojes maravillosos, pero ninguno funcionaba. La idea de estar en ese lugar sin reloj me inquietaba. ¿Cuánto tiempo habría estado escrutando los libros de las estanterías? ¿Sería más de mediodía? ¿Habrían seguido espesándose las telarañas del tragaluz en el rato que había pasado yo ahí arriba? Levanté los ojos hacia el rectángulo centelleante y traté de serenarme pensando en la clasificación cronológica. No había anochecido aún; el entierro había tenido lugar la víspera y era sábado, al siguiente sería domingo, el lunes me lo había tomado libre y luego, yo también bajaría a Baden. Pero eso no daba resultado. Dirigí una última mirada a la biblioteca, cerré las ventanas de las habitaciones de arriba y bajé la escalera, que siguió crujiendo un buen rato después de haber llegado abajo.

Cogí mi bolsa de viaje y permanecí indecisa en el vestíbulo frío. Después de tanto tiempo, y seguramente por primera vez sola en la casa, me sentía como en medio de un inventario. ¿Qué quedaba aún, qué era lo que ya no estaba y qué lo que yo habría simplemente olvidado? ¿Qué habría cambiado en realidad, y qué se percibía simplemente de otra manera? A través de los cristales de la puerta vi las rosas, el sol sobre el sauce y el prado. ¿Dónde me instalaría? Preferiblemente, arriba. Los cuartos de abajo seguían perteneciendo a mi abuela, aunque no los hubiese pisado en los últimos cinco años. Ella había estado casi trece años en la residencia, pero mis tías la traían con frecuencia para pasar la tarde en la casa. Llegó, sin embargo, el momento en que ya no quiso y, posteriormente, ya no pudo subir más al coche, ni caminar, ni hablar. Abrí la puerta del dormitorio de Bertha. Estaba situado junto al estudio y sus ventanas daban también al patio de los sauces. Las persianas estaban bajadas. Entre las dos ventanas se encontraba el tocador. Me senté en el taburete y dirigí la mirada al gran espejo plegable que parecía un libro abierto. Mis manos sujetaron las dos hojas laterales y las movieron ligeramente hacia el interior. Como en otros tiempos, vi mi cara

multiplicarse infinitas veces en las hojas que se reflejaban la una en la otra. Mi cicatriz exhibía un blanco brillante. Me vi reflejada tantas veces que ya no sabía dónde estaba realmente. Y no lo supe hasta que cerré por completo una de las hojas.

Volví a subir. Abrí las ventanas de par en par. Ahí arriba se encontraban los viejos armarios con los vestidos suntuosos de otros tiempos. De niña había sentido sobre mi piel aquellos tejidos delicados, decadentes todos ellos. Allí estaban los viejos baúles llenos de ropa planchada, de camisones y manteles con las iniciales bordadas de mi bisabuela, de tía Anna y de Bertha. Almohadas y sábanas, mantas de lana, edredones, cubrecamas de ganchillo, manteles de encaje, bordados ingleses y largas cortinas blancas transparentes. Las vigas del techo estaban al descubierto y las puertas se abrían. Repentinamente, se me hizo un nudo en la garganta y no pude evitar llorar, porque todo había sido a la vez tan terrible y tan hermoso.

Pero yo solía sufrir de frecuentes ataques de llanto.

Puse mi bolsa en el antiguo cuarto de mi madre, la habitación central. Pesqué mi monedero de un bolsillo lateral y bajé rápidamente la escalera. Al bajar corriendo, la madera no emitía más que un ligero crujido. Cogí la llave que había dejado colgada en su sitio junto a la puerta, la abrí, la campana tintineó, y volví a cerrar detrás de mí para bajar la escalinata, aspirar una bocanada de fragancia a rosas, echar una ojeada a la terraza —el jardín de invierno había estado allí antes— para, deprisa, deprisa, atravesar el jardín por debajo del arco de rosas hasta alcanzar la pequeña puerta, y ya estaba fuera. En la gasolinera tendría que haber algo para comer. Quería evitar el Edeka y las cabezas tambaleantes de la juventud del pueblo. Quería evitar también las miradas curiosas de la gente, que, a esas horas, estaría seguramente casi toda en la calle.

**En** la gasolinera había mucho movimiento. Era sábado y el ritual del lavado del coche se cumplía escrupulosamente. En la tienda, delante del estante de chokolatinas, había dos jóvenes con profundos pliegues transversales en la frente. Ni siquiera levantaron la mirada cuando me deslicé entre ellos. Compré leche y pan negro, queso, una botella de zumo de manzana y un envase grande de batido de leche con suplemento multivitamínico. También me llevé un periódico, una bolsita de *chips* y una tableta de chocolate con nueces para emergencias. Bueno, dos tabletas, por si acaso, aunque siempre podría regresar en cualquier momento y comprar más chocolate con nueces. ¡Rápido! ¡A la caja! Al salir, volví a ver a los dos

jóvenes que aún seguían absortos en el mismo sitio de antes.

**Sobre** la mesa de la cocina de Bertha, mis compras tenían un aspecto incongruente y anodino. El pan en su bolsa de plástico, el queso precintado y el envase de colores chillones del batido de leche. A lo mejor hubiera debido hacer mis compras en Edeka. Examiné de cerca el queso: seis rectángulos amarillos idénticos. Estas cosas hechas para ser conservadas mucho tiempo son realmente extrañas, probablemente esos quesos acabarían expuestos algún día en el Museo Regional de la Asociación de Amigos de los Molinos. En la biblioteca había hojeado una vez un libro sobre el *Eat Art*, que contenía fotografías de la comida expuesta en una muestra gastronómica. Si los alimentos se echaban a perder, las fotografías habían detenido su putrefacción, ¡y el libro tenía más de treinta años! La comida habría desaparecido hacía mucho tiempo, devorada por hambrientas bacterias, pero esas amarillentas y brillantes páginas la conservaban en una especie de limbo cultural. Había algo de despiadado en el deseo de preservación, quizá el olvido total no fuera más que una forma digna de supresión, para no ensañarse preservando. Lo que había caído en el olvido era, sin duda alguna, la comida; tenía hambre. ¿Y si bajara al sótano a buscar un frasco de jalea de grosellas? Era deliciosa sobre el pan negro. No. Me había olvidado de comprar mantequilla.

**La** cocina era fría y grande. El suelo estaba hecho de millones de pequeñas piedras cuadradas, negras y blancas. No supe hasta mucho más tarde que se llamaba terrazo. De niña podía pasar horas y horas contemplándolo. Y en cualquier momento, si se me nublaban los ojos, emergían de pronto misteriosos caracteres del suelo de mosaico, pero siempre desaparecían justo antes de poder descifrarlos.

La cocina tenía tres puertas; había entrado por la del recibidor, una segunda puerta con cerrojo daba a la escalera del sótano y la tercera puerta, al cobertizo.

Este no estaba ni dentro ni fuera. Antiguamente había servido de establo, el suelo era de arcilla y tenía amplios canales de desagüe. Desde la cocina se accedía a él bajando tres escalones, allí estaban los cubos de basura y la madera, que se apilaba contra los rústicos muros de yeso. Si saliendo de la cocina se atravesaba el cobertizo en línea recta, se llegaba hasta otra puerta de madera, pintada de verde, que era la que daba al exterior, al huerto detrás de la casa, pero si se giraba inmediatamente a la derecha —y

eso es lo que hice—, se encontraban las dependencias de servicio. Empecé abriendo la puerta del lavadero, donde una vez había habido una letrina; ahora no había más que dos enormes congeladores. Ambos estaban vacíos, con las puertas abiertas y los enchufes sueltos, caídos a un lado.

Desde allí, una escalera estrecha y empinada llevaba al desván donde mi abuelo se divertía jugando a los fantasmas. Detrás del lavadero estaba el cuarto con la chimenea. Antiguamente había servido de antesala para acceder al jardín de invierno, lleno de macetas y jardineras, regaderas y sillas plegables. El suelo era de piedra natural y tenía puertas correderas de cristal relativamente nuevas que daban a la terraza. Allí el enlosado era igual que el del interior. Las ramas del sauce llorón acariciaban las losas y ocultaban a la vista la escalera exterior y la puerta de entrada.

**Me** senté en el sofá junto a la chimenea ennegrecida y miré hacia fuera. Del jardín de invierno no quedaba nada. Había sido una construcción transparente y tan elegante que desentonaba con la sólida casa de ladrillo. Nada sino vidrio sobre un esqueleto de acero. Tía Harriet lo había hecho desmontar hacía trece años. Después del accidente de Rosmarie. Solo las losas claras, que eran demasiado frágiles para el exterior, recordaban aquel anexo de cristal.

De pronto me di cuenta de que no la quería. No quería aquella casa que, por otra parte, había dejado de ser una casa hacía mucho tiempo y no era más que un recuerdo, lo mismo que aquel jardín de invierno que ya no existía. Me levanté y abrí un poco las puertas correderas y noté que tenía las manos entumecidas, que todo olía a moho y a humedad. Cerré otra vez la puerta. La chimenea ennegrecida de humo despedía frío. Le diría al hermano de Mira que quería renunciar a la herencia. Tenía que salir de ahí. Salir y dirigirme a la esclusa, a orillas del río. Me puse rápidamente en pie, regresé al cobertizo y busqué entre los trastos una bicicleta que funcionara. Las más nuevas estaban todas en mal estado; solo la vieja bicicleta negra sin marchas de mi abuelo requería un simple inflado de ruedas.

**Sin** embargo, no pude marcharme hasta hacer un largo y laberíntico recorrido por toda la casa cerrando algunas puertas desde dentro y con cerrojo antes de salir por otras que había que cerrar con llave desde el exterior, y fue así como, describiendo largos círculos, llegué finalmente al jardín.

Bertha había sabido orientarse perfectamente en la casa. Cuando ya



no pudo ni ir al molino sin perderse por el camino, sabía aún cómo llegar directamente al cuarto de baño partiendo del lavadero, incluso cuando una u otra de las puertas intermedias que se encontraban en su ruta estaban justamente cerradas con llave por el otro lado. Después de décadas allí, había acabado por asimilar la casa por completo y si se le hubiera hecho una autopsia seguramente se habría podido elaborar un mapa de la casa a partir de las circunvoluciones de su cerebro o a partir de su red de vasos sanguíneos. La cocina, en ese caso, habría sido el corazón.

**Las** provisiones de la gasolinera estaban ya puestas en orden en la canasta que había encontrado sobre un armario de la cocina. Como el asa estaba rota, aseguré la canasta sobre el portaequipajes y empujé la bici atravesando el cobertizo hasta la puerta del jardín —todos la llamaban «de la cocina», no porque saliera de la cocina, sino porque solo era visible desde ahí—. Las ramas del sauce rozaron mi cabeza y el manillar. Pasé por la escalera exterior con la bici en la mano y rodeé la casa por la derecha, hundiéndome hasta los tobillos en la alfombra de nomeolvides. En uno de los ganchos que había junto a la puerta de entrada, había descubierto una llave plana de acero cromado y, como la única puerta nueva era la pequeña galvanizada de la entrada, pensé que había llegado el momento de probarla. La llave giró rápidamente alrededor de su eje y salí a la acera.

**Pasada** la gasolinera, doblé a la izquierda y tomé el camino de la esclusa. Poco faltó para que derrapara en una curva con la pesada bicicleta de Hinnerk, pero recuperé el control justo a tiempo y pedaleé con más fuerza. Los resortes del sillín de cuero rechinaron alegremente cuando el asfalto comenzaba a agrietarse y se iba transformando en un sendero inseguro. Conocía bien ese camino que atravesaba en línea recta los prados donde pastaban las vacas. Conocía los abedules, los postes telefónicos y los vallados, aunque naturalmente había muchos nuevos. También me pareció reconocer cada una de aquellas vacas blanquinegras, pero eso era, evidentemente, absurdo. Sobre la bicicleta, el viento hinchaba mi vestido y, pese a que no tenía mangas, sentía el calor del sol que se abalanzaba sobre la tela negra. Por primera vez desde que estaba aquí, volvía a respirar libremente. El camino continuaba siempre recto, unas veces hacia abajo, otras veces hacia arriba. Cerré los ojos. Todas habíamos recorrido aquel sendero. Anna y Bertha en el carruaje, con vestidos blancos de muselina; mi madre, tía Inga y tía Harriet, en bicicletas de mujer Rixe, que eran

tremendamente ruidosas, y Rosmarie, Mira y yo, sobre aquellas mismas bicis Rixe, cuyos asientos nos quedaban demasiado altos y nos obligaban a pedalear de pie la mayor parte del tiempo para no dislocarnos las caderas. Por nada del mundo habríamos regulado la altura de los sillines. Eso era cuestión de honor. Para ir en bici, llevábamos los viejos vestidos de Anna, Bertha, Christa, Inga y Harriet. El viento inflaba el tul azul celeste, hacía ondear la organza negra y el sol se reflejaba en el satén dorado. Usábamos pinzas de tender la ropa para sujetar nuestros vestidos a la altura adecuada a fin de que no quedaran atrapados en la cadena, y pedaleábamos descalzas hasta el río.

**Acababa** de rozar una valla para vacas. No había que conducir demasiado tiempo con los ojos cerrados, ni siquiera en línea recta. Faltaba muy poco para llegar. Al fondo, podía ver la pasarela de madera sobre la esclusa. Llegué hasta allí y me detuve. Me agarré a la barandilla sin retirar los pies de los pedales. No había nadie. Dos veleros estaban amarrados en el muelle y se oía un ligero ruido metálico producido seguramente por el choque de algunas piezas contra los mástiles. Bajé de la bicicleta y la empujé hasta cruzar la pasarela. Retiré la canasta del portaequipajes, dejé la bici sobre la hierba y corrí cuesta abajo. Las pendientes no se internaban directamente en el agua, sino que formaban, a derecha e izquierda, estrechas riberas cubiertas de juncos. En el pasado extendíamos las toallas en los sitios libres de juncos, pero con el transcurso de los años la vegetación había invadido de tal forma las riberas que preferí sentarme sobre uno de los pontones.

Mis pies colgaban en el agua marrón oscuro. ¡Qué blancos y extraños se veían! Para distraer la vista del espectáculo de mis pies en el río, intenté leer los nombres de los barcos. Uno de ellos se llamaba *Sine*, absurdo, eso no podía ser más que un fragmento, el resto de un nombre. No pude ver entero el nombre del otro barco porque estaba encarado hacia la otra orilla. Era algo terminado en «—the». Me tumbé de espaldas dejando mis extraños pies donde estaban. Olía a agua, hierba, moho y creolina.

¿**Cuánto** tiempo habría dormido? ¿Diez minutos? ¿Diez segundos? Tenía frío; retiré mis pies del agua y estiré el brazo hacia atrás, por encima de mi cabeza, para hacerme con la canasta, pero en vez del mimbre avejentado, mis dedos se encontraron con un zapato deportivo. Quise gritar, pero solo acerté a soltar un gemido. Al instante, rodé sobre mi vientre y me incorporé.

Delante de mis ojos flotaban puntos plateados y un ruido sordo atravesó mi cabeza, como si la puerta de la esclusa se hubiera abierto junto a mí. El sol deslumbraba y el cielo era blanco, blanco. Debía evitar desmayarme; el pontón era muy estrecho, me ahogaría.

—¡Dios mío! ¡Lo siento! Le ruego me disculpe, por favor.

La voz me resultaba conocida. El zumbido se fue apagando. Ante mí estaba aquel joven abogado en ropa de tenis. Poco faltó para que vomitara de rabia. Era él, el retrasado del hermano menor de Mira; ¿cómo lo llamaba ella entonces?

—¡Ah, el inútil!

Meforcé para que mi voz sonara relajada.

—Sé que la he asustado y de verdad que lo lamento.

Su voz se tranquilizó y percibí en ella una chispa de enfado. Bien, bien. Lo miré sin decir media palabra.

—No la he estado siguiendo ni nada parecido. Siempre vengo aquí a bañarme. Bueno, primero juego al tenis, luego nado. A mi socio no le gusta venir al río, pero yo estoy siempre aquí, en el muelle. No la he visto hasta llegar aquí abajo y he visto que dormía. Estaba a punto de irme cuando se ha agarrado usted a mi zapatilla. Naturalmente, usted no sabía que se trataba de mi zapato pero, aunque lo hubiera sabido, tampoco se lo tendría en cuenta porque, al fin y al cabo, he sido yo quien la ha asustado, y ahora...

—Válgame Dios, ¿es que siempre hablas así? ¿En el juzgado también? ¿De verdad tienes empleo fijo en ese bufete?

El hermano de Mira se echó a reír.

—Iris Berger. Para vosotras nunca fui más que un inútil y parece que eso no ha cambiado.

—Sí, eso parece.

Me incliné hacia delante y cogí mi cesta. A pesar de que el hermano de Mira tenía una risa simpática, seguía estando furiosa. Además, tenía hambre y quería estar sola, sin hablar. En cambio, él pretendía con toda seguridad hablar del testamento, de lo que yo quería hacer con la casa, del seguro que debía contratar y de todo aquello que me esperaba si aceptaba el testamento. No quería hablar más del tema, ni siquiera pensar. Cuando me incorporé con la cesta en la mano, preparando para mis adentros un inminente discurso de desprecio, cuál fue mi sorpresa al constatar que el hermano de Mira había subido ya casi la mitad de la cuesta. Avanzaba por la pendiente con paso decidido. Sonreí.

El hombro derecho de su camiseta blanca estaba manchado de arena

roja.

**Después** del *picnic* volví a guardar mis cosas en la canasta y eché una última mirada al río, a la esclusa, a los barcos; el segundo se había girado un poco, pero seguía sin poder leer su nombre entero, solo algo terminado en «—ethe». Tal vez *Margarethe*. Ese era un buen nombre para un barco. Monté en la bici de Hinnerk y regresé a la casa. A mi casa. A casa. ¿Cómo sonaba aquello? Raro, incluso falso. El viento hacía volar en oleadas los tañidos de las campanas sobre los prados y no logré descifrar qué hora era... ¿La una? ¿Las dos de la tarde? Quizá un poco más. El sol, la comida, la rabia y el susto y ahora, encima, el viento en contra. Estaba agotada. Pasada la gasolinera giré a la derecha, subí a la acera y entré empujando la bici. No había cerrado la cancela con llave. Vadeé las nomeolvides y dejé la bici ante la puerta de la cocina. La gran llave me permitió entrar. Un ruido metálico, otro ruido metálico más y me encontré en el frescor del vestíbulo. La escalera crujió, la barandilla gimió, hacía un calor sofocante en el piso de arriba. Me tumbé sobre la cama de mi madre. ¿Cómo se explicaba que estuviera recién hecha? Tras el bordado inglés calado brillaba una almohada lila. El calado representaba unas flores. Huecos sobre la almohada. En el bordado inglés, lo importante es lo que no está. Todo su arte consiste en eso. Si hay demasiados agujeros, no queda nada salvo agujeros. Agujeros en la almohada, agujeros en la cabeza.

**Cuando** me desperté, tenía la lengua pegada al paladar. Me dirigí tambaleándome hacia la puerta de la izquierda, a la habitación de tía Inga. Allí había un lavabo. El agua salobre de color marrón se obstinaba en caer de forma discontinua contra la pila blanca. Contemplé en el espejo el motivo que la almohada había impreso sobre mi mejilla, apenas unos círculos rojos. Poco a poco el agua comenzó a fluir más dócilmente hasta volverse transparente. Me rocié la cara, me quité la ropa empapada de sudor, vestido, sujetador, bragas, todo, y sentí el placer de quedarme desnuda en la habitación de tía Inga, con el linóleo frío y gris verdoso bajo los pies. Tía Inga era la única que no había tenido alfombra en su habitación; en la de mi madre, en la de mi bisabuela Käthe y, al fondo, en la de tía Harriet, el suelo estaba revestido de una moqueta de sisal de color marrón rojizo que picaba cuando uno caminaba descalzo sobre ella. En la gran habitación abuhardillada había esteras de fibra vegetal sobre la madera. La habitación de servicio, convertida desde hacía mucho tiempo en trastero, era la única en

la que en el suelo se veían las tablas de madera asfixiadas bajo una espesa capa de pintura marrón. Esas ya no protestaban.

Entré al gran desván y abrí el armario de nogal. Todos los vestidos seguían colgados allí dentro, algo menos radiantes que entonces, eso sí, pero inconfundibles. Estaba el tul ilusión que había llevado tía Harriet en su último baile y aquel otro, el dorado, que había estrenado mi madre el día de su pedida. Allí estaba también el vestido negro de seda que hacía frufrú, un vestido de tarde muy chic, de los años treinta, que había pertenecido a Bertha. Seguí revolviendo hasta dar con un vestido largo de seda verde bordado en el escote con lentejuelas que era de tía Inga. Me lo puse. Olía a polvo y lavanda, el dobladillo estaba deshecho y faltaban algunas lentejuelas, pero sentía el tacto fresco de la tela sobre mi pecho, mil veces más agradable que el del vestido negro con el que acababa de dormir. Además, nunca antes había permanecido tanto tiempo en la casa sin ponerme los vestidos encerrados en los viejos armarios, y me había sentido todo el día disfrazada con mi propia ropa. Luciéndolo el vestido de seda de tía Inga, regresé a su cuarto y me senté en la silla de mimbre. El sol de la tarde, que centelleaba a través de las copas de los árboles, sumergió la habitación en un baño de suave luz verde. Las estrías del linóleo parecían moverse como el agua, una ligera brisa se deslizaba por la ventana y yo tenía la sensación de mecirme en el fluir de un apacible río esmeralda.

### **Capítulo 3**

Tía Inga llevaba ámbar. Largos collares de piedras de ámbar talladas, en las que se podían ver pequeños insectos. Nosotras los mirábamos convencidas de que aquellos insectos sacudirían sus alas y saldrían volando tan pronto como se rompiera la resina que los envolvía. El brazo de Inga estaba ceñido por un grueso brazalete de un amarillo lechoso. El hecho de que llevara aquella joya de ámbar, un nombre cuyo significado está ligado al mar, no se debía, sin embargo, al azul marino de su habitación ni a su vestido de sirena sino, como ella misma decía, a razones de salud. Ya de bebé transmitía a quienquisiera que la acariciara una descarga eléctrica —es verdad que apenas perceptible, pero la chispa estaba allí— y, por la noche, cuando Bertha le daba el pecho, la niña soltaba una breve descarga, casi como un mordisco, antes de empezar a mamar. Bertha no hablaba con nadie

del tema, tampoco con Christa, mi madre, que tenía entonces dos años y se estremecía cada vez que tocaba a su hermana.

A medida que Inga fue creciendo, la carga eléctrica se volvió más fuerte. Hacía ya tiempo que otra gente había advertido el fenómeno, pero cada niño tenía, al fin y al cabo, algo que lo diferenciaba de los demás y por lo que era objeto, según el caso, de burlas o de admiración; la particularidad de Inga eran esas descargas. Hinnerk, mi abuelo, montaba en cólera cuando la emisión de la radio sufría interrupciones por la proximidad de Inga, quien, a través de interferencias y crujidos, llegaba de vez en cuando a oír voces que discutían en voz baja o que la llamaban por su nombre. Inga no tenía permiso para entrar en el salón cuando Hinnerk escuchaba la radio. Y él siempre escuchaba la radio en el salón. Cuando no estaba en el salón, estaba en su despacho y allí, de todos modos, nadie podía molestarle. De modo que Hinnerk e Inga no se veían más que a la hora de las comidas durante las estaciones frías. En verano, todo el mundo estaba fuera. Al atardecer, Hinnerk se sentaba en la terraza de atrás o paseaba en bicicleta por los prados cercanos. Inga evitaba montar en bici; demasiado metal, demasiada fricción. Eso era más bien algo para Christa, así que Hinnerk y Christa salían juntos en bicicleta los domingos y los atardeceres de verano e iban a la esclusa, al lago, a visitar a primos y primas en los pueblos vecinos. Inga se quedaba cerca de la casa, apenas si abandonaba el terreno, y por eso era quien mejor lo conocía.

La señora Koop, vecina de Bertha, nos había contado que Inga nació durante una violenta tormenta eléctrica en que los relámpagos habían salido de cacería y que mi tía vino al mundo en el preciso instante en que un rayo atravesaba la casa de arriba abajo. La habitación se había iluminado repentinamente como en pleno día y la recién nacida no había emitido sonido alguno. Solo al retumbar los truenos salió un grito de su pequeña boca roja. Entonces Inga se había vuelto eléctrica. «La pequeñaja», como la señora Koop explicaba a todo aquel que quisiera escucharla, «no había aterrizado todavía» sino que «estaba aún semiflotando en el otro mundo, el pobre bicho». He de confesar que lo de «el pobre bicho» era un añadido que inventó tiempo después Rosmarie. Pero la señora Koop habría podido muy bien pronunciar esas palabras y quizá las hubiera omitido intencionadamente. En todo caso, nosotras jamás volvimos a contarnos esa historia sin agregar «ese pobre bicho». Nos parecía que sonaba mucho mejor así.

Christa, mi madre, había heredado la alta estatura y la nariz larga y un

poco afilada de los Deelwater. La espesa cabellera castaña le venía de los Lünschen, como los labios bien marcados, las cejas gruesas y los ojos almendrados de color gris. Demasiado angulosa para ser considerada una belleza en los años cincuenta. Yo me parecía a mi madre, solo que todo en mí, mi cabeza, mis manos, mi cuerpo, incluso mis rodillas, todo, era más redondo. Demasiado rolliza para ser considerada una belleza en los años noventa. Ella y yo teníamos también eso en común. En cuanto a Harriet, la más joven, pese a que no era precisamente bonita, poseía un encantador aspecto desaliñado con sus mejillas rojas, cabello castaño y dientes sanos aunque ligeramente torcidos. Con su andar algo patoso y sus grandes manos hacía pensar en un perro muy joven. Pero Inga, ella sí que era hermosa. Tan alta como Bertha, si no más, Inga tenía una gracia en la forma de moverse y una dulzura en los rasgos que no cuadraban con el austero paisaje de turberas estériles de la región de Geest. Su cabello era oscuro, más oscuro que el de Hinnerk, tenía ojos azules como los de su madre, aunque más grandes y enmarcados por oscuras pestañas, largas y arqueadas. Delicadamente arqueada era también su boca roja y burlona. Hablaba con voz reposada y clara aunque modulando las vocales hacia tonalidades graves y vibrantes, lo que confería cierto acento de profecía a la frase más banal. Todos los hombres estaban enamorados de Inga. Pero mi tía mantenía siempre las distancias, aunque tal vez menos por prudencia que por temor a las reacciones electrofísicas que se producirían si ella los besaba, y mucho más si se entregaba a ellos por entero. Por esa razón, Inga se recluía, pasaba mucho tiempo en la casa, escuchaba música en un voluminoso tocadiscos que un admirador listo y con talento artesano le había montado a partir de piezas de recambio y bailaba sola sobre el reflejo mate del linóleo que cubría el suelo de su habitación.

En las estanterías, diversos manuales de electricidad compartían espacio con gruesas y tristes novelas de amor. Mi madre nos había contado que el libro preferido de Inga era una antigua y muy deteriorada selección de cuentos que había pertenecido a mi bisabuela Käthe, los *Cuentos de la bruja de ámbar*, sobre una bruja que vivía en el fondo del mar y que atraía a los hombres a sus profundidades. Quizá creyera ser ella misma una bruja de ámbar. Inga llevaba la joya de ámbar desde niña porque había leído en uno de los manuales de electricidad que *elektron* era la palabra griega para «ámbar» y que tenía la particularidad de absorber cargas eléctricas.

Cuando acabó la escuela, Inga se había lanzado a estudiar fotografía y tenía en Bremen un estudio propio que, con el tiempo, había adquirido gran

prestigio. Era especialista en fotografía de árboles y plantas, organizaba de vez en cuando pequeñas exposiciones y recibía cada día más encargos importantes para decorar salas de espera, salas de conferencias y otros locales donde la gente pasaba horas enteras mirando fijamente las paredes o contemplaba por primera vez troncos de haya y descubría que eran tan lisos como las piernas de mujer con medias de seda, que las semillas de caléndula se enroscaban efectivamente sobre sí mismas como ciempiés prehistóricos fosilizados y que la mayor parte de los árboles viejos tenían rasgos que parecían humanos. Inga nunca se había casado. Ahora andaba por los cincuenta y cinco años y era más hermosa de lo que jamás serían la mayoría de las mujeres a los veinticinco.

Rosmarie, Mira y yo habíamos creído siempre que Inga había tenido amantes. Tía Harriet había dado a entender una vez que precisamente su amigo manitas, el del tocadiscos, había llegado a desarrollar un tacto especial en cuestiones de electricidad. En aquella época, sin embargo, tía Inga vivía aún en la casa y era impensable que cualquiera de las tres hermanas mantuviera relaciones amorosas ante los ojos de Hinnerk.

Rosmarie se preguntaba qué ocurría con los amantes de nuestra tía. ¿Morían de paro cardíaco inmediatamente después de haber disfrutado del instante de placer más gratificante y feliz de su vida?

—¡Qué muerte gloriosa! —exclamaba.

Mira decía que tal vez Inga no tuviese ningún contacto epidérmico y lo hiciese todo protegida por un traje de goma finísima.

—Negro, desde luego —añadía.

Yo decía que Inga lo hacía sin duda como todos los demás, solo que tomaría probablemente la precaución de conectarse antes a tierra a través de un radiador o algo parecido.

—¿Le dolerá?— preguntaba Mira pensativa.

—¿Y si se lo preguntamos?

Pero ni siquiera Rosmarie se atrevía a hacerlo.

**Inga** también fotografiaba gente, pero solo de la familia. En realidad, fotografiaba casi exclusivamente a su madre. Cuanto más se desvanecía la personalidad de Bertha, mayor era la vehemencia con que Inga la fotografiaba. Al final, tuvo que recurrir al *flash*, por una parte, porque mi abuela apenas abandonaba su habitación en la residencia de ancianos —había olvidado cómo se caminaba— y, por otra, porque Inga, en contra del sentido común, esperaba traspasar las nieblas que, cada vez más densas y



espesas, envolvían el cerebro de Bertha. Una vez, tras la visita que yo le había hecho a mi abuela cuatro años atrás, tía Inga me mostró una caja llena de fotos en blanco y negro del rostro de su madre. En los últimos cuatro carretes, Bertha salía siempre con la misma expresión incomprensible de miedo, la boca entreabierta, los ojos muy abiertos con minúsculas pupilas retraídas como por reflejo. Pero no se veía ni una chispa de discernimiento ni de voluntad. Bertha no conocía ni quería nada más. Las fotos estaban muy desgastadas a fuerza de manipularlas. Algunas estaban borrosas o movidas, ese no era el estilo de tía Inga. El destello deslumbrante disimulaba las profundas arrugas que surcaban el rostro de Bertha, que, liso y blanco, resaltaba sobre el desvaído fondo gris. Tan blanco y tan vacío como la mesa de plástico que barría con su mano. Cuando le devolví las fotos a tía Inga, volvió a examinarlas detenidamente antes de meterlas otra vez en la caja. Evidentemente conocía a fondo cada una de sus instantáneas y podía distinguirlas de las demás, pues parecía preocupada por colocarlas en un orden preciso. Yo habría querido estrecharla entre mis brazos, pero como eso no era tan fácil con mi tía, me limité a estrechar una de sus manos entre las mías, pero ella estaba completamente absorta en la clasificación de su grotesca colección de retratos idénticos. El brazalete de ámbar no dejaba de golpear ruidosamente contra el borde de la caja.

**Por** la ventana abierta llegó el ruido metálico de un caballete de bicicleta abajo en el patio, seguido del golpe de un portaequipajes. Me asomé, pero el visitante ya había doblado la esquina de la casa para ir a llamar a la puerta de entrada. Me pareció reconocer esa bicicleta negra. La campana —una auténtica campana con su badajo—, repicó en la entrada. Descendí atropelladamente la escalera, recorrí el vestíbulo y traté de ver a través del cristal contiguo a la puerta. Era un hombre mayor, se había situado delante de la pequeña ventana para que yo pudiera reconocerlo. Sorprendida, abrí la puerta.

—¡Señor Lexow!

La cordial sonrisa con la que se disponía a saludarme se convirtió al verme en una expresión de desconcierto. Me acordé entonces de cómo iba vestida y sentí vergüenza. Seguramente pensaría que trataba con una maníaca patológica que se desnudaba para revolver los armarios y que danzaba vestida de manera estrafalaria por el desván o tal vez incluso sobre el tejado. Al fin y al cabo, eso ya había ocurrido antiguamente en la familia.

—¡Oh!, perdone mi aspecto extravagante, se lo ruego, señor Lexow

—masculé a modo de disculpa esforzándome por encontrar una explicación—. Lamentablemente, mi vestido tenía una mancha horrible, y como apenas he traído nada para cambiarme, usted comprenderá, hace un calor tan sofocante en la casa...

Una amable sonrisa reapareció en su rostro y levantó la mano en un gesto apaciguador.

—Ese es el vestido de su tía Inga, ¿no es verdad? Le sienta a las mil maravillas, ¿sabe usted? Ya me figuré que alguien se habría quedado en la casa y, como en la cocina no hay absolutamente nada, he pensado, me he permitido, bueno, quería simplemente...

Ahora era el señor Lexow quien tartamudeaba. Retrocedí un paso para animarlo a entrar, cerré la puerta tras él y cogí una bolsa de algodón que me había tendido al mismo tiempo que hablaba. Mientras yo me preguntaba en cuál de las habitaciones desiertas podría recibirle, él pidió permiso y me precedió en el pasillo, camino de la cocina. Una vez allí, me quitó con suavidad la bolsa de las manos, extrajo de ella un gran recipiente de plástico, abrió sin vacilar uno de los armarios inferiores, echó mano de una olla y la puso sobre el fogón. Me acerqué unos pasos. El no hablaba, pero se desplazaba con tranquila seguridad por la cocina de Bertha. Ya no era necesario preguntarle al hermano de Mira quién se había ocupado de la casa y el jardín en ausencia de mi abuela.

Inquieta, yo desplazaba el peso de mi cuerpo de una pierna a otra. Por muy grande que fuera la cocina, yo siempre estaba en el medio, estorbando.

—Dígame, hija mía, ¿sería usted tan amable de ir a buscar un poco de perejil al jardín?

Me tendió unas tijeras.

Desde el patio se accedía al huerto de Bertha recorriendo el sendero que pasaba entre los dos tilos. La alambrada estaba invadida por madreselvas, la pequeña puerta del jardín se encontraba simplemente apoyada y se abrió con un chirrido al empujarla. El perejil estaba justo ahí delante, en la entrada, cubierto enteramente de capuchinas o «alcaparras», como las llamaban Bertha y sus hijas. Al final del verano, mi madre conservaba siempre en un pequeño recipiente en el frigorífico los frutos verde claro de las flores de las capuchinas. Sin embargo, ya no recuerdo si esos frutos acabaron alguna vez integrándose en las comidas. Pero ¿cómo conseguía crecer la rala planta de perejil en ese huerto? En hileras, como las desgreñadas judías de mata baja y los ásperos guisantes trepadores que se encontraban en plena floración, con flores de color blanco, rosa y naranja.

Por ahí había también una hilera torcida de puerros. Y un poco más allá, entre la grama y la camomila, unas plantas de pepino que, reptando por el suelo, intentaban apartar —o al menos debilitar— con sus pelosas hojas grisáceas las malas hierbas, apestándolas de moho blanco.

La melisa y la menta habían tomado la delantera en los bancales y proliferaban entre las grosellas blancas. Los enclenques groselleros espinosos y los zarzales habían atravesado la valla e invadían el bosquecillo colindante. El señor Lexow debía de haber intentado mantener el huerto de Bertha, pero carecía del don especial de mi abuela para dar a cada planta el emplazamiento más favorable y, a fuerza de pacientes cuidados, obtener lo mejor de ellas.

**Atravesé** el huerto para echar una mirada a los macizos de plantas vivaces creados por Bertha, todas esas plantas antiguas que honraban la memoria de mi abuela o desafiaban su degradación, lo que venía a ser lo mismo. El matorral ondulante de polemonios exhalaba su suave perfume. Las espuelas de caballero dirigían sus lanzas azules hacia el cielo crepuscular. Los altramuces y las caléndulas resplandecían por doquier y las campanillas se rendían a mi paso. Las gruesas hojas acorazonadas de las funkias recubrían la casi totalidad del suelo. En la parte de atrás, las hortensias componían un verdadero seto con su follaje engalanado con multitud de inflorescencias de colores rosa azulado y azul rosado. Las umbelas de corolas amarillo oscuro y rosa rojizo de las artemisas se inclinaban sobre el camino y, en cuanto las tocaba para apartarlas, mis manos se impregnaban de su perfume a hierbas aromáticas y a vacaciones de verano.

**Entre** los groselleros y las tupidas moreras, el huerto adquiría un aspecto más salvaje. Pero esa parte del jardín se había aislado ya en su propia sombra. Más allá comenzaba el pequeño pinar. El suelo color herrumbre se escondía bajo una espesa capa de agujas de pino. Al caminar, los pasos se hacían elásticos y silenciosos y uno avanzaba como bajo un hechizo hasta el momento de salir por el otro extremo que daba al gran prado de árboles frutales. En el pasado, Rosmarie, Mira y yo colgábamos viejas cortinas de tul entre los árboles y construíamos nuestro país de las hadas, donde representábamos largas y complejas tragedias de amor. Al principio no se trataba más que de la historia de tres princesas raptadas y vendidas por un desleal tesorero del reino y que, tras años de servidumbre, habían conseguido escapar de sus crueles padres adoptivos y acababan

viviendo en el bosque donde, por una feliz coincidencia, se reencontraban con sus verdaderos progenitores. Después, las princesas regresaban a los lugares donde habían sido maltratadas y castigaban a todos aquellos que las habían torturado. Rosmarie se encargaba de «la evasión»; yo, de «el reencuentro»; Mira, de «la venganza».

**Caminé** hacia la cancela del jardín que daba al bosquecillo y hundí la mirada en la penumbra verdinegra. Me sorprendió una ráfaga de aire frío cargado de resina. Me estremecí, sujeté con más fuerza las tijeras y di la vuelta en dirección al perejil. Al cortar un buen manojo, sentí un aroma a tierra y a cocina pese a que las hojas rizadas estaban ya bastante secas y amarillas. ¿Debería cortar también un poco de levístico? Mejor no. Recordé una tarde que había pasado en el jardín con Rosmarie y Mira. El día que hablé con Mira por última vez.

Me erguí y crucé rápidamente la puerta que daba al cobertizo. El suelo arcilloso estaba helado. Eché el cerrojo, volví a encajar las barras de hierro en sus soportes, subí corriendo la escalera y casi fui presa del vértigo al aspirar la fragancia de aquella sopa de verduras que inundaba el aire de la cocina. Deposité el manojo de perejil al lado de la olla humeante, el señor Lexow me dio las gracias y levantó brevemente la cabeza. Había tardado demasiado para un cometido tan insignificante.

—Estará lista en un momento. He puesto la mesa aquí, en la cocina.

Y efectivamente, sobre la mesa de la cocina había un plato hondo blanco y una cuchara sopera de plata.

—¡Pero usted tiene que comer también un poco! Se lo ruego, señor Lexow.

—De acuerdo, querida Iris. Será un gran placer.

Nos sentamos a la mesa con la olla entre nosotros y el perejil finamente picado sobre una tabla. Comimos la deliciosa sopa, en la que nadaban gruesas rodajas de zanahorias, dados de patatas, guisantes, judías verdes cortadas en trozos y una gran cantidad de aros transparentes de puerro. Un ligero estremecimiento recorrió al señor Lexow. Quiso decir algo, pero no reparé en ello hasta el momento en que yo misma levanté la cabeza para decir algo.

—Señor Lexow querida Iris —empezamos a hablar simultáneamente.

—Usted primero.

—No, usted, por favor.

—Pues bien. Quería simplemente darle las gracias por la sopa, este es

el momento oportuno, por cierto, ¿qué hora será?, pero también por haberse ocupado de la casa y del jardín. Gracias de todo corazón, no sé cómo podríamos agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros. Todo el tiempo y... y todo el amor que ha puesto en ello, y...

El señor Lexow me interrumpió.

—No diga nada más. Soy yo quien quiere decirle algo, contarle algo que poca gente sabe. Bueno, para ser más precisos, solo quedan dos personas que lo saben, a la tercera la enterramos ayer, aunque me pregunto si aún lo sabía... Pues mire, ya que usted habla de amor, quiero decir, cuando usted abrió la puerta y yo la vi con ese vestido, fue como si...

—Perdón, comprendo que eso le haya resultado chocante, pero yo...

—No, no, cuando usted abrió la puerta yo me dije..., resumiendo: su tía Inga, quiero decir, Inga y yo...

—Usted la ama, ¿no es cierto? Ella es maravillosa.

El señor Lexow frunció las cejas.

—Sí. No, no es lo que usted acaso esté pensando. La quiero como un, como un... padre.

—Sí, naturalmente. Entiendo.

—No, veo que no lo entiende. Yo la amo como un padre, porque lo soy.

—Un padre.

—Sí. No. Su padre. Yo soy el padre de Inga. Amé a Bertha. Desde siempre, hasta el final. Ha sido un honor para mí, una deuda, en fin, una obligación el ocuparme de vuestra casa. Por favor, no me lo agradezca, eso me avergüenza. Era lo mínimo que yo..., bueno, usted me comprende, quiero decir... después de todo lo que...

El sudor perlaba la frente del señor Lexow. Estaba al borde de las lágrimas. Yo también había dejado de comer. El padre de Inga... No, no había contado con eso, desde luego. Aunque, después de todo, ¿por qué no? ¿Inga lo sabía?

—Inga lo sabe. Se lo dije en una carta cuando Bertha entró en la residencia. Le propuse ocuparme de todo hasta que... bueno, todo el tiempo que Bertha permaneciera en la residencia.

El señor Lexow se tranquilizó, su voz se hizo más firme. Me puse en pie, me dirigí al dormitorio de mis abuelos y saqué del armario de roble un par de calcetines de lana de Hinnerk y un jersey marrón grisáceo de Bertha. Me senté en el taburete ante el tocador para ponerme los calcetines. ¿Bertha, adúltera? Regresé a la cocina con paso tambaleante.

La sopa ya no estaba sobre la mesa. En vez de platos había dos vasos. El señor Lexow, el padre de mi tía y, por tanto, una especie de tío abuelo para mí, removía el contenido de una pequeña olla sobre el fogón. Volví a sentarme con las piernas cruzadas sobre el asiento. Al cabo de un momento, con la leche humeante ya en los vasos, el señor Lexow se sentó y relató sin rodeos lo que pasó.

#### **Capítulo 4**

**Cuando** Carsten Lexow llegó a Bootshaven acababa de recibir el diploma de maestro. Era originario de Geeste, un pueblo de los alrededores de Bremen, y no tendría entonces más de veinte años. En Bootshaven, la escuela tenía una única aula en la que se impartía clase a todos los niños que recibían enseñanza obligatoria. Un maestro enseñaba todo a todos al mismo tiempo. El pastor no intervenía más que una vez al año, justo una semana después de acabar las vacaciones de verano, para saludar a los nuevos confirmandos.

Su padre, propietario de una mercería, había muerto cuatro años antes de la llegada de Carsten a Bootshaven, a consecuencia de una herida de guerra. Una bala de fusil francesa había peregrinado por su cuerpo durante casi ocho años hasta que llegó el día en que, deteniéndose en un pulmón, detuvo su peregrinación, poniendo fin a la vida del mercero Carsten Lexow padre. Era un hombre taciturno que pasaba mucho tiempo en su tienda y nunca había dejado de ser un extraño en su familia. La madre de Carsten lo atribuía a la bala viajera que no le permitía regresar del todo a casa, aunque tal vez se debiera simplemente a su naturaleza. Las cosas cortas y menudas que manejaba y vendía en la mercería no eran lo único corto y menudo del padre de Carsten, corto también de piernas, de nariz, de cabello, como cortas eran igualmente sus frases y corto el hilo de su paciencia. Lo único largo era el camino recorrido por la bala de fusil dentro de su achaparrado cuerpo; sin embargo, cuando el proyectil alcanzó finalmente su meta, la agonía de Carsten Lexow padre fue tan breve como lo había sido su vida.

La viuda Lexow continuó llevando sola la mercería. Carsten la ayudaba a veces con la contabilidad. No tenía hermanos; en cambio, su madre sí tenía un hermano menor, funcionario de Correos y soltero, que se declaró dispuesto a echar una mano a su hermana y a su sobrino. Puesto que Carsten no mostraba ninguna inclinación particular por la venta de hilos de coser y

cintas elásticas, la viuda aceptó enviar a su hijo a Bremen para que recibiera formación de docente. Carsten pasó allí dos años, al término de los cuales le asignaron el puesto de maestro en Bootshaven sin siquiera haberse postulado para ello.

El viejo maestro de la escuela había muerto de un ataque cerebral en plena aula, pero, como tenía la costumbre de dormitar durante las clases, ningún niño se inquietó al ver su cuerpo postrado. Como cada vez que se quedaba dormido, los catorce alumnos abandonaron la escuela conteniendo la risa tras la plegaria. Esa vez también olvidaron al maestro hasta que, a la mañana siguiente, lo volvieron a ver dormido sobre su pupitre en exactamente la misma postura que la víspera. El hecho de que la escuela y el aula no estuvieran cerradas con llave no llamó la atención a nadie, pues el viejo maestro siempre había sido despistado. Finalmente, el alumno mayor de la clase, Nikolaus Koop, se armó de coraje y se dirigió al pequeño y pálido hombre, cuya cabeza estaba tan profundamente inclinada sobre el pecho que solo la frente permanecía visible. Al ver que no respondía, Nikolaus se aproximó y miró a su maestro más de cerca. Los Koop eran campesinos, como casi todos los habitantes del pueblo. Nikolaus Koop había ayudado muchas veces en la matanza e incluso había visto morir una vaca durante el parto. Parpadeó repetidamente, se volvió hacia los demás alumnos y dijo con voz tranquila, marcando largas pausas entre las palabras, que aquel día no habría clase, que todos debían regresar a casa. Nikolaus era un chico muy retraído, y a menudo era el primero al que eliminaban en el balón prisionero pero, aunque no era el líder de la clase, era el de más edad y los alumnos salieron dócilmente. Anna Deelwater y su hermana menor, Bertha, abandonaron el colegio al mismo tiempo que los demás. Su granja estaba muy cerca de la de los Koop y, por lo general, las dos niñas iban a la escuela y regresaban en compañía de Nikolaus. Ese día, sin embargo, regresaron solas y en silencio, con las cabezas gachas. Nikolaus Koop llamó a la puerta de la parroquia, situada junto a la escuela, y dio la noticia al pastor, que estaba sentado en su escritorio y hojeaba el periódico. El pastor escribió el mismo día a su amigo, el pastor de Geeste, y tres días más tarde el nuevo maestro de escuela, Carsten Lexow, llegaba a Bootshaven justo para la inhumación de su predecesor, lo cual fue considerado por todos una bendición. La gente del pueblo se alegraba de poder examinar enseguida y minuciosamente al nuevo maestro. Y Carsten Lexow no podía más que considerarse dichoso por haberse puesto el traje negro confeccionado para el entierro de su padre. Además, esa era una buena oportunidad de presentarse a unos y a otros sin

darles tiempo de inventarse historias sobre él. Claro que las historias se las inventarían pese a todo, puesto que Carsten Lexow era alto y esbelto y su pelo oscuro no se dejaba domar más que con una raya rigurosamente trazada a un lado de la cabeza. Sus ojos eran azules, pero Anna Deelwater descubrió un día, cuando él levantaba la mirada del cuaderno de ejercicios sobre el que había estado inclinado durante la clase, que sus pupilas estaban como engastadas en anillos de oro. Y a esos anillos se quedaría encadenada hasta el final de su vida, que, por otra parte, no estaba muy lejano.

**De** Anna Deelwater, hija mayor de Käthe y de Cari Deelwater, bautizada en realidad como Katharina, no existía más que una única fotografía de la que se habían hecho varias copias. Mi madre conservaba una, había otra en casa de tía Inga y Rosmarie tenía una tercera pegada con celo dentro de su armario. Tía Anna —así la llamaban mis tías y mi madre cuando se referían a ella— era morena como su padre. A juzgar por la foto, sus ojos eran también oscuros, aunque según tía Inga eso se debía a la mala exposición. Lo que podíamos decir con certeza era que Anna tenía unos ojos almendrados y sombreados por espesas cejas que no formaban una línea sino un arco. Las cejas dominaban su rostro y le daban a su fisonomía un carácter taciturno y a la vez salvaje. Anna era más baja que su hermana, pero no tan delgada. Bertha, de piernas largas, rubia y alegre, parecía física y moralmente todo lo opuesto a su hermana. Sin embargo, las dos eran reservadas, más bien tímidas y absolutamente inseparables. Cuchicheaban y reían por lo bajo igual que las demás chicas de su edad, pero siempre y únicamente entre ellas. Algunos las consideraban arrogantes, porque Cari Deelwater poseía más tierras que nadie y la granja más grande de Bootshaven. Además era propietario de un banco de primera fila en la iglesia, sobre el que había hecho grabar el nombre de su familia. No porque fuera especialmente piadoso. El iba muy raras veces a misa, pero cuando lo hacía, con ocasión de fiestas solemnes como Pascua, Navidad y Pentecostés, se sentaba delante y en su propio banco con su mujer y sus hijas y dejaba que toda la pequeña comunidad los mirara boquiabierta. Los numerosos domingos del año en que no acudía a la iglesia, su banco permanecía vacío; pero los fieles no dejaban de mirarlo boquiabiertos. Anna y Bertha estaban orgullosas de su hermosa granja y de su maravilloso padre. Y aunque estaba preocupado por conservar la herencia, lo cierto es que jamás se lo mostraba ni a sus dos hijas ni a su mujer, sino que consentía a sus «tres muchachas» todo lo que le era posible.



Las dos hijas debían ayudar en la granja. Le echaban una mano a su madre en la casa y ayudaban en la cocina a Agnes, la criada que iba cada día y que no era en realidad una muchacha sino una señora de edad madura, madre de tres hijos adultos. Con ella, las dos hermanas hacían mermeladas y desplumaban gallinas. Pero lo que más les gustaba era trabajar fuera, en el jardín.

A partir de finales del mes de agosto, ya solo estaban en los manzanos.

Las manzanas Glockenapfel eran las primeras, sabían a limón y había que comérselas deprisa tras el primer mordisco porque la pulpa se volvía enseguida marrón. No se usaban para cocinar y su aroma se desvanecía como el viento de agosto bajo el que habían madurado. A continuación les llegaba la hora a las Cox Orange, primero las del árbol grande situado muy cerca de la casa, que se beneficiaba del calor acumulado durante el día por los muros de ladrillo. Por ello, sus frutos eran siempre más grandes y más dulces y más precoces que los de otros manzanos. En octubre, todas las manzanas estaban maduras. Anna y Bertha se movían casi con la misma agilidad en los árboles que sobre el suelo. Hacía años que un mozo de cuadra había clavado algunas tablas en un manzano Boskoop particularmente imponente con el fin de que ellas pudiesen colocar sus cestos, pero las muchachas preferían instalarse sobre las tablas. Allí leían libros en voz alta, bebían zumo y comían manzanas y el bizcocho de mantequilla que les llevaba Agnes, especialmente cuando uno de sus hijos pasaba por la casa y también recibía un buen trozo de bizcocho. De esta manera, en el caso de que alguien le preguntara por qué no quedaba más que una sola bandeja de bizcocho de mantequilla de las dos que habían salido del horno, Agnes podía decir que Bertha y Anna también habían comido. Sin embargo, nadie hizo jamás tal pregunta.

**Naturalmente**, el señor Lexow no hizo alusión al bizcocho de mantequilla de Agnes en su relato. Era por tanto probable que él incluso ignorara la existencia de Agnes. Sentada sobre la mesa de la cocina de la casa de Bertha, podía ver a mi abuela de niña y también a Anna, mi tía abuela, tal como aparecía en la única fotografía que conservábamos de ella. Ante el vaso de leche tibia, me acordaba de cosas que Bertha le había contado a mi madre y mi madre a mí, que tía Harriet le había contado a Rosmarie y Rosmarie a Mira y a mí, de cosas que nosotras habíamos inventado o, cuando menos, imaginado. La señora Koop también nos había contado algunas veces cómo su marido, de niño, había encontrado al maestro muerto en la clase. Entre

tanto, nuestro vecino Nikolaus Koop se había convertido en un campesino bonachón y trabajador, que además de padecer de cataratas tenía un miedo cerval a su mujer. Detrás de los gruesos cristales de las gafas, los ojos del señor Koop se ponían a guiñar nerviosamente en cuanto oía la voz de su esposa. Sus párpados batían igual que las alas de aquel pardillo rojo que por descuido había entrado un día por la ventana abierta del salón de los Deelwater y no conseguía escapar. Tía Harriet había saltado entonces de su asiento y nos ordenó abrir todas las ventanas para que el pájaro no se rompiera el cuello al chocar contra los cristales. El pardillo alzó el vuelo dejando dos plumas rojas en el alféizar de la ventana.

Nikolaus Koop parpadeaba con frecuencia, y nosotras habíamos observado que también se subía las gafas a la frente siempre que su mujer le dirigía la palabra. Mira pensaba que él buscaba de ese modo escaparse de la señora Koop valiéndose de una ceguera autoimpuesta, una especie de salida de emergencia, igual que una ventana abierta. Rosmarie, sin embargo, aseguraba que el hombre temía no romperse él mismo el cuello como aquel pájaro del salón sino acabar rompiéndoselo a ella. Lo que no sabíamos entonces es que sería Rosmarie quien terminaría rompiéndose el cuello al atravesar volando un cristal.

De las muchas cosas que el señor Lexow procuraba explicarme, yo sacaba mis propias conclusiones mientras contemplaba aquellos ojos azules y descubría los anillos que bordeaban sus pupilas, en otro tiempo dorados y que se habían vuelto de color más bien ocre. El debía de tener bastante más de ochenta años. ¿Quién era ahora para mí? ¿Mi tío abuelo? No; al ser padre de mi tía, era mi abuelo. No podía serlo, sin embargo, porque mi abuelo era Hinnerk Lünschen. Era simplemente «un amigo de la familia», un testigo.

**Pocos** años antes, cuando mi abuela ya no sabía que yo existía, mi madre había pasado dos semanas con ella. Esa fue una de las últimas visitas antes de que Bertha entrase en la residencia de ancianos. Una tarde cálida, las dos estaban sentadas en el huerto de frutales. Repentinamente, Bertha dirigió a Christa una mirada clara y penetrante y le dijo con voz firme que a Anna siempre le habían entusiasmado, por encima de todo, las manzanas Boskoop y a ella, en cambio, las Cox Orange. Como si se tratara del único secreto que le quedara por revelar.

**Anna** amaba las Bellas de Boskoop; Bertha, las Cox Orange. En otoño, los cabellos de las dos hermanas, al igual que sus vestidos y sus manos,

exhalaban un perfume de manzanas. Ellas hacían puré de manzana, y zumo de manzana y mermelada de manzana a la canela y tenían casi siempre manzanas en los bolsillos del delantal y una manzana mordida en la mano. Bertha daba primero rápidos mordiscos describiendo un amplio círculo en torno al ombligo de la manzana, luego mordisqueaba cautelosamente la parte inferior del fruto y después arriba, rodeando el pedúnculo. En cuanto al corazón, lo arrojaba hacia atrás por encima de su hombro. Anna saboreaba cada bocado despacio, de abajo arriba, comiéndoselo todo. No dejaba de mordisquear las pepitas durante horas. Cuando Bertha la sermoneaba diciéndole que las pepitas eran venenosas, Anna replicaba que sabían a mazapán. Lo único que escupía era el rabillo. Eso me lo contó un día Bertha al ver que yo comía las manzanas exactamente como ella. A fin de cuentas, era así como la mayoría de la gente comía las manzanas.

**Un** verano, Carsten Lexow concedió a sus alumnos una jornada libre a causa de la canícula, recomendándoles dedicarla a lo que él llamaba «la lectura de la naturaleza». Bertha lo celebró con una risa y dijo que esa era su clase de lectura preferida. Carsten Lexow reparó en los pequeños dientes blancos de su alumna y en la negligente ligereza de su gruesa mano intentando apartar de la nuca unos rebeldes mechones que se le habían escapado de las trenzas. Puesto que el maestro no dejaba de mirarla, y tal vez ella lo hubiera contrariado con su impertinente comentario, Bertha se puso colorada, dio media vuelta y se alejó de la escuela a grandes zancadas. El señor Lexow la siguió con la mirada, el corazón acelerado y sin decir palabra. Anna lo vio todo, reconoció la mirada de Lexow clavada en Bertha mientras se alejaba, reconoció esa mirada como se reconoce el propio rostro en el espejo y se alejó a su vez con las mejillas rojas y la cabeza baja tras los pasos de su hermana.

**Anna** amaba a Lexow, Lexow amaba a Bertha; ¿y Bertha? Ella amaba en realidad a Heinrich Lünschen, Hinnerk, como todos le llamaban. Era el hijo del posadero, un don nadie sin tierras. La familia no poseía más que dos pequeños pastizales en las afueras del pueblo y los había arrendado a un pobre diablo aún más necesitado que ellos. Hinnerk odiaba la taberna. Odiaba el olor a cocina y a cerveza rancia de las mañanas. Odiaba las peleas vehementes y ruidosas de sus padres y odiaba sus no menos vehementes y ruidosas reconciliaciones. Uno de sus hermanos pequeños —Hinnerk era el mayor— le dijo un día en la oscuridad de la cocina, mientras escuchaban a

sus padres discutir de forma particularmente exaltada, que no tardarían en tener un nuevo hermanito. Hinnerk se sobresaltó, él odiaba los embarazos de su madre.

—¿Y de dónde sacas tú eso?

—Bueno, es que siempre llega un nuevo hermanito después de una gran bronca.

Hinnerk rió fríamente. Tenía que irse de allí. Odiaba todo aquello.

El señor Deelwater había reparado en él, pues tanto el pastor como el viejo maestro ponían su inteligencia por las nubes. Hinnerk era más listo que los demás chicos del pueblo; él mismo era sin duda muy consciente de ello, y otros chicos del pueblo, que tampoco eran tontos, también lo sabían. Hinnerk estaba con frecuencia metido en casa de los Deelwater. Echaba una mano en la temporada de la cosecha a cambio de algo de dinero. Sin embargo, recibía más dinero del pastor, hecho que le llevó —Hinnerk era muy, muy orgulloso— a odiar también al pastor y a aprovechar la primera ocasión que se le presentó, el entierro de su madre, para apartarse definitivamente de la Iglesia. Así podía ahorrarse las costas del sermón; a fin de cuentas, todas las prédicas eran iguales, siempre el mismo ritual, el pastor solo cambiaba el nombre, lo que no era precisamente una gran hazaña. El pastor, que había invertido mucho dinero en los estudios de Hinnerk y cuya biblioteca, por poco vasta que fuera, había estado siempre a su disposición, se sintió profundamente agraviado, no solo por la desconsideración y la ingratitud de Hinnerk, sino también porque su protegido se había aproximado demasiado a la verdad. No obstante, había sacado sobresaliente en los dos últimos exámenes de Derecho y el joven abogado, que acababa de comprometerse con la hija mayor de los Deelwater, había dejado de depender económicamente del pastor. Este lo sabía, como también sabía que Hinnerk sabía que él lo sabía, y eso era lo que más le mortificaba.

Yo recordaba a Hinnerk Lünschen como un abuelo afectuoso que tenía el don de quedarse dormido dondequiera que se encontrase y que hacía además buen uso de aquel don. Su humor era ciertamente imprevisible. Pero el odio había ido dando paso al orgullo y se había convertido en notario, un notario orgulloso de su cargo y de su notaría, orgulloso esposo de una mujer hermosa y orgulloso propietario de una orgullosa propiedad, orgulloso padre y abuelo de tres hermosas hijas y de dos nietas más hermosas todavía, como no dejaba de repetirnos orgullosamente a Rosmarie y a mí mientras servía

orgullosas paletadas de delicioso helado Fürst-Pückler en nuestros platos de cristal. Todo se había invertido, ahora eran muchos los que odiaban a Hinnerk, aunque él había dejado de odiar: al final había conseguido todo cuanto deseaba. Seguía siendo el hombre más inteligente del pueblo y ahora todos lo sabían.

Se había provisto incluso de un blasón, con el fin de ocultar su origen humilde, lo que era absurdo, puesto que, a fin de cuentas, la gente iba a verle porque él les hablaba en dialecto bajo alemán y no por su noble estirpe. Por tanto, el cuadro del blasón estaba confinado en el trastero, o sea, en la antigua habitación de servicio, donde aún seguía colgado. Yo recordaba que, al contemplarlo, una sonrisa enigmática se dibujaba siempre en sus labios finamente contorneados: ¿de satisfacción o de autoironía? Es probable que ni él mismo lo supiera.

**Bertha** amaba a Hinnerk. Amaba su aire taciturno, su silencio y la ironía mordaz de la que hacía gala frente a los otros. Sin embargo, el rostro de Hinnerk se iluminaba siempre que tropezaba con Anna y con ella. Esbozaba una sonrisa cortés y gastaba bromas, y era capaz de improvisar un soneto sobre el corazón de la manzana que Anna estaba a punto de meterse en la boca, de cantar una oda a la trenza izquierda de Bertha o de caminar por el patio haciendo el pino, asustando a las gallinas que cacareaban y huían dispersándose. Las dos jóvenes lo celebraban con risas; Bertha tiraba con aire cohibido de la cinta de su trenza izquierda y Anna, renunciando por una vez a comerse su manzana hasta el final, arrojaba con fingida indiferencia y una disimulada sonrisa el trozo restante a las lilas.

Al principio, Hinnerk se había sentido atraído por Anna. Como es natural, sabía que Anna era la hija mayor de Cari Deelwater; de otro modo, no se habría sentido atraído por ella o, en todo caso, no de esa manera. No era su herencia lo que codiciaba. Al menos, no solo. Hinnerk admiraba más bien su posición social, su confianza en sí misma y esa seguridad de la que él carecía. También, naturalmente, veía su belleza, su cuerpo, sus generosos pechos y caderas, su espalda flexible. La indiferencia cordial con la que Anna lo trataba lo estimulaba. No obstante, él procuraba siempre mostrar la misma atención a ambas hermanas. ¿Por cálculo o por respeto? ¿Por su inclinación por Bertha o por compasión hacia ella, ya que no debía de albergar ninguna duda sobre los sentimientos de la hermana menor?

**Mi** abuela sabía que Hinnerk la había escogido en segundo lugar. Nos

lo dijo un día a Rosmarie y a mí, sin rencor, sin siquiera una pizca de amargura, de manera muy realista, como si todo hubiera tenido que ser así. No nos gustó oír eso. Faltó poco para que nos enfadáramos con ella. El amor, según creíamos, no podía ser de esa manera. Y sin haberlo pactado entre nosotras, jamás se lo contamos a Mira.

Ahora que Inga ya no era hija de Hinnerk, podía comprender mejor la ausencia de rencor de Bertha hacia su marido y quizá también su resignación. Además, ella siempre aceptaba las cosas tal cual venían, las manzanas permanecían allí donde cayeran y, como a ella le gustaba decir, casi nunca caían lejos del tronco. Después de que la propia Bertha se cayese del manzano a los sesenta y tres años y de que, como consecuencia de aquel accidente, los recuerdos comenzaran a alejarse y a caerse uno detrás de otro, se sometió a la desintegración sin luchar, con tristeza. Desde siempre, el destino se manifestaba en nuestra familia bajo la forma de una caída. Y de una manzana.

El señor Lexow hablaba pausadamente, con la mirada puesta en su vaso de leche. Entre tanto, empezaba a caer la tarde y habíamos encendido la lámpara de pantalla de paja que colgaba sobre la mesa de la cocina. Una noche, contó el señor Lexow emitiendo un suspiro, tras una jornada de un calor sofocante, salió a dar un paseo que lo llevaría, y no por casualidad, a pasar frente a la casa de los Deelwater.

La casa estaba sumida en la oscuridad. El había franqueado la entrada con la intención de bordear la casa y el granero en dirección al huerto. Como de pronto le pareció embarazoso encontrarse merodeando por allí, decidió seguir a paso rápido hasta el fondo del huerto con la idea de salir por la parte de atrás saltando la valla y regresar al camino de la esclusa a través del prado colindante. Pero, al pasar por debajo de la espesa fronda de un manzano, se le escapó un grito. Algo duro había impactado justo encima de su ojo izquierdo. No era una piedra, no era tan dura, sino húmeda, y aquella cosa reventó al rebotar en su sien izquierda. Una manzana.

Más bien los restos de una manzana. Faltaba la mitad inferior del fruto; la mitad superior, con su rabito, se encontraba partida en dos a sus pies. Lexow se quedó inmóvil, respirando de manera rápida y entrecortada. En el árbol sonó un crujido. Escrutó el espeso follaje sobre su cabeza, pero estaba demasiado oscuro. Carsten vislumbró algo grande y blanco que brillaba con luz tenue. Se oyó otro crujido y un violento temblor sacudió las ramas cuando la muchacha saltó del árbol y cayó al suelo con un ruido sordo. Aquel rostro

estaba tan cerca que no pudo reconocerlo. El rostro se acercó aún más y besó a Carsten en la boca. El cerró los ojos. La boca era caliente y tenía sabor a manzana. A Boskoop. Y a almendra amarga. Un sabor que Carsten jamás olvidaría. Antes de que él pudiera decir algo, la boca de la muchacha se posó otra vez sobre la boca de Carsten, que le devolvió el beso; se hundieron en la hierba bajo el manzano y jadeando y con dedos torpes se desprendieron mutuamente de sus ropas. La ninfa de los bosques de Carsten no llevaba más que un camisón, por lo que no debería ser tan difícil liberarla; sin embargo, cuando dos personas tratan de desvestirse, de desvestirse la una a la otra pero a la vez de continuar besándose sin dejar de abrazarse ni un instante, no resulta tan fácil, sobre todo tratándose de dos jóvenes inexpertos en este tipo de cosas. Pero ellos hicieron eso y mucho más y la tierra se encendió a su alrededor, tanto que el manzano bajo el que yacían empezó a brotar por segunda vez, pese a que ya era junio.

Evidentemente, el señor Lexow no dio detalles sobre las caricias intercambiadas bajo el manzano y yo se lo agradecí, aunque las palabras que pronunció en voz baja pero con vehemencia, con la mirada fija en el vaso, suscitaron en mí imágenes que me parecían familiares, como si ya me las hubiesen contado alguna vez en otro momento, como si de niña hubiera oído esas palabras, tal vez durante una conversación entre adultos que hubiera seguido desde un escondite sin que se dieran cuenta y que solo ahora comprendía. Y fue así como la historia de Carsten Lexow se convirtió en parte de mi propia historia y en parte de mi historia sobre la historia de mi abuela y en parte de mi historia sobre la historia de mi abuela sobre la historia de tía Anna.

¿**Habría** gritado Carsten Lexow en algún momento el nombre de Bertha? Y la muchacha, ¿se habría entonces liberado de sus brazos para salir corriendo? ¿Habría advertido él el error al acariciar sus generosos senos? ¿Habría desistido entonces del abrazo? ¿Habrían continuado los dos hasta el final como si no supieran lo que el otro sabía para solo entonces separarse, sin decir palabra, y no volver a encontrarse jamás? Lo ignoraba, y probablemente jamás llegaría a saberlo. Pero lo que contaba toda la gente del pueblo, y lo que Rosmarie, Mira y yo habíamos oído muchas veces, era la historia del viejo manzano Boskoop del huerto de los Deelwater. Había empezado a florecer una cálida noche de verano y a la mañana siguiente estaba completamente blanco, como cubierto de escarcha. Sin embargo, esas magníficas flores eran tan endebles que aquella misma mañana

tapizaron el suelo, en silencio, cubriéndolo con espesos copos. Todos los habitantes de la granja dieron vueltas alrededor del árbol, con respeto, con recelo, encantados o sencillamente sorprendidos. Solo Anna Deelwater no pudo verlo, debido a un catarro. Sentía un ligero ardor en la garganta y debía guardar cama. El ardor consumió las delicadas ramificaciones de sus bronquios y continuó extendiéndose hasta inflamarle los lóbulos de los pulmones, que finalmente dejaron de funcionar. Carsten Lexow jamás volvió a verla y, cuatro semanas después de que el manzano hubiese florecido, Anna estaba muerta. Un trágico caso de neumonía.

El señor Lexow consultó su reloj y preguntó si no sería hora de irse. Yo ignoraba qué hora era, pero tampoco sabía qué había sucedido después; a fin de cuentas, no habíamos entrado aún en su historia con Bertha. ¿O acaso debía irse? Advirtió mi titubeo y se levantó en el acto.

—Por favor, señor Lexow, aún no hemos acabado.

—No, es cierto, aunque tal vez sí por esta noche.

—Es posible. Pero solo por esta noche. ¿Podríamos volver a vernos mañana por la noche?

—No; tengo que asistir a una reunión del ayuntamiento.

—¿Mañana por la tarde entonces? ¿A la hora del café?

—Gracias, será un placer.

—Gracias a usted. Por la sopa. Y por la leche. Y por la casa, el jardín...

—No hay de qué, Iris, de verdad, usted sabe que soy yo quien tiene que darle las gracias y disculparse.

—Conmigo, desde luego, no tiene que disculparse. Además, ¿por qué habría de hacerlo? ¿Por haber amado a mi abuela hasta su muerte? ¿Por la muerte de mi tía abuela Anna? ¡Solo faltaba!

—No, no es por eso que he de pedirle disculpas —me respondió con mirada fraternal.

Comprendí entonces por qué mi tía abuela Anna se había enamorado de él.

—Es por la copia de la llave que he conservado hasta hoy sin que nadie en su familia lo supiera, ni siquiera su tía Inga. Ella creía que yo no hacía más que echar de vez en cuando una mirada alrededor de la casa.

Sacó algo del bolsillo de su pantalón y, por segunda vez, me encontré con una enorme llave de latón cromado en la mano. El señor Lexow disponía, por lo visto, de un doble juego de llaves para muchas cosas, pensé yo mientras dejaba el pedazo de metal caldeado sobre la mesa de la cocina y



acompañaba hasta la puerta al viejo maestro y pretendiente de mi abuela.

—¿Mañana entonces? ¿A la hora del café?

Hizo un breve gesto de despedida y bajó las escaleras de la entrada con paso algo torpe, desapareció un momento bajo las rosas y giró luego a la derecha hacia su bicicleta, que había dejado apoyada contra el muro de la casa. Oí el roce del caballete de la bici contra las losas y, poco después, el suave canturreo de la dinamo al pasar por la acera detrás del seto. Me quité los calcetines, cogí la llave que estaba colgada y fui a cerrar la cerca.

**Atravesé** el patio y salí al jardín, donde el espíritu de Bertha se manifestaba aquí y allá en la oscuridad. Su jardín había acabado transformándose en una más de aquellas grotescas prendas de lana que mi madre conservaba en el fondo del armario: agujeros abisales, matorrales exuberantes y, en algún lugar, un atisbo de patrón.

Anna amaba las Boskoop; Bertha, las Cox Orange.

¿Qué era lo que Bertha había querido decirle entonces a mi madre? ¿De qué se acordaba ella y cuáles eran las cosas que había dejado hundirse en el olvido? Lo olvidado jamás desaparece sin dejar huellas, atrae siempre la atención hacia su guarida. El beso de la muchacha, había dicho Lexow, sabía a manzana.

**Cuando** Bertha, un mes después del milagro de la floración estival del manzano, atravesó llorando el jardín vio que las grosellas rojas se habían vuelto blancas. Las negras seguían siendo negras. Todas las demás grosellas exhibían el color blanco grisáceo de la ceniza. Ese año hubo muchas lágrimas y una mermelada de grosellas particularmente buena.

## **Capítulo 5**

**Me** desperté durante la noche porque tenía frío. Había dejado abiertas las puertas y ventanas de la habitación de Christa y entraba el aire nocturno. Volví a cubrirme con la manta y pensé en mi madre. Mi madre adoraba el frío. En la región de Baden, los veranos eran tan calurosos que ella había instalado un sistema de aire acondicionado en casa que, además, ponía al máximo. También enfriaba todas las bebidas con cubitos de hielo e iba a cada rato con un pequeño bol de vidrio al sótano, donde estaba el congelador, para buscar helado de vainilla. Sin embargo, cuando llegaba el invierno, los

arenales, estanques, canales y brazos del viejo Rin se helaban mucho más rápidamente que los lagos de la húmeda llanura septentrional.

Y entonces salía a patinar sobre el hielo.

**Mi** madre patinaba como nadie. No era especialmente graciosa, no bailaba, no, volaba; corría, ardía sobre el hielo. Mi abuelo le había comprado cuando era pequeña un par de patines blancos. El mismo estaba orgulloso de sus propias aptitudes para el patinaje, aunque solo le servían para deslizarse con agilidad hacia adelante y desplazarse hacia atrás con movimientos ondulatorios. También sabía describir grandes círculos cruzando la pierna del lado exterior por delante de la del interior. Sin embargo, eso que su hija Christa hacía sobre el hielo no se lo había enseñado él. Con los brazos en jarras, trazaba amplios ochos inclinándose en las curvas, tomaba impulso y como una salvaje, con las rodillas flexionadas, daba seis o siete saltos y en cada salto hacía un semigiro que barría hacia atrás y hacia adelante la brillante superficie. O bien giraba sobre una pierna, alzando los puños enguantados hacia el cielo invernal, con las trenzas hechas un remolino. Hinnerk se había preguntado al principio si debía tolerarle aquellas maneras al patinar. Era algo tan ostentoso que llamaba la atención. Pero luego creyó adivinar envidia en los cuchicheos de la gente y eso le reafirmó el orgullo acerca del singular comportamiento de su hija sobre el hielo, tanto más cuanto ella se mostraba muy sensata, dulce y complaciente, y siempre dedicada a hacerle a él, a Hinnerk, su amado padre, la vida agradable.

**Mi** madre había conocido a mi padre sobre el río Lahn helado. Ambos cursaban estudios en Marburgo, Christa de Historia y Deporte y mi padre, de Física. Mi padre, obviamente, no podía no haberse fijado en mi madre patinando sobre el hielo. En los puentes sobre el río se formaban a veces pequeños grupos de gente que tampoco podían pasar de largo. Todos fijaban la mirada en la alta silueta, de la que no era posible decir a primera vista si era femenina o masculina. En aquellos estrechos pantalones marrones, las piernas eran las de un muchacho, al igual que los hombros, aquellas manos grandes ocultas en enormes manoplas y los cortos cabellos castaños bajo un gorro de lana. Christa se había cortado las trenzas antes del primer año académico. Solo las caderas fueran tal vez demasiado anchas para un hombre, o aquellas mejillas rojas demasiado lisas, y la línea que iba del lóbulo de la oreja a la mandíbula inferior y hasta el cuello mostraba una curva tan suave que mi padre se preguntaba si describía una parábola o más bien una

curva senoidal. Y se descubría preguntándose a sí mismo cómo y hasta dónde podría prolongarse aquella curva bajo el grueso chal de lana azul celeste.

**Mi** padre, Dietrich Berger, tardó un tiempo en dirigirle la palabra a la joven patinadora. Le bastaba con ir todas las tardes hasta las orillas del Lahn y observarla. Él era el menor de cuatro hijos y, en aquel entonces, aún vivía en casa de su madre. Dado que su hermano mayor ya se había ido de casa y que su madre era viuda, el papel de cabeza de familia había recaído en él. Pero lo asumía con valentía. Aquella responsabilidad no le pesaba demasiado debido, tal vez, al hecho de que probablemente jamás se le hubiera ocurrido cuestionarla. Sus hermanas se burlaban, protestaban y se reían de él cuando salían por la noche y mi padre les decía la hora a la que tenían que estar en casa, aunque, en el fondo, estaban encantadas de que se hubiera hecho cargo de la familia.

A la madre de mi padre apenas la conocí. Había muerto cuando yo aún era muy pequeña y tan solo recordaba su falda de lana recia y sus enaguas de tafetán, que producían un sonido melodioso al rozar sobre sus pantis. Una santa dulzura, decía de ella tía Inga. Mi madre, en cambio, veía las cosas de otra manera: decía que su suegra había desatendido el propio hogar de tanto matarse a trabajar para otras familias. Su casa no estaba bien atendida, casi nunca cocinaba, por no hablar de los hijos, de quienes se habría podido ocupar un poco más. Mi padre era muy puntilloso, amaba el orden sistemático, la disposición racional de las cosas basada en la economía de movimiento y la limpieza eficiente. El caos le causaba un dolor físico y, por ello, casi todas las noches ponía orden en el desorden dejado por su madre. Gracia, donaire y sentido del humor no eran parte de la herencia que la madre, en su tierna santidad, les había dejado a sus cuatro hijos. Mi padre aprendió a divertirse —y a divertir a los demás— más tarde, gracias a mi madre, mucho después de que por fin se decidiera a dirigirle la palabra, hacia el final de la temporada de patinaje en Marburgo.

**Cuando** el hielo empezó a perder brillo y comenzaban a formarse charcos debajo de los puentes, mi padre hizo de tripas corazón y, tras quince días de giros y piruetas, se presentó formalmente diciendo: «El coeficiente de rozamiento entre los patines y el hielo es de un promedio 0,01, sin que importe el peso del patinador. ¿No es algo sorprendente?».

Christa se puso colorada y vio que las esquirlas de hielo en los dientes de sierra de sus patines se estaban derritiendo y goteaban como lágrimas de

metal reluciente. No, no lo sabía, y sí, aquello era, en efecto, muy sorprendente. Ambos enmudecieron hasta que, después de una larga, larguísima pausa, Christa le preguntó que quién le había dado una información tan precisa de todo aquello. El respondió con rapidez y se ofreció a enseñarle un día el Instituto de Física donde había un aparato para producir hielo seco. «Con mucho gusto», respondió Christa sin levantar los ojos, esforzándose por esbozar una sonrisa en aquel rostro teñido de rubor. Dietrich asintió y dijo: «Hasta pronto» y, muy aliviados, los dos se separaron a toda prisa.

Al día siguiente, el Lahn estaba completamente agrietado, los témpanos de hielo parduscos se empujaban unos a otros hacia las orillas y Dietrich se preguntaba dónde volvería a encontrar a la patinadora.

**Por** la noche, la luna brillaba sobre mi almohada marcando unas sombras afiladas. Había olvidado correr las cortinas. La cama con su traspuntín era estrecha y la manta, pesada.

Tenía que haber llamado a Jon hacía tiempo, o al menos, pensar en él. La mala conciencia me tenía desvelada. Ahora pensaba en él. Jonathan, hasta hacía poco mi novio, ahora mi exnovio, mi novio del pasado. Ni siquiera sabía que yo estaba allí, pero quizá eso careciera de importancia; al fin y al cabo, él ni siquiera vivía en la misma ciudad que yo. Vivía en Inglaterra y allí se iba a quedar. Yo no. Cuando dos meses antes me preguntó si no sería ya hora de vivir juntos, de pronto sentí que por mucho que me gustase su país, ya era hora de volver a casa. Precisamente por haber comprendido que si me había quedado tanto tiempo en Inglaterra había sido más por amor a su país que por amor a él, tuve que irme. Y ahora estaba aquí e incluso era dueña de un palmo de tierra. Me resistía a verlo como una señal, pero aquella idea reforzaba mi decisión de quedarme.

**Cuando** se pierde la memoria, el tiempo pasa al principio demasiado aprisa y, después, no pasa en absoluto. «Oh, ya hace tanto de eso», decía mi abuela Bertha acerca de cosas que lo mismo se remontaban a una semana que a treinta años o diez segundos. Enfatizaba el comentario con un ligero tono de reproche acompañado de un gesto desdeñoso con la mano. ¿Acaso la controlaban?

Su cerebro se cubría de arena como el lecho inestable de un río que empezara a desdibujarse poco a poco en sus márgenes, y cuyas orillas acabarían por desmoronarse en grandes bloques arrastrados por el agua.

Aquel río perdió su forma y la corriente, su razón de ser. Finalmente, dejó de fluir y no hacía más que chapotear torpemente en todas direcciones. Los depósitos blancos que se formaban en el cerebro bloqueaban todo impulso eléctrico, las terminaciones quedaban completamente aisladas y, al final, también la persona: aislamiento, isla, coágulo, Inglaterra, electrones y el brazalete de ámbar de tía Inga; la resina endurecida en el agua, el agua que cruje helada, el cristal que estaba hecho de silicio, y el silicio que era arena, y la arena se escurría en el reloj, y yo debía dormir, ya iba siendo hora.

**Por** supuesto, volvieron a verse poco después de la temporada de patinaje sobre el Lahn helado. Es casi imposible evitar a alguien en Marburgo. Y mucho más si se lo busca. Se volvieron a encontrar a la semana siguiente, en el baile del Instituto de Física. Mi madre había ido con un compañero, hijo de un colega de mi abuelo. Sus padres habrían visto con muy buenos ojos un vínculo más estrecho entre ellos, lo que hacía que Christa quedara paralizada en presencia del muchacho y que este a su vez entonteciera delante de ella, por lo que en general no solían salir juntos. Sin embargo, esta vez la noche había sido todo un éxito. Christa había estado tan ocupada mirando a su alrededor que se mostró más bien relajada. El hijo del colega del abuelo, contrariamente a lo habitual, no había sentido su cerebro y su lengua cubrirse de escarcha bajo el efecto de la frialdad de hielo de su acompañante y, con algunos comentarios mordaces acerca de la osadía de los bailarines principiantes, consiguió incluso arrancarle alguna sonrisa. Era Christa quien había sugerido al hijo del colega del abuelo ir al baile del Instituto de Física. Y aunque el muchacho se daba perfecta cuenta de que volvería a atascarse tan pronto como mirara los labios apretados de Christa, fue lo suficientemente comprensivo como para acceder a acompañarla al baile.

**Christa** vio a Dietrich primero, después de todo, ella contaba con encontrarle allí. En cambio, él no se lo esperaba, así que la confusión que se apoderó de ella al verlo ya se había disipado un poco para cuando él la vio a ella. Los ojos grises de Dietrich se iluminaron, levantó la mano y solo entonces inclinó la cabeza, insinuando una reverencia. Sin vacilar y con paso elástico, abordó a Christa y la invitó a bailar una vez y luego otra y fue a buscar una copa de vino blanco para ella, tras lo que continuaron bailando. El acompañante de Christa, inquieto, observaba la escena desde la barra. Por un lado, se sentía aliviado al constatar lo sencillo que era todo esta vez, ni siquiera tenía que hablar con ella, pero, al mismo tiempo, sentía que las

cosas no iban del todo bien. Con una mezcla de sorpresa, satisfacción y celos, veía que su compañera era una codiciada bailarina y decidió sacarla a bailar, algo que contradecía la conducta que se había propuesto adoptar esa velada.

Afortunadamente, él bailaba mal y mi padre bien. Y mi madre bailaba mejor con mi padre, puesto que, al fin y al cabo, él la había visto deslizarse sobre el hielo y eso la liberaba de su asfixiante timidez. Eso y también el hecho de que mi padre era casi más tímido que ella. Total, que bailaron juntos en todos los bailes marburgueses de la temporada: la danza de mayo, las veladas estivales de baile, las fiestas de las facultades, el baile de la universidad. Mientras se bailaba no era necesario hablar si uno no quería, se estaba con más gente y se podía regresar a casa a cualquier hora. La danza, pensaba Christa, era en el fondo una actividad deportiva, una especie de maratón en pareja.

Las hermanas de Christa no tardaron en darse cuenta de que tenía un secreto. Durante las vacaciones semestrales, que pasaba naturalmente en Bootshaven, era siempre la primera en revisar el buzón por las mañanas, como toda joven que guarda secretos. A las preguntas de sus hermanas, a veces insistentes y otras aduladoras, no hacía otra cosa más que reír y ruborizarse o ruborizarse y permanecer en silencio. Cuando tía Inga comenzó a estudiar Historia del Arte al semestre siguiente en Marburgo, las dos hermanas fueron juntas al baile del primer semestre. Dietrich Berger ya le había sido presentado a Inga con un grupo de jóvenes que pertenecían a la misma corporación estudiantil que él. Un estudiante de Deporte, alto y bien parecido, le había gustado mucho a Inga y ella supuso que se trataba del admirador de su hermana. Pero cuando vio que Christa prescindía de los zapatos de tacón alto, que casaban tan maravillosamente bien con su vestido de seda marrón, y que sin titubear echaba mano de sus bailarinas planas, Inga supo quién era el amigo de su hermana: Dietrich Berger, talla apenas un metro setenta y seis.

Se comprometieron ese mismo año, y cuando mi madre cumplió los veinticuatro y acabó sus aborrecidas prácticas para el profesorado en un instituto de enseñanza secundaria de Marburgo, se casaron y se trasladaron a la región de Baden, donde mi padre consiguió un puesto en un centro de investigación de ciencias físicas. Desde entonces, mi madre padecía nostalgia.

Ella no podía olvidar Bootshaven y tenía un enorme apego por la casa que ahora era mía. Aunque hubiera vivido mucho menos tiempo en Bootshaven que donde vivía ahora, mi madre tenía la sensación de estar en

aquel lugar de paso. El primero de esos cálidos y húmedos veranos sin viento que había pasado allí la sumió en la desesperación; no podía dormir porque la temperatura nocturna no bajaba de los treinta grados y se pasaba la noche sudando, tumbada en la cama, mordiéndose el labio inferior con los ojos clavados en el plafón de cristal opaco hasta que fuera empezaba a clarear. El verano dio paso a un otoño insignificante y este, por fin, a un invierno duro, sin nubes. Todas las aguas se helaron durante semanas. Mi madre supo entonces que se quedaría. En noviembre del año siguiente me trajo al mundo.

**Yo** nunca había pertenecido plenamente a ese sitio, a la región de Baden. Y mucho menos tras mi regreso de Inglaterra, si bien me lo había creído durante algunos años. Y con Bootshaven me sucedía lo mismo. Aunque había crecido y estudiado en el sur de Alemania y allí estaban mis amigas del alma, la casa de mis padres, mis árboles, mis lagos y mi trabajo, la tierra, la casa y el corazón de mi madre estaban aquí, en el norte. Aquí había estado yo de niña y aquí había dejado de ser niña. Aquí, en el cementerio, descansaba mi prima Rosmarie, aquí yacía mi abuelo y ahora también Bertha.

**No** sabía por qué Bertha no había dejado la casa en herencia a mi madre o a una de sus hermanas. Quizá había sido un consuelo para mi abuela pensar que yo era una nueva generación de los Deelwater. Pero nadie amaba esa casa tanto como mi madre. Habría sido lógico que ella la heredara. Entonces, tarde o temprano la casa hubiera pasado a ser mía. ¿Qué habría hecho ella con los pastos? Debía volver a hablar de todo eso con el hermano de Mira. Pero la idea de hablar con Max Ohmstedt de asuntos de familia me inquietaba porque, en ese caso, no podría evitar preguntarle también por su hermana.

**Era** todavía temprano cuando me levanté. Los domingos por la mañana las cosas se percibían de otra manera, una se daba cuenta enseguida. El aire tenía otra textura, era más denso, y eso hacía que todo pareciese algo desfasado. Hasta los ruidos familiares sonaban distinto. Más sordos y, al mismo tiempo, más insistentes. Lo más probable es que se debiera a la ausencia del ruido de los coches; acaso también a la ausencia de monóxido de carbono en el aire. Tal vez respondiera simplemente al hecho de que en domingo se prodiga tal atención al aire y al ruido como no se les presta durante el resto de la semana. Pero no creo que fuera realmente así, ya que

los domingos se perciben de ese mismo modo también en vacaciones.

**Durante** las vacaciones escolares me gustaba quedarme acostada más tiempo por las mañanas, tras pasar mi primera noche en la casa y escuchar los ruidos que venían de abajo: el crujido de la escalera, tacones sobre el suelo de azulejo de la cocina, la puerta que daba al cobertizo, que se quedaba atascada y chirriaba siempre cuando se abría de un fuerte empujón o daba un estallido cuando se cerraba de un portazo. Se oía también el ruido metálico de la cadenilla, que se descorría por las mañanas y se balanceaba junto al marco. En cambio, la puerta que llevaba del vestíbulo a la cocina se abría sola y hacía un ruido desagradable cuando la empujaba la corriente de aire que se colaba desde el cobertizo. La campana de latón tintineaba sobre la puerta de entrada cuando mi abuelo salía de la casa para ir a buscar su bicicleta y dirigirse al despacho. El empujaba la bici por la salida del cobertizo, la dejaba en el jardín, volvía al cobertizo, cerraba con llave desde el interior, atravesaba entonces la cocina, recorría el vestíbulo y volvía a salir por la puerta de entrada. ¿Por qué no salía directamente por el cobertizo? Seguramente porque quería echar el cerrojo por dentro y no cerrar con llave desde fuera. Pero ¿por qué no cerrar con llave desde fuera? A mí me parecía que simplemente quería sentir en su mano el cromado brillante del picaporte de la gran puerta de entrada y tomarse su tiempo, en su calidad de señor de la casa, para detenerse unos segundos en la escalinata antes de recoger el periódico del buzón al salir, meterlo en la cartera, bajar la escalera, montarse en su bici y echarse a la tierna mañana dándole al timbre y lanzando al pasar un fugaz pero enérgico saludo en dirección a la ventana de la cocina. En cualquier caso, la imagen que él y todo el mundo tenía del señor notario no le hubiese permitido escabullirse disimuladamente por la puerta de atrás para ir al trabajo, y siguió fiel a esta práctica incluso cuando ya hacía mucho que había dejado de llevar las riendas de la notaría. De todas maneras, hasta el momento de su muerte, ninguno de sus socios se había atrevido a ocupar su despacho, pese a que era el más espacioso y el más bonito.

**A** medida que se alejaba, la intensidad de los ruidos de la vajilla, de las voces y risas de las mujeres, de sus pasos precipitados y de los portazos iba en aumento pero, debido al eco que distorsionaba los sonidos bajo los altos techos de la cocina, jamás podía uno enterarse de lo que se hablaba. Sí era posible, en cambio, percibir exactamente el zumbido de los sentimientos. Si las voces eran sordas y graves, las palabras monosílabas y las frases



entrecortadas por largas pausas, entonces había preocupaciones; si se hablaba mucho y rápido y casi siempre en voz alta y con el mismo tono, se conversaba sobre trivialidades de la vida cotidiana; si había risas sofocadas y cuchicheos o incluso gritos ahogados, entonces era aconsejable vestirse sin demora y bajar con sigilo, pues los secretos no se aireaban así como así. Más tarde, cuando empezó a perder la memoria, Bertha ya no hablaba fuerte, hacía pausas más o menos largas y cuando estas amenazaban con eternizarse, las otras voces se apresuraban a ponerles fin. Por lo general, varias voces se hacían oír a la vez, de repente aumentaban de intensidad y volvían a perder fuerza con la misma rapidez.

**Esa** mañana, naturalmente, no se escuchaba nada. Yo estaba sola en la casa. El silencio traía a mi memoria aquella otra mañana, no menos silenciosa, de hacía trece años. De tanto en tanto se oía poco más que el tintineo de una taza o el golpeteo de una puerta. Aparte de eso, silencio. Un tipo de silencio como el que solo puede sobrevenir a una catástrofe. Como la sordera tras una detonación. Un silencio como una herida. Rosmarie solo había sangrado ligeramente de la nariz, pero sobre su piel pálida, el goteo de trazo bien marcado parecía querer mofarse de nosotros.

**Me** levanté, me lavé la cara en la habitación de tía Inga, me cepillé los dientes, me deslicé en mi arrugado vestido negro y bajé a hacerme un té. Encontré toda una serie de cajas llenas de té en bolsitas, incluso unas cajas de Corn Flakes que sabían un poco a armario de cocina pero que, al menos, no estaban reblandecidos. Seguramente procedieran de las cortas estancias de tía Inga en la casa. En el frigorífico quedaba todavía un poco de la leche que había traído el señor Lexow.

**Más** tarde fui en bicicleta hasta la cabina telefónica junto a la gasolinera y llamé a Friburgo. Era domingo, evidentemente, y yo sabía que me atendería el contestador automático de la biblioteca de la universidad. Dije que debía tomarme tres días de permiso suplementarios para solucionar los problemas de sucesión. Luego, retomé el camino en dirección al lago.

**Debía** de ser aún muy temprano, pues las pocas personas con las que me cruzaba en el camino, todas ellas con perro, me saludaban con esa sonrisa de discreta complicidad con la que se reconocen mutuamente los auténticos madrugadores dominicales. El camino que llevaba al lago era fácil

de encontrar. Como casi todos los caminos de la zona, se adentraba por pastos y bosquecillos. En algún momento giré a la derecha y pasé por la calle empedrada de una aldea compuesta de tres granjas con granero, silos y tractores, después rodeé las dos colinas, seguí recto a través de los pastos y volví a tomar a la derecha. Allí estaba el lago. Un disco de vidrio negro.

**Después** hurgaría en los armarios para buscar algún bañador viejo y no provocar un escándalo público. Esta vez, sin embargo, tendría que bañarme tal cual. A esa hora el lugar aún estaba desierto. Por desgracia, ni siquiera tenía una toalla y eso que en la casa había dos, tal vez tres, baúles llenos. Me quité el vestido y los zapatos y me acerqué al lago. Estaba enteramente cubierto de vegetación, excepto un rincón libre justo delante de mí, un espacio despejado, plano y arenoso. Un trocito de playa para una persona. Entré lentamente en el agua. Sentí el roce trepidante de un pez. Me estremecí. El agua estaba menos fría de lo que yo había esperado y el lodo del fondo se colaba por entre los dedos de mis pies. Tomé impulso y empecé a nadar.

Siempre me sentía segura cuando nadaba. El suelo no podía escaparse bajo mis pies. No podía quebrarse, ni hundirse ni deslizarse, ni abrirse ni engullirme. No chocaba contra objetos que no podía ver, no pisaba cosas por descuido, no me lastimaba ni lastimaba a los demás. El agua era previsible, seguía siendo siempre la misma. Bueno, a veces estaba cristalina, a veces negra, a veces fría, a veces cálida, a veces calma, a veces agitada, pero siempre conservaba, además de su naturaleza, su composición; era siempre igual, era siempre agua. Y nadar era una forma de volar para cobardes. De planear sin riesgo de estrellarse. Mi estilo no era particularmente bonito —mis movimientos de piernas eran asimétricos— pero nadaba ágil y segura y podía nadar durante horas si era necesario. Adoraba el momento de abandonar la tierra, el cambio de elemento, y me gustaba especialmente el instante de abandonarme a la certeza de que el agua me llevaría. Y, a diferencia de la tierra y el aire, el agua efectivamente lo hacía, siempre y cuando uno nadara.

**Atravesé** el lago negro. Al roce de mis manos, la superficie lisa se volvía ondulante y fluida y tranquila. La historia del señor Lexow desapareció de mi cabeza; todas las historias desaparecieron de mi cabeza y volví a ser la que era. Y entonces empecé a pensar con ilusión en los tres días que pasaría en la casa. ¿Y si la conservaba? Ya veríamos. Al llegar a la otra orilla del lago,

permanecí en el agua. Cuando las primeras plantas acuáticas acariciaron mis pies, di media vuelta y emprendí el regreso.

Siempre me asustaba sentir que me rozaba algo bajo el agua. Tenía miedo a los muertos, que podían extender hacia mí sus manos blandas y lechosas, y también a los lucios gigantes que acaso nadaran debajo de mí, allí donde el agua se volvía repentinamente muy fría. Cuando era niña choqué una vez en medio de un lago artificial contra uno de esos enormes troncos podridos que surgen de vez en cuando de las profundidades de los lagos y se quedan flotando justo bajo la superficie. Grité, grité y grité, incapaz de moverme. Mi madre tuvo que sacarme del agua.

**De** lejos eché una mirada hacia mi bici y el pequeño montón negro de ropa sobre la franja de arena blanca. Me sorprendió ver una segunda bici y otro pequeño montón de ropa, algo alejado del mío, pero no lo suficientemente lejos puesto que mis cosas estaban colocadas casi exactamente en el medio de una pequeña parcela de playa. Y yo que no llevaba bañador... Esperaba que se tratase de una mujer. Pero ¿dónde estaba?

Descubrí en el agua la melena negra que venía a mi encuentro. Los brazos blancos se elevaban y descendían lentamente.

No, no era posible. No me lo podía creer. ¡Otra vez él! Max Ohmstedt. ¿Me perseguía? Se aproximó con una rapidez sorprendente. Al llegar tenía que haber visto mi bici pero, ¿la habría reconocido? ¿Y mi vestido negro?

**Con** toda calma y sin levantar la cabeza, Max siguió trazando surcos en el agua oscura. Habría podido pasar nadando delante de él, vestirme y regresar a casa y no se hubiera dado cuenta. Más tarde me pregunté si no era precisamente eso lo que él había querido. En todo caso, le saludé a media voz:

—¡Hola!

Max no me oyó, de modo que tuve que levantar algo más la voz:

—¡Hola! —Y añadí:— ¡Max!

Giró la cabeza en mi dirección; habíamos llegado al mismo punto, se sacudió el pelo mojado que se le pegaba a la frente y me dedicó una mirada plácida:

—¡Hola! —dijo con una voz ligeramente jadeante.

No sonreía, pero su mirada tampoco era hostil. Parecía esperar. Por fin levantó la mano del agua y saludó. Un gesto lento que parecía al mismo

tiempo un saludo abochornado y un gesto de rendición.

Su seriedad me enterneció un poco, lo mismo que sus cabellos, que ahora se mantenían rectos por encima de su frente. No pude evitar reírme.

—Pero si soy yo...

—Sí.

Hicimos como si estuviéramos frente a frente y tratamos de oscilar lo menos posible, aunque no dejábamos de pedalear bajo el agua para mantenernos a flote. Al mismo tiempo, buscábamos desesperadamente algún tema para entablar una conversación cordial y distante. Yo estaba completamente desnuda y él era mi abogado. Todo eso rondaba por mi cabeza y no me ayudaba precisamente a animar la conversación con un toque chispeante. Al mismo tiempo, me preguntaba con desánimo cómo conseguiría escapar dignamente de esa situación. Un breve saludo con la cabeza, acompañado de una sonrisa no excesivamente cordial, un hasta pronto dejado caer con ligereza y continuar nadando. Esa me pareció la estrategia adecuada. Así pues, levanté la mano a manera de saludo e inspiré profundamente con lo que, por descuido, dejé que me entrara en la boca una gran cantidad de agua con tan mala suerte que me atraganté; acababa de inspirar muy hondo, tosí, resollé, chapoteé batiendo las manos; me lloraban los ojos y mi cabeza debió de cobrar un extraño aspecto, pues Max inclinó la suya hacia un lado, entrecerró los ojos y observó con interés mis frenéticos movimientos en el lago negro, antes liso; una gallareta salió del agua batiendo las alas para despegar. Tosí, me hundí y salí otra vez a la superficie. Max siguió aproximándose.

—¿Todo bien?

Al intentar responder, le escupí primero un poco de agua en la cara.

—Sí, por supuesto, todo bien —grazné—. ¿Y tú?

Max asintió.

Nadé deprisa hacia la orilla deteniéndome de vez en cuando para toser pero, al volver brevemente la cabeza antes de salir del agua, vi que él nadaba detrás de mí. Max también había dado la vuelta y también se había detenido. ¡Dios mío! ¿Es que tendría que salir corriendo del agua, desnuda y zarandeada por los accesos de tos? Podía imaginarme tratando de pasar apresuradamente el vestido negro por encima de mi cabeza y —por no haberme secado antes— quedar allí, con los brazos en alto, ciega y atrapada en mi vestido de algodón grueso. Me caería entonces encima de la bicicleta y, al intentar incorporarme, la manga del vestido se quedaría enganchada en el pedal. Y mientras me alejase cojeando, amarrada, arrastrando una bicicleta

de hombre, se seguiría oyendo a lo lejos y durante mucho tiempo el eco de mis gritos desgarrados de bestia herida sobre aquel lago negro. Y a todo aquel lo suficientemente desafortunado como para oírlos se le helaría el corazón en el pecho y jamás volvería a...

—Iris...

Giré la cabeza. Esta vez, al menos, no necesitaba patalear en el agua pues ya tocaba el fondo con los pies.

—Iris. Yo..., bueno... Me alegro de verte. Sinceramente. A Mira le gustaba también este lago. Porque el agua era... en fin, ya sabes tú cómo era ella.

—Sí. Porque el agua era negra. Lo sé.

¿Era negra, lo sé? ¿Era eso lo que yo acababa de decir? Max debía de pensar que trataba con una completa imbécil. Pero hice como si hubiera dicho algo muy inteligente y le pregunté:

—¿Qué tal le va a Mira?

—Oh, bien. Hace ya mucho que no vive aquí, ¿sabes? También es abogada, en Berlín.

Entre tanto, Max también tenía tierra firme bajo los pies. La distancia que nos separaba tal vez equivalía al largo de dos cuerpos.

—Berlín. Eso cuadra. Seguramente trabaja en un despacho muy *cool* y lleva carísimos trajes negros y, por supuesto, botas negras.

Max sacudió la cabeza. Parecía querer alegar algo, reflexionó un momento y dijo entonces con un ligero titubeo:

—Hace ya mucho tiempo que no la veo. Tras la muerte... tras la muerte de tu prima, no volvió a vestirse de negro. Ya no viene por aquí. De vez en cuando hablamos por teléfono.

No sé por qué me afectó tanto lo que dijo. ¿Mira, de colores? Contemplé a Max. Se parecía un poco a Mira, tenía más pecas que ella. Mira disimulaba seguramente las suyas con agua oxigenada. Los ojos de Max eran de varios colores, predominaba el marrón pero también tenía matices más claros, algo de verde, tal vez, o de amarillo. Tenía los mismos párpados pesados de su hermana. Volví a pensar en ella. Conocía los ojos de Max desde que éramos niños; sin embargo, su cuerpo me resultaba extraño. Un cuerpo bastante más grande que el mío, ligeramente inclinado hacia delante, blanco, liso, no muy ancho pero bien entrenado. Saqué fuerzas de flaqueza:

—Max...

—¿Qué pasa?

—Max, no tengo toalla.

Me miró algo perplejo, señaló con el mentón su pila de ropa y abrió la boca. Pero antes de que pudiera ofrecerme su toalla, agregué rápidamente:

—Y tampoco tengo bañador. Quiero decir, puesto.

Me sumergí un poco más cuando dejó pasear su mirada por mis hombros. Asintió con la cabeza. ¿Debía interpretarlo como el esbozo de una sonrisa?

—Está bien. Yo quería de todos modos continuar nadando. Toma lo que necesites.

Tras decir esto, hizo un breve saludo con la cabeza y se alejó braceando.

«¡Qué agradable y serio, y tan amable!», susurré mientras salía del agua, y me pregunté por qué empleaba un tono tan corrosivo. En un primer momento pensé que no tocaría su toalla, pero al final la cogí y me sequé con ella hasta dejarla completamente mojada. Me puse el vestido y cuando me senté en la bici para emprender el camino de regreso dirigí la mirada al lago y vi a Max de pie sobre la otra orilla. Lo saludé con la mano, él levantó el brazo y entonces me alejé.

## **Capítulo 6**

**Al** llegar a la casa, el aire se había calentado tanto que centelleaba sobre el asfalto y la carretera parecía haberse licuado y convertido en un río. Empujé la bici hasta el cobertizo, donde un claroscuro húmedo subía como siempre del suelo arcilloso y el frío se escapaba de los muros blanqueados con cal. Pensé en los hombros claros de Max en el agua negra. Ojos como cieno de un pantano.

¿**Tendría** que echar un vistazo a los papeles, examinar los documentos relativos a la herencia? ¿Habría recibido algún documento? ¿Tendría que ponerme a buscar recuerdos de familia dispersos por la casa? ¿Seguir recorriendo las habitaciones? ¿Salir? ¿Tumbarme en un diván y leer? ¿Hacer una visita al señor Lexow?

Saqué una vasija de esmalte blanco de uno de los armarios y me dirigí al huerto a recoger grosellas. Me era familiar aquella sensación de sostener con delicadeza las bayas cálidas, como si fueran huevos de mirlo, y arrancarlas del racimo con las uñas de una mano, mientras sujetaba la rama con la otra. Mis manos se movían veloces y seguras y la vasija se llenó

rápidamente. Me senté sobre un tronco de pino atravesado en el fondo del huerto y comí las grosellas de color dorado lechoso arrancándolas una a una con los dientes. Eran acidas y, al mismo tiempo, dulces, de grano amargo y jugo tibio.

**Regresé** a la casa a través del jardín donde pegaba el calor. Una gran libélula verde y azul surgió de pronto, como un recuerdo, por encima de los arbustos, permaneció un instante inmóvil en el aire y desapareció. Todo olía a bayas maduras y a tierra y también a algo podrido: a estiércol, quizá, a animal muerto y a pulpa putrefacta. De pronto tuve ganas de arrancar un poco de la angélica que se había propagado por todas partes. Sentía urgencia por arrodillarme para orientar hacia tutores más firmes los vástagos de los guisantes —debía de haberlos sembrado también el señor Lexow— que habían trepado a diestro y siniestro por la valla, los tallos de las flores y las gramíneas. En lugar de eso, recogí con determinación algunas campánulas, cerré detrás de mí la cancela, pasé por delante de las escaleras de la entrada y de las ventanas de la cocina y abrí la puerta del cobertizo. La deslumbrante luz matinal que dejaba atrás me cegó en un primer momento al entrar en esa penumbra. Bajo mi vestido negro sentía intensamente el frío que venía del suelo arcilloso. Busqué a tientas la bicicleta y la empujé fuera. Entonces volví a subir por la carretera principal en dirección a la iglesia. Pero, en lugar de girar a la izquierda, giré a la derecha y bordeé el pequeño recinto de los caballos para llegar al cementerio.

**Dejé** la bicicleta a la entrada del cementerio, justo al lado de otra vieja bici de hombre, recogí unas cuantas amapolas para completar el ramo de campánulas y me dirigí a la tumba familiar.

Desde lejos vi al señor Lexow. Su cabello blanco brillaba ante el follaje de un seto vivo. Estaba sentado en un banco, a pocos metros de la tumba de Bertha. Su presencia me conmovió y, al mismo tiempo, me perturbó. Para una vez que iba allí, deseaba poder estar sola. Cuando oyó mis pasos sobre la grava se puso en pie no sin dificultad y vino a mi encuentro.

—Estaba a punto de irme —dijo—; seguro que usted, para una vez que viene aquí, desea estar sola.

Sentí vergüenza porque había leído mis pensamientos palabra por palabra y sacudí la cabeza con vehemencia.

—No, naturalmente que no. De todos modos, quería preguntarle si no podría usted pasar más tarde por casa y contarme la historia hasta el final.

El señor Lexow lanzó una mirada inquieta a su alrededor.

—Oh, no hay mucho más que añadir, creo.

—Bueno, pero ¿qué sucedió después? Bertha se casó con Hinnerk, pero ¿y usted? ¿Cómo pudo usted...? Quiero decir, ¿cómo pudo usted...?

Abochornada, interrumpí la pregunta —«... dejar embarazada a mi abuela»—; no, no podía decirlo de esa manera.

El señor Lexow habló en voz baja, pero con gran énfasis.

—Creo que no sé a qué se refiere usted. Su abuela Bertha fue una buena amiga para mí y jamás le manifesté otra cosa que respeto. Muchas gracias por su amable invitación, pero soy un hombre viejo y me acuesto temprano.

Me saludó con una inclinación de cabeza y cierta frialdad que se había deslizado en su mirada. Se inclinó luego ante las coronas de flores que, ya muy marchitas, cubrían la tumba de Bertha y se dirigió lentamente a la salida. Así que se iba a acostar temprano... Nada más que respeto. Eché una mirada a la lápida de Hinnerk y al rectángulo de tierra de Rosmarie, sobre el que había un arbusto de romero. ¿Se habría olvidado el señor Lexow de la velada de ayer? ¿Se volvería olvidadiza la gente que tenía algo que olvidar? ¿No sería el olvido sencillamente la incapacidad de retener? Tal vez la gente mayor no olvidara absolutamente nada, sino que se negaba a recordar cosas. A partir de cierta cantidad de recuerdos, cualquiera debía de acabar sintiéndose harto. El olvido, por tanto, no es más que una forma de recuerdo. Si uno no olvidara nada, tampoco podría recordar nada. El olvido es un océano en el que flotan las islas de la memoria y, dentro de ese océano, hay corrientes, remolinos y profundidades insondables. A veces emergen bancos de arena que se incorporan a las islas; otras, simplemente desaparecen. El cerebro tenía sus mareas pero, en el caso de Bertha, un diluvio había arrasado las islas. ¿Yacía su vida en algún lugar en el fondo del océano? ¿No querría el señor Lexow impedir que alguien fuera a indagar por allí? ¿O aprovecharía la desaparición de Bertha para contar su propia historia, una historia en la que él desempeñaba un papel destacado? Mi abuelo nos había hablado con frecuencia a Rosmarie y a mí de un pueblo sumergido: Fischdorf. Según contaba Hinnerk, antiguamente había sido una comunidad rica, más rica que Bootshaven, pero un día sus habitantes le hicieron una jugarreta al cura. Le pidieron que fuera a asistir a un moribundo y, en el lecho mortuario, habían metido un cerdo vivo. El caritativo pastor, que padecía de miopía, le administró la extremaunción al cerdo. Cuando el animal saltó de la cama dando chillidos, el cura huyó del pueblo espantado. Poco antes de llegar a



Bootshaven, se percató de que había olvidado su Biblia y volvió sobre sus pasos pero no logró encontrar el pueblo. Donde antes estaba Fischdorf, había ahora un gran lago. Su Biblia flotaba en el agua poco profunda, cerca de la orilla.

Mi abuelo aprovechaba siempre esa historia para burlarse de la estupidez y la afición al alcohol de algunos curas, que no eran capaces de distinguir un hombre de un animal, que dejaban sus cosas tiradas en cualquier parte y que además se extraviaban al buscarlas. Esa historia le parecía muy ilustrativa y tomaba partido por los habitantes de Fischdorf. A Hinnerk no le gustaba que a la gente se la castigara por salirse con la suya.

**Es** posible que el señor Lexow no fuera el padre de Inga. Quizá solo había querido obtener lo mejor que Bertha podía darle. Algo que todavía no poseía nadie. Bertha, en todo caso, había amado siempre a Hinnerk. Tendría que preguntarle a Inga. Pero ¿qué podía contarme ella sino una historia ajena?

**Depositó** el ramo de flores rojas y lilas sobre la tumba de Rosmarie. El señor Lexow había desaparecido. Yo empezaba ya a estar harta de viejas historias. A pasos largos, desanduve el camino hacia la entrada. Por el rabillo del ojo vi algo moverse a mi izquierda, entre las tumbas. Miré fijamente en esa dirección y descubrí, a no poca distancia de nuestro panteón familiar, a un hombre sentado con la espalda apoyada en una lápida, a la sombra de un ciruelo silvestre. Me detuve. Junto al hombre había una botella. Tenía un vaso en la mano y el rostro vuelto hacia el sol. No podía distinguir bien de quién se trataba, solo que llevaba gafas de sol y que no daba la impresión de ser ni un mendigo ni un pariente afligido. Qué sitio extravagante... Bootshaven. ¿Quién querría vivir aquí? ¿Y quién ser enterrado?

Eché una última mirada a la gran lápida negra bajo la cual, además de mis bisabuelos y de mi tía abuela Anna, yacían también Hinnerk, mi prima Rosmarie y ahora Bertha Lünschen. Mis tías ya habían reservado su sitio. ¿Qué sería de mi madre? Su espíritu atormentado por la nostalgia, ¿encontraría verdaderamente la paz en este infértil suelo pantanoso? ¿Y yo? ¿Tenía la nueva propietaria de la casa también su sitio en el panteón familiar?

Aceleré el paso y cerré la puerta tras de mí. Ahí estaba la bicicleta de Hinnerk. Me monté y regresé a la casa. Nada más llegar, me dirigí rápidamente a la cocina, me serví un vaso de agua grande y salí a sentarme

en la escalera de la entrada, allí donde unos días antes había estado sentada en compañía de mis padres y mis tías.

En tiempos pasados, cuando aún éramos pequeñas, Rosmarie, Mira y yo nos sentábamos las tres muy juntas allí, atraídas por los secretos escondidos bajo las losas y, más tarde, por el sol crepuscular. Esa escalera era un sitio maravilloso que pertenecía tanto a la casa como al jardín. Estaba tapizada con rosales trepadores y, si se dejaba abierta la puerta de entrada, el olor de las piedras del corredor se mezclaba con el perfume de las rosas. La escalera no estaba ni arriba ni abajo, ni dentro ni fuera. Estaba allí para asegurar una suave pero firme transición entre dos mundos. Acaso fuera ese el sentido de nuestra inclinación adolescente por acucillarnos en unas escaleras como esas, por apoyarnos en los marcos de las puertas, por sentarnos sobre los muros, holgazanear en las paradas de autobús o correr por las traviesas de una vía férrea y mirar hacia abajo desde un puente. Pasajeros en tránsito, prisioneros de un espacio intermedio.

Algunas veces, mi abuela se sentaba con nosotras. Bertha estaba tensa, pues también ella parecía estar esperando algo, aunque sin saber bien a quién ni qué. Casi siempre esperaba a alguien que ya había muerto hacía mucho tiempo. Primero a su padre, luego a Hinnerk y también, alguna que otra vez, a su hermana Anna.

De cuando en cuando, Rosmarie sacaba vasos y una botella de vino salido de las reservas de la bodega de Hinnerk. Aunque era hijo de un posadero, no entendía de vinos. En la posada del pueblo se bebía sobre todo cerveza. El compraba vino cuando encontraba ocasiones que le parecían especialmente ventajosas; prefería el vino dulce al seco y el blanco al tinto. Mira no bebía más que vino de color rojo oscuro, casi negro. Como la bodega estaba llena de botellas, Rosmarie encontraba siempre un vino oscuro para Mira.

Yo no bebía con ellas. El alcohol me atontaba. Corte de película, *blackout*, bloqueo mental, pérdida de conocimiento... todas esas cosas horribles que pueden suceder cuando se bebe. Eso lo sabía todo el mundo. Y yo detestaba que Rosmarie y Mira bebieran vino. Cuando empezaban a subir la voz y a reírse demasiado, era como si una pantalla de televisor gigantesca se alzara de pronto entre nosotras. A través del cristal, podía observar a mi prima y a su amiga como un documental de arañas gigantes que se hubiera quedado sin sonido. Sin la sobria explicación del comentarista, las criaturas se volvían repugnantes, extrañas y odiosas.

Mira y Rosmarie no se daban cuenta de nada. Sus ojos de araña se

volvían un poco vidriosos y parecían divertirse con mi mirada fija en ellas. Yo siempre me quedaba más tiempo del que era capaz de soportar y después me levantaba ceremoniosa y entraba en la casa. Jamás he vuelto a sentirme tan sola como entonces con las dos chicas araña.

Cuando estaba con nosotras, Bertha también bebía. Rosmarie le servía y mi abuela, como ya no se acordaba de si había bebido uno o tres vasos de vino, volvía a acercar el vaso siempre que lo veía vacío. O se servía ella misma. Sus frases se volvían aún más confusas, se reía y sus mejillas se teñían de rosa. Mira se abstenía de beber en presencia de Bertha, puede que por respeto o también a causa de su madre, la señora Ohmstedt, famosa por beber más de la cuenta.

Una vez, Bertha nos hizo una seña con la cabeza y dijo lo que siempre decía: «La manzana no cae lejos del tronco». Mira se puso pálida y vertió sobre las rosas el vaso que estaba a punto de llevarse a los labios.

Rosmarie animaba a Bertha a beber. Quizá así se sintiera menos culpable, aunque era sincera al decir:

—Bebe, abuelita, que así no tendrás que llorar tanto.

Bertha no participó más que un verano en la cata de vinos en la escalera. Poco después, víctima de un profundo desasosiego, no permanecía quieta en ningún sitio, y a finales del verano siguiente murió Rosmarie.

El sol se estaba ocultando y mi vaso estaba vacío. Como aún tenía unos días por delante, ¿por qué no hacer también una visita a los padres de Mira y preguntar por ella? Su hermano no me había dado mucha información. Esta vez no giré a la izquierda, sino que seguí recto en dirección al centro del pueblo. El timbre seguía sonando con aquel tono familiar de entonces, como de campanadas de reloj. El jardín estaba asilvestrado y había dejado de tener el aspecto modélico de otros tiempos, con sus setos recortados geométricamente y cada arriate con su espaldera.

—Vaya, ¿tu padre ha vuelto a jugar con la escuadra? —Solía burlarse Rosmarie cuando Mira nos abría la puerta.

Ahora, en cambio, la hierba era alta y los setos y árboles estaban sin podar. De aquello, evidentemente, hacía mucho tiempo que no se había ocupado nadie.

Debía habérmelo imaginado pero, sin embargo, quedé muy sorprendida cuando Max abrió la puerta. El también pareció un poco asombrado, pero antes de que yo pudiera decir nada, se me acercó con una sonrisa. Parecía realmente encantado de verme.

—¡Iris, qué bien! Justamente quería pasar a verte.

—¿De verdad?

¿Por qué razón decía yo eso y con esa voz tan estridente? Por supuesto que tenía que pasar a verme si, al fin y al cabo, era algo así como mi abogado. Max me lanzó una mirada temerosa.

—Bueno, quería decir que qué casualidad —aclaré—. ¡Y en realidad no eres tú a quien yo venía a ver!

Su sonrisa empezó a desvanecerse.

—No, no —rectifiqué—. Naturalmente, no quería decir eso. Lo que pasa es que no sabía que vivías aquí. Pero bueno, ya que estás, me conformo, ah... contigo.

Max arqueó las cejas. Me maldije y sentí cómo se me ponía la cara colorada. Justo cuando estaba por emprender la retirada con una reflexión sagaz del tipo «ah, bueno, pues me voy», dijo Max con una sonrisa irónica:

—¿De verdad? ¿Te conformas conmigo? Pero si eso es lo que he deseado toda la vida. No, no soy tan estúpido. ¡Quédate, Iris! Venga, entra ya. De lo contrario, salimos los dos, así que mejor pasa. Seguramente recuerdas dónde está la terraza.

—Sí.

Al atravesar, desconcertada, aquella casa que en tiempos me había sido tan familiar, mi confusión no hizo más que crecer. Esa no era la casa que yo conocía. Ya no había puertas, ni papel pintado en las paredes, ¡ni techo! Todo era un gran ambiente pintado de blanco y mis sandalias rechinaban sobre el desnudo suelo de madera. Había una cocina de un blanco luminoso, un gran sofá azul algo estropeado, una pared llena de libros y otra con un descomunal pero elegante equipo de alta fidelidad.

—¿Dónde están tus padres? —Me oí gritar.

—Viven en el garaje. Al fin y al cabo, ahora gano mucho más que mi padre con su pensión.

Giré la cabeza y lo miré. ¡Max me caía bien!

—Eh, solo era una broma. Mi madre siempre quiso marcharse de esta casa, ya sabes, y mi padre estaba enfermo, muy enfermo incluso. Cuando se recuperó, decidieron viajar todo cuanto pudieran, y tienen un pequeño apartamento en la ciudad. A veces vienen a visitarme y entonces duermen en el garaje. Mi coche no es particularmente grande, y por eso...

—Max, cierra el pico, eres una calamidad. En cualquier caso, no quería dejar de preguntarte dónde puedo ir a nadar por aquí sin que tú me sigas disimuladamente. ¿No podrías simplemente decirme dónde piensas ir a

nadar los próximos días para que sepa qué sitios evitar?

—Venga, no presumas tanto. Me limito a hacer lo que hago siempre. No tengo la culpa de que te hayas aprendido mis hábitos y que ahora aparezcas siempre en mi camino como por casualidad y la última vez, incluso desnuda. ¡Y por si fuera poco todo eso, vienes, llamas a mi puerta y me haces preguntas insolentes!

Max negó con la cabeza, se dio la vuelta y se fue a la cocina. Llevaba una camisa blanca, otra vez con manchas en la espalda; esta vez eran grises y verdes, como si se hubiese apoyado en un árbol. Mientras le escuchaba trajar con vasos y botellas, lo oía mascullar. Distinguía algunas expresiones, como «está chiflada», «incoherencia», «compulsiva».

En la terraza bebimos vino blanco con agua mineral. En mi copa había naturalmente más agua que vino. A diferencia del jardín, que estaba en un estado de total abandono, la terraza se conservaba igual que entonces. Los grillos cantaban. Me entró un hambre canina.

—Tengo que irme.

—¿Por qué? Si acabas de llegar. Aún no te he preguntado por qué querías ver a mis padres. De hecho, tampoco te he preguntado qué es de tu vida y dónde vives porque ya lo sé. Todo consta en mis archivos.

—¿De verdad? ¿Y cómo ha llegado eso a tus archivos?

—Secreto profesional. Lo siento, pero no puedo darte más información sobre mis clientes.

—Bueno, pero alguien debe de haberte dado información sobre tus clientes.

—No digo que no, pero no te diré quién.

—¿Cuál de mis tías ha sido? ¿Inga o Harriet?

Max rió y se calló.

—Tengo que irme, Max. Aún tengo que... quiero decir, aún no he... De todas formas, debo irme.

—Bueno. Ya veo que se trata de un caso de fuerza mayor. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Quieres que dé algún recado a mis padres? ¿Y no quieres saber dónde voy a nadar mañana? ¿Y no quieres cenar conmigo?

Mientras hablaba, se concentraba en desenroscar el corcho del tirabuzón sin mirarme más que de refilón, al hacer la última pregunta.

Me recliné hacia atrás y lancé un profundo suspiro.

—Sí. Sí, con mucho gusto, Max. Me gustaría mucho, mucho, cenar contigo, gracias.

Max me contemplaba en silencio, con una sonrisa un poco forzada.

—¿Qué pasa? —pregunté sorprendida—. ¿Me has invitado solamente por cortesía?

—No, pero esperaba el «pero».

—¿Qué «pero»?

—El «pero» que viene después de «sí, sí, Max, me gustaría tanto, pero...»; a ese «pero» me refería.

—No hay «pero».

—¿No hay «pero»?

—No, hombre, pero si insistes en preguntar, entonces...

—¿Lo ves? ¡Claro que había un «pero»!

—Sí, es cierto.

—Lo sabía —dijo Max en tono victorioso.

Entonces se levantó bruscamente de la silla y agregó:

—Andando. Vamos a ver qué encontramos en la cocina.

Encontramos todo tipo de cosas en la cocina. Me reí mucho esa noche, tal vez demasiado para alguien que venía de un entierro, pero Max y su amable desfachatez me hacían sentir bien. Tenía tanto pan y olivas y salsas para untar y *dips* en la nevera que no pude evitar preguntarle si esperaba invitados. Él hizo una breve pausa, me miró como si tuviera monos en la cara y se limitó a sacudir la cabeza. Luego se rindió y admitió que había tenido previsto invitarme porque él era una persona hipersensible y se había dado cuenta de que me había asustado mortalmente en la esclusa pero que no había podido prever que fuera a irrumpir en su casa sin haberle dado tiempo a proponérmelo. Al decir esto, esbozó una sonrisa maliciosa y untó una rebanada de pan con crema de puerros. Yo no dije nada.

Cuando me levanté, para irme ya era de noche. Max salió conmigo y me acompañó hasta la bici. Cuando puse mi mano sobre el manillar, él puso su mano sobre la mía y me besó furtivamente sobre la comisura de la boca. Su beso me atravesó con una fuerza que me dejó aturdida. Los dos dimos un paso atrás y al hacerlo volqué un tiesto con el pie. Volví a colocarlo atropelladamente en su lugar y dije:

—Perdón. Siempre me pasa lo mismo cuando me siento bien en algún sitio.

Max dijo entonces que él también se había sentido bien esa noche y permanecimos un momento allí de pie en la oscuridad, sin decir palabra. Y antes de que Max pudiera hacer o decir nada, cogí la bici y emprendí el camino de regreso a casa.

Esa noche dormí mal de nuevo. Después de todo aquello tenía que

recapacitar.

**Volví** a despertarme muy temprano. Los rayos del sol apenas acariciaban tímidamente la pared de la habitación. Me levanté, me puse el vestido de baile dorado de mi madre, pedaleé hasta el lago, nadé hasta la otra orilla y regresé; me encontré otra vez con los mismos propietarios de perros de la víspera, pero no con Max. Volví a casa, me preparé un té, puse una loncha de queso entre dos rebanadas de pan negro y dispuse todo sobre una bandeja con la que atravesé el cobertizo y salí al huerto de detrás de la casa. Allí había algunos muebles de jardín corroídos. Puse dos sillas plegables blancas al sol, coloqué la bandeja sobre una de ellas y me senté en la otra. Mis pies descalzos estaban mojados por el rocío y el dobladillo del vestido también. La hierba llevaba tiempo sin que la segaran, aunque no parecía que tuviera una altura de más de cuatro o cinco semanas. Bebí mi té con la leche que había traído el señor Lexow, contemplé los viejos manzanos y pensé en mi abuela Bertha.

Después de que se cayera del árbol recogiendo manzanas un día de otoño, nada había vuelto a ser como antes. Nadie se había dado cuenta al principio y puede que ella menos aún que los demás; sin embargo, a partir de aquel momento, comenzó a sentir frecuentes dolores de cadera y de pronto empezó a no recordar si había tomado o no sus pastillas contra el dolor. Ella preguntaba una y otra vez a Hinnerk si sabía si se las había tomado. Hinnerk se impacientaba y le respondía exasperado. Bertha empezó a asustarse de la aspereza de sus respuestas, pues de verdad no se acordaba, e incluso habría podido jurar que aún no le había preguntado. Pero como Hinnerk ponía siempre los ojos en blanco en el instante en que Bertha le consultaba, dejó de hacerlo. Empezó a dudar de otras muchas cosas. Ya no encontraba las gafas, el bolso o las llaves de casa, confundía las fechas y de pronto no era capaz siquiera de recordar el nombre de la secretaria de Hinnerk, que había trabajado en el despacho durante más de treinta años. Con todo esto, al principio se puso nerviosa y luego le entró ansiedad. Al final, cuando se dio cuenta de que las cosas iban de mal en peor y de que no había nadie que pudiera ayudarla ni nadie con quien hablar de ello, cuando partes enteras de su vida, no solo el pasado sino incluso el presente, se hundían en la nada, le invadió el pánico. Ese miedo extremo la hacía llorar con frecuencia y quedarse por la mañana acostada con palpitaciones, negándose simplemente a levantarse de la cama. Hinnerk empezó a avergonzarse de ella y a insultarla en voz baja. Ella dejó de prepararle el desayuno. La distancia entre la cocina y

el comedor era larga, y de una habitación a la otra se olvidaba por el camino de qué había ido a buscar. Hinnerk adquirió el hábito de servirse él mismo el vaso de leche que solía beber por las mañanas y de pasar luego por la panadería, justo frente a la notaría, para comprarse un panecillo de pasas. En realidad no tenía necesidad alguna de trabajar, pero le resultaba desagradable estar cerca de Bertha y pasarse el día oyendo resonar su paso inseguro por toda la casa. Como un fantasma inquieto, Bertha deambulaba escaleras arriba, escaleras abajo, hurgaba en los armarios, rebuscaba en la ropa vieja, la apilaba y la dejaba por ahí olvidada. A veces también entraba en el dormitorio y se cambiaba una y otra vez de ropa. Si estaban en el jardín, se precipitaba hacia los desconocidos que pasaban ante la entrada y los saludaba, como si se tratase de amigos íntimos desde tiempos inmemoriales, con frases exuberantes e incompletas. «¡Oh! ¡Pero si ahí viene el hombre de mis sueños!», gritaba por encima del seto de espino blanco. El paseante se giraba asustado tratando de ver a quién iba dirigida la radiante sonrisa de aquella dama entrada en años que se veía al otro lado del seto. La perturbación de Bertha era algo desagradable. Para Hinnerk no se trataba de una verdadera enfermedad acompañada de dolores y medicamentos. Aquella enfermedad lo llenaba de rabia y de vergüenza ajena.

**Mi** madre vivía lejos. Inga residía en la ciudad y estaba muy ocupada con su fotografía. Harriet vivía fuera de la realidad, pasaba siempre por distintas fases y en cada una de ellas cambiaba de pareja, lo cual sacaba mucho más de quicio a Hinnerk que cualquier otra cosa. Por ello telefoneaba de vez en cuando a mi madre para quejarse de Bertha, pero sin dejar entrever la creciente inquietud que lo embargaba. Inga fue la primera en darse cuenta de que Bertha necesitaba ayuda. Cuando advertimos que Hinnerk también la necesitaba, era ya demasiado tarde. Contratamos un servicio de comidas a domicilio. Bertha intentaba no manchar el mantel cuando comía y, si tal cosa ocurría, se levantaba bruscamente a buscar un trapo, pero la mayoría de las veces no regresaba a la mesa. Y si lo hacía no era con un trapo sino con una olla, con arroz con leche o con un par de medias. Cuando Bertha decía que mis mangas eran demasiado largas y temía que tocaran la comida, exclamaba: «Hay que hacer algo para que no ardan». Nosotros entendíamos lo que quería decir, y yo me remangaba. Hasta que llegó el día en que no conseguimos calmar su desasosiego y, a partir de entonces, se encolerizaba y abandonaba la mesa o se desmoronaba en su silla y lloraba en silencio.



Una de las mujeres de su círculo, Thede Gottfried, iba tres veces por semana a limpiar, ordenar, hacer las compras y llevar a Bertha de paseo. Un día, Bertha empezó a escaparse. Salía a la calle, se extraviaba y no encontraba el camino de regreso a la casa que la había visto crecer. Hinnerk tenía que ir a buscarla todos los días, aunque generalmente la encontraba en algún rincón de la casa o del jardín, que eran lo suficientemente grandes como para que la búsqueda durara un buen rato. En el pueblo casi todos la conocían, y tarde o temprano había siempre alguien que la acompañaba a casa. Una vez apareció con una bicicleta que no era suya. Otra vez que se escapó en plena noche, un coche logró frenar a tiempo. Empezó a orinarse encima, a lavarse las manos en la cisterna y a tirar una y otra vez pequeños objetos al váter: sobres, cintas elásticas, chinchetas, malas hierbas... Cientos de veces al día hurgaba en sus bolsillos buscando un pañuelo y, cuando no lo encontraba porque lo había sacado y puesto en otro sitio pocos minutos antes, caía presa de la desesperación. Ella no sabía qué le pasaba exactamente. Nadie le hablaba sobre ello y, sin embargo, era consciente de que algo iba mal. Con el miedo visible en su rostro y en voz muy baja, preguntaba a mis tías o a mi madre: «¿Qué pasará conmigo?», «¿me quedará siempre así?», «antes no estaba como ahora. Entonces aún lo tenía todo; ahora ya no tengo nada». Bertha lloraba muchas veces al día, se asustaba con facilidad, un sudor frío cubría siempre su frente y su angustia se desahogaba en forma de ataques repentinos: se levantaba bruscamente y se marchaba, hacía pequeños *sprints* y deambulaba como alma en pena por la gran casa vacía. Mis tías intentaban calmarla, le decían que ese era un problema de la edad y que en el fondo no se podía quejar. Pese a que recibía tratamiento médico, la palabra «enfermedad» jamás fue pronunciada en su presencia.

**Hinnerk** tenía seis años más que Bertha. Cuando a los setenta y cinco años sufrió un infarto, todos pensaron que aquello era algo prematuro puesto que se le veía en perfecto estado de salud. Sin embargo, los médicos insinuaron que seguramente no había sido su primer infarto, pero ¿quién habría podido percatarse del primero y presagiar el último? Hinnerk permaneció quince días en el hospital y mi madre iba a visitarlo. Ella le sostenía la mano y él estaba asustado porque sabía que su final estaba próximo. Una tarde pronunció el nombre de mi madre con toda la dulzura de que era capaz pero que raramente manifestaba, y murió. Durante todo aquel tiempo, mis tías se quedaron en casa de Bertha. Ellas estaban tristes por no haber podido despedirse de él; tristes y llenas de rabia porque Hinnerk había

tenido una hija predilecta. Se sentían agraviadas por haber recibido tan poco de él —sobre todo, naturalmente, tan poco amor— y porque ahora no les quedaba más que mi abuela —los restos de un naufragio—, mientras que Christa podía largarse al sur, donde la esperaban un marido fiel y una hija que le brindarían apoyo y consuelo. Aquella tristeza, aquella ira, las llevó a decir cosas terribles a mi madre. Le reprochaban eludir sus responsabilidades con Bertha. Mi abuela estaba presente y lloraba. Ella no entendía de qué iba la cosa, pero percibía en las voces de sus hijas el tono de amargura, de frustración, por un amor no correspondido. Durante los catorce años que Bertha sobrevivió a Hinnerk, las relaciones entre Christa y sus hermanas siguieron siendo muy tensas. Después de cada llamada telefónica de mis tías y antes de cada visita a Bootshaven, mi madre se pasaba noches y noches en vela. Cuando mis tías decidieron, dos años después de la muerte accidental de Rosmarie, enviar a Bertha a la residencia de ancianos, preguntaron primero a Christa con sarcasmo si no querría acoger a la madre en su casa, puesto que Inga y Harriet se habían ocupado ya bastante de ella. En los últimos tiempos, sin embargo, las tres hermanas se habían vuelto a acercar de manera prudencial; al fin y al cabo eran hermanas, sobrepasaban ya la cincuentena, habían enterrado muchos sueños, habían enterrado a Rosmarie y a su padre y ahora acababan de enterrar a su madre.

La hierba entre los manzanos era mucho más alta que detrás de la casa. Tenía que volver a encontrarme con Lexow, no iba a librarse de mí tan fácilmente. Bebí el té y comí el pan, pensé en Max y sacudí la cabeza. ¿Qué era lo que en realidad había ocurrido la víspera?

Los rayos del sol eran ahora más fuertes. Con la bandeja entre las manos, estaba a punto de entrar solemnemente en la casa —era lo que más cuadraba con mi vestido dorado— cuando vi, entre los árboles, el antiguo gallinero, el «trono» como lo llamaban en casa. Había algo rojo pintado sobre el enlucido gris. Pasé rápidamente por delante de los frutales y me dirigí hacia la pequeña casa donde mi madre y sus hermanas habían jugado a las muñecas. Rosmarie, Mira y yo la habíamos usado para protegernos de la lluvia. De lejos vi la pintada roja de aerosol y entonces descubrí la palabra «Nazi». Asustada giré la cabeza, como esperando ver a un grafitero escabullirse tras los arbustos de saúco. Pensé en rascar la pintura con una piedra. Al agacharme pisé el dobladillo de mi vestido y al levantarme con la piedra en la mano oí como un grito: el desgastado y frágil tejido se había rasgado. Volví corriendo al cobertizo e intenté orientarme en la oscuridad.

Mis ojos no se habían acostumbrado aún a la penumbra que reinaba allí dentro. En algún sitio, en el nicho junto a las escaleras, había visto al pasar unos grandes cubos de pintura. Abrí el primero, pero no contenía más que restos de vieja pintura blanca, dura como la piedra y agrietada. Con los demás cubos sucedió exactamente lo mismo, de modo que no me quedó más remedio que posponer la eliminación de la pintada. ¿Quién habría podido escribir aquello? ¿Alguien del pueblo? ¿De derechas o de izquierdas? ¿Un cretino o alguien que sabía lo que hacía? El olvido no era algo ajeno a nuestra familia. Quizá alguien buscaba la forma de refrescarnos la memoria.

**Para** entretenerme, decidí inspeccionar el despacho de mi abuelo Hinnerk. Quería examinar ante todo su escritorio. En el cajón inferior de la derecha solía haber en otros tiempos golosinas, After Eight, Toblerone y cajas y cajas de caramelos Macintosh. Adoraba aquellas cajas, aquella dama con su maravilloso vestido lila y su carruaje. El hombre, con aquella sonrisa y aquel sombrero de copa, no me gustaba mucho, pero la delicada y vaporosa sombrilla de la dama y las frágiles patas de los caballos me fascinaban. ¿No había también en algún rincón un pequeño perro negro? El estrecho talle de la dama de lila me inquietaba. Aquella radiante sonrisa no bastaba para liberarme de la sensación de que podía partirse por la mitad en cualquier momento. No se podía evitar apartar la vista. Los caramelos se nos pegaban en los dientes y, si se tenía mala suerte, solo quedaban los que estaban rellenos de una pasta dura de color blanquecino. Mis preferidos eran los rojos cuadrados; Rosmarie adoraba los de envoltorio dorado; Mira era la única que se mantenía fiel a los After Eight. A veces, sin embargo, cuando era mi abuelo quien hacía circular la lata, Mira optaba por uno de los pegajosos y crocantes caramelos de color violeta oscuro.

**La** llave seguía estando en el escritorio. Hinnerk nunca se había tomado la molestia de guardar las cosas bajo llave. De todos modos, nadie se habría atrevido jamás a hurgar en sus asuntos. Sus accesos de cólera no hacían distinción entre colegas o subordinados, nietas o amigas de nietas, esposa o mujer de la limpieza, amigo o enemigo. Tampoco se detenían ante sus hijas, tanto si estaban presentes en aquel momento el marido o los niños como si no. Hinnerk era hombre de ley y eso significaba también que él era la ley. Así lo entendía Hinnerk. Harriet, sin embargo, opinaba de manera distinta.

Abrí el escritorio y sentí cómo una ráfaga del familiar olor a barniz,

expedientes y menta salía a mi encuentro. Me senté en el suelo, aspiré el perfume y miré en el cajón. Allí había, efectivamente, una lata de Macintosh vacía y también una delgada libreta gris. La saqué del cajón, la abrí y vi que Hinnerk había escrito con tinta su nombre en la primera página. ¿Un diario? No, no era un diario. Eran poemas.

## **Capítulo 7**

**Harriet** nos había hablado una vez de los poemas de su padre. Aunque vivía en la misma casa que Hinnerk, no hablaba mucho con él y mucho menos de él, de ahí que su alusión a las poesías nos resultara tan extraña.

**Para** Harriet, encontrarse con su padre equivalía a rehuirle. De niña no se quedaba paralizada en su presencia como Christa e Inga; tampoco lloraba como Bertha. Se escabullía. Si él le gritaba o la castigaba, ella cerraba los ojos y se dormía. Se dormía de verdad. No era un estado de trance, ni un desvanecimiento, era sueño. Harriet le llamaba a eso «volar» y aseguraba soñar siempre lo mismo: que flotaba primero por encima del huerto y de los manzanos para acabar ascendiendo lentamente al cielo. Allí daba vueltas por los prados y no aterrizaba hasta que su padre había salido de la habitación dando un sonoro portazo. Aunque el padre de Hinnerk le había pegado de niño, por muy furibundo que estuviese, él jamás había levantado la mano a nadie. Solo amenazaba con azotes y «castigo corporal», como solía decir. Echaba espumarajos y escupía, su voz alcanzaba un tono tan chillón y tan fuerte que dolían los oídos y se volvía un cínico que bajaba el tono y era capaz de decir las cosas más horribles entre susurros, pero no pegaba y jamás se había sentido tentado de hacerlo. Harriet sacaba provecho de aquello, se dormía y remontaba el vuelo.

Harriet era una de esas chicas que no saben desear solo una cosa y conformarse, sino que no dejan de fantasear con otras. La conmovían especialmente los niños y los animales pequeños. Al acabar el bachillerato, decidió estudiar Veterinaria pese a su falta de talento para las ciencias naturales. Peor aún que su mediocre aptitud para establecer secuencias lógicas era el hecho de que prorrumpía en sollozos a la simple vista de una criatura enferma. Al cabo de dos semanas, su profesora tuvo que hacerle comprender que no estaba allí para adorar a los animales sino para curarlos. Mi madre nos había contado cómo Harriet, tras la primera hora de prácticas

con el cadáver de un conejito blanco y negro, había arrojado la bata a los pies del director de seminario y, con ella, también la toalla en lo referente a sus estudios de veterinaria. Con benévolo desconcierto, el profesor la había seguido con la mirada mientras abandonaba la sala de prácticas pero ella jamás regresó. Mi madre siempre contaba esta historia en presencia de Harriet, que asentía sin poder reprimir la risa. Ignoro si se lo habría contado alguna vez la misma Harriet o si mi madre lo habría oído de alguna excompañera de su hermana. También Rosmarie adoraba aquella historia, así que mi madre la contaba siempre con pequeñas variantes. Unas veces era un gato lo que diseccionaban, otras un perrito, una vez incluso un minúsculo jabato.

**Después** de aquello, Harriet estudió idiomas —inglés y francés— aunque no llegó, como en verdad habría deseado su padre, a ser profesora, sino traductora. Eso era algo que se le daba muy bien. Harriet tenía el don de identificarse plenamente con los pensamientos y sentimientos de los demás: era una mediadora nata entre dos mundos que no podían comprenderse. Mediaba entre sus hermanas. Entre su madre y la costurera que venía dos veces al año. Entre sus profesores y su padre. Porque ella lo entendía todo y a todos y no le resultaba fácil afirmarse en su propio punto de vista. Harriet, en cualquier caso, no estaba hecha para estar; Harriet estaba hecha para flotar. Y lo hacía muy por encima de las cosas, expuesta permanentemente al peligro de caer en el vacío y estrellarse contra el suelo. Esas caídas, sin embargo, no solían tener graves consecuencias. Eran más bien caídas en barrena. Una vez abajo, Harriet daba la impresión de estar un poco confusa, algo extenuada también, pero en ningún caso destrozada.

**De** las tres hijas, Harriet era la única que se relacionaba con chicos. Christa era demasiado tímida e Inga tenía sus admiradores pero únicamente la contemplaban, ya que no tenían permiso ni se arriesgaban a ir más lejos. Harriet quizá no fuera una amante particularmente hábil o ardiente, pero bastaba con que un muchacho la mirara de cierta manera para que ella sintiera en el acto como un aleteo en el vientre. Ella se dejaba llevar sin oponer resistencia y era capaz de llegar al éxtasis, lo que dejaba a sus parejas poco más o menos que sin aliento. Quizá no fuera lo que se dice «buena en la cama», pero siempre se las componía para que los hombres se creyeran hombres. Y eso era, si cabe, aún mejor. A ello se sumaba el hecho de que a Harriet, la menor de las tres, le había tocado vivir en una época en la que las

flores, el amor y la paz, de pronto, desempeñaron un papel importante... aunque no en Bootshaven, desde luego, ni mucho menos en la casa de la Geetestrasse. A diferencia de Christa e Inga, Harriet estudiaba en Gotinga, tenía varias blusas indias en el armario y se había aficionado a los pantalones de campana, compuestos exclusivamente de piezas de cuero rectangulares de igual tamaño. Y fue también entonces cuando empezó a teñir sus cabellos castaños con *henna*. Harriet se había convertido en una *hippy*, pero eso no provocó ningún trastorno en su personalidad, ninguna fisura. Siguió siendo exactamente igual a como siempre había sido.

Aun cuando no había más de tres años de diferencia entre Inga y Harriet, y cinco entre Christa y Harriet, parecía separarlas una generación entera. Sin embargo, como la familia de la que venía era la que era, Harriet adoptó un modo de vida *hippy* moderado. No consumía drogas duras, bebía como mucho un poco de infusión de hachís, un brebaje que no le gustaba demasiado y cuyo principal efecto era darle un hambre canina. Su alma embriagada no tenía nunca tiempo de desplegar las alas y remontar el vuelo en busca de horizontes lejanos, puesto que Harriet no podía parar de llenar su estómago con comida de este mundo. Vivía con Cornelia, una compañera algo mayor que ella, seria y muy tímida. No se aceptaban visitas masculinas. Aunque hombres tampoco había demasiados.

Entonces apareció aquel estudiante de medicina, Friedrich Quast. Tía Inga me había hablado de él pocos años antes, precisamente la noche en que me mostró las fotos de Bertha. Y fue debido, muy probablemente, al sonido trémulo de su voz y a la profunda emoción que la embargaba, por lo que no pude dejar de fantasear con aquella historia de amor de Harriet en radiantes colores.

Friedrich Quast era pelirrojo y tenía la piel blanca con reflejos azulados. Era taciturno e introvertido. Solo sus manos, robustas y pecosas, estaban llenas de vida y de confianza en sí mismas; sabían exactamente hacia dónde querían ir y, sobre todo, qué tenían que hacer una vez llegaran allí donde habían querido estar. Harriet estaba embelesada porque aquello no se parecía en nada a los precipitados y torpes, aunque emocionantes, tocamientos de sus anteriores admiradores.

Lo vio por primera vez en una fiesta que dio una de sus amigas. Era el compañero de piso del hermano de la anfitriona. Impasible, se mantenía distante y dejaba vagar su mirada por los invitados. A Harriet le pareció arrogante y feo. Era alto y delgado y tenía una nariz larga y ganchuda, en

forma de pico. Estaba apoyado contra la pared, como si sus patas de grulla no pudiesen sostenerlo.

Harriet regresaba a casa cuando se lo encontró abajo, fumando junto a la puerta de entrada. Sin decir palabra, él le ofreció un cigarrillo y Harriet lo aceptó porque le inspiraba curiosidad y se sentía halagada. Pero en cuanto le dio fuego y la mano que envolvía la cerilla para protegerla del viento rozó su piel sin que siquiera aparentara haberlo hecho sin querer, a ella, de pronto, le flaquearon las piernas.

Harriet se lo llevó a casa o más bien, cuando ella se fue, él sencillamente la acompañó. Ambos sabían desde el primer momento que no la acompañaba por simple cortesía. Era un viernes por la noche y Cornelia, la compañera de piso de Harriet, se había ido a casa de sus padres como cada fin de semana. Friedrich Quast y Harriet pasaron dos noches y dos días metidos en el apartamento. Tan lacónico e indiferente se mostraba Friedrich vestido, como entusiasta e imaginativo estando desnudo y en la cama con Harriet. Sus hermosas manos la acariciaban, la palpaban, la estrechaban, la arañaban con tal habilidad que la dejaban sin aliento, y parecían conocer su cuerpo mejor que ella misma. Friedrich lamía y olía y exploraba todo, manifestando un interés y una curiosidad que no tenían nada en común con el placer del descubrimiento que experimenta un niño, sino mucho más con la voluptuosa concentración de un sibarita.

Harriet conservó para siempre en su memoria el recuerdo de aquel fin de semana como el del verdadero descubrimiento de sí misma. Su liberación sexual estaba más ligada a aquel intervalo de dos noches y dos días que a los años sesenta. Cuando no dormían juntos, comían pan y manzanas que Harriet siempre tenía en casa. Friedrich fumaba. Hablaban poco. Pese a que Friedrich era médico, tampoco hablaban de anticoncepción. Y Harriet ni siquiera pensaba en eso. El domingo por la tarde, Friedrich Quast se levantó, plantó un cigarrillo entre sus labios, se vistió y se inclinó sobre Harriet, que lo contemplaba maravillada. Friedrich la miró a los ojos, dijo que debía marcharse, la besó fugaz pero cálidamente en la boca y desapareció. Harriet se quedó en la cama, sin preocuparse demasiado. Oyó cómo se cruzaba con Cornelia en la escalera. Oyó cómo se detenían sus pasos, un breve susurro y cómo luego seguía bajando deprisa la escalera. Solo después de un momento, los pasos mesurados de Cornelia subiendo los últimos peldaños. Ayayay, pensó Harriet, ayayay. Y, efectivamente, un instante después llamaban a su puerta. Cornelia estaba escandalizada por sorprender a Harriet en la cama a plena luz del día con los cabellos despeinados, las mejillas

encendidas, los ojos llenos de brillo con profundas ojeras y la boca roja, casi en carne viva. El olor a humo y a sexo la alcanzó como un mazazo, Cornelia abrió y cerró la boca varias veces, miró a Harriet casi con odio y cerró la puerta tras de sí. Harriet se sentía mal, pero no tan mal como había esperado.

**Mal**, incluso mucho peor de lo que había esperado, se sintió cuando Friedrich no dio señales de vida ni al día siguiente ni al otro. Se pasó el siguiente fin de semana en la cama, esta vez sola y terriblemente desdichada al ver a Cornelia preocupada por ella y casi deseando que aquel hombre volviera a aparecer. Transcurrió otra semana y Harriet, entre tanto, había averiguado dónde vivía Friedrich y le había escrito dos cartas. El sábado por la noche, él llamó a su puerta. Al verlo, Harriet se descompuso y vomitó. Friedrich le sostuvo la cabeza, la llevó a la cama, abrió la ventana y esperó fumando a que ella recuperara el color. Después se le aproximó y puso una mano sobre su seno derecho. La respiración de Harriet se aceleró.

Friedrich se quedó hasta el lunes por la mañana. A causa del tormento que había padecido durante las dos últimas semanas, Harriet vivió el momento con mucha más intensidad que la primera vez y alcanzó a descubrir el verdadero significado de la pasión. Cuando él se marchó, ella, llena de temor, le preguntó si volvería. Friedrich asintió y desapareció. Nuevamente por dos semanas. Harriet procuraba controlarse, pero no era capaz e iba desmoronándose un poco más cada día. En cuanto intentaba aferrarse a alguna cosa, otra se le escurría de entre las manos. Y no bien volvía a dirigir sus esfuerzos hacia la primera a la que se había agarrado, también esta se derrumbaba. Sus notas empeoraron,

Cornelia le pidió que se buscara otro apartamento, sus padres le reprocharon haber suspendido un examen, adelgazó y sus cabellos perdieron brillo. Cuando Friedrich reapareció, dos semanas más tarde, Cornelia se plantó ante la habitación de Harriet y, a través de la puerta cerrada y a voz en grito, le anunció que a partir de la siguiente semana se iría a compartir apartamento con otra amiga. Añadió que, como estaban en plena época de exámenes, necesitaba más tranquilidad que nunca y tenía que quedarse en Gotinga también los fines de semana. Harriet sintió una gran vergüenza, pero el sentimiento de alivio que experimentó por volver a ver a Friedrich fue mucho mayor. Harriet preguntó a Friedrich si querría vivir con ella. El asintió en silencio. Y aquello fue piedra de escándalo. Al enterarse, Hinnerk se puso furioso y se apresuró a cambiar su testamento, desheredando a Harriet. No



quería volver a verla en su casa. Ni siquiera en Navidad.

Friedrich vivía en casa de Harriet, pero ¿podía decirse que se hubiera mudado realmente? Dormía allí y había colocado en el viejo armario de Cornelia unas pocas prendas de vestir para poder cambiarse. Pero jamás llevó al apartamento nada de lo que suele poseer un hombre que viva en un piso amueblado: libros, efectos personales, cuadros, objetos diversos. Harriet estaba consternada. Pero Friedrich decía que él no necesitaba nada más. Una vez, Harriet fue a escondidas al apartamento del amigo de su hermana, antiguo compañero de piso de Friedrich, pero ya no vivía allí. Había acabado sus estudios y se había vuelto a Sauerland a trabajar en la empresa de su padre. Nadie en la casa sabía nada en concreto de Friedrich Quast. Cuando Harriet le preguntó un día por el resto de sus cosas, él respondió que guardaba sus libros en un cuartucho en la Facultad de Medicina, donde dirigía un curso de primer semestre. ¿Y el resto? El resto estaba almacenado temporalmente en casa de una amiga de su madre. Harriet se puso celosa. Sospechaba no ser la única con la que se veía. Y, pese a que ahora Friedrich pasaba más tiempo con ella y a que nunca dejaba de hacerle el amor cuando estaban juntos, Harriet estaba cada día más convencida de que tenía que haber otras mujeres en su vida. Percibía señales. A veces era el vestigio de un perfume desconocido; otras, una carta que abría a escondidas o su repentina marcha tras echar una subrepticia mirada al reloj. Harriet cerró los ojos y echó a volar.

Hasta que llegó el día en que volvió a abrirlos solo para comprobar que él la había abandonado en pleno vuelo. La había abandonado dejándola embarazada. Friedrich se había dado cuenta antes que ella. Harriet llevaba una temporada con gingivitis, últimamente le sangraban las encías y se sentía también muy cansada. Pensaba que todo era consecuencia de hacer el amor con Friedrich por las noches en vez de dormir. Y de volar. Sus pechos habían aumentado de tamaño, pero ella no había reparado en eso: sí que había percibido algo, pero sin preocuparse demasiado. Friedrich no decía nada, solo la contemplaba. Una tarde le preguntó por la regla. Harriet, medio dormida, encogió los hombros y cerró los ojos. El la despertó por la noche, se tendió sobre su espalda, la tomó dulce pero enérgicamente por detrás y abandonó el apartamento antes del amanecer. Harriet no le dio demasiada importancia. Era triste, sí, pero nada especial. Cuando miró en su armario y vio que los pocos efectos personales de Friedrich también habían desaparecido, se descompuso y vomitó. Las náuseas ya no la abandonaron. Vomitaba por la mañana, por la tarde y por la noche. Mientras estaba

arrodillada frente a la taza del váter, recordó de pronto la última pregunta que le había hecho Friedrich. Harriet cerró los ojos, apretó los párpados, pero esta vez no emprendió el vuelo. Confiaba en que él regresaría, pero no lo creía de verdad y ese sentimiento, que ella misma llamaba intuición, no la engañó.

**Dos** décadas más tarde —Rosmarie ya llevaba cinco años muerta—, Inga pasó por delante de un consultorio en Bremen. Leyó la placa, más por costumbre que por curiosidad, y al llegar al siguiente cruce cayó de golpe en la cuenta de que el nombre que figuraba en la placa le resultaba familiar. Desanduvo el camino. Y en efecto: Dr. Friedrich Quast, cardiólogo.

Naturalmente, especialista en corazón, pensó Inga. Lanzó un bufido de desprecio y se dispuso a entrar, pero tras un instante de reflexión llamó a su hermana Harriet.

**La** embarazada Harriet no se desmoronó al darse cuenta de que tendría que arreglárselas sola para criar a un hijo ilegítimo. Las náuseas remitieron el día menos pensado. Y aprobó su examen, incluso con buena nota. Las miraditas y los cuchicheos de sus compañeras no le afectaron tanto como había temido, y, por otra parte, se cuchicheaba mucho menos de lo que había esperado. Solo cuando se encontró casualmente con Cornelia en la ciudad y esta pasó de largo sin decir palabra pero lanzando una elocuente mirada a su barriga, tuvo que sentarse en un café a llorar. Se decidió finalmente a escribir a sus padres y el contenido de la respuesta la pilló desprevenida. Bertha le respondió que deseaba de todo corazón que regresase a casa. Que lo había hablado ya con Hinnerk. Que toda esa historia le había hecho muy desgraciado, pero, y esa fue la única vez en su vida que Bertha esgrimió aquel argumento contra su marido, que la casa no era solo la casa de Hinnerk, sino también y sobre todo era la suya, la casa que ella había heredado de sus padres, y que aquella casa era lo suficientemente grande como para acoger a su hija Harriet y a su futuro nieto.

Harriet regresó a Bootshaven. Cuando Hinnerk vio su vientre abombado dio media vuelta y desapareció en su despacho el resto del día sin decir palabra. Bertha se había impuesto. Nadie supo jamás cuan alto fue el precio que había tenido que pagar por ello.

**Durante** el embarazo de Harriet, su padre no intercambió ni una sola palabra con ella. Bertha hacía como si no se diera cuenta de nada y charlaba

con uno y con otro, pero se fatigaba muy pronto; el cabello rubio recogido en un moño se le soltaba y daba la impresión de estar exhausta. Su hija menor, sin embargo, no se percataba de nada pues entre tanto se había replegado en sí misma. Por las mañanas se instalaba en su antigua habitación y traducía. Gracias a la amable recomendación de uno de sus profesores que apreciaba su trabajo, o acaso simplemente se compadeciera de ella, había tenido acceso a una editorial especializada en biografías. Ese era un género muy adecuado para Harriet y traducía sin mayor esfuerzo. Rodeada de enciclopedias y diccionarios, arriba en la buhardilla, resucitaba a la vida, una vida ajena tras otra en una lengua nueva, recorriendo imparable con sus diez dedos el teclado de una Olympia gris.

Bajaba para comer. Madre e hija comían juntas en la cocina. Desde que Harriet había regresado a casa, Hinnerk se quedaba a comer en el despacho. Harriet lavaba los platos y Bertha se tendía un momento en el sofá del salón. Harriet retomaba luego el trabajo, pero solo hasta media tarde. Interrumpía a eso de las cuatro, ponía una funda gris de plástico flexible sobre la máquina de escribir y echaba la silla hacia atrás. Entre tanto había perdido agilidad y descendía pesadamente las escaleras. Al oír los pasos torpes de su hija, Bertha apartaba las judías verdes que estaba cortando, depositaba la cesta llena de ropa con la que en ese preciso instante entraba en el cobertizo o bajaba el lápiz con el que estaba anotando algo en su lista de compras y se quedaba inmóvil a la escucha, llevándose la mano a la oreja. Un sollozo seco se escapaba a veces de su garganta.

Sin percatarse de nada, Harriet se dirigía lentamente al huerto —era final de verano—, echaba mano de la azada y desherbaba los arriates. Debía abrir mucho las piernas para hacerle sitio a su barriga o de lo contrario le faltaba el aire y le dolía. Aun así, seguía arrancando las malas hierbas. Día tras día, arriate tras arriate. Y cuando acababa, volvía a empezar. Los días de lluvia iba hasta el fondo del jardín, donde solía estar tendida la ropa, y vadeando los pastos avanzaba penosamente hacia los enormes zarzales para recoger moras. Las gotas de la lluvia proyectaban una imagen ampliada de los frutos negros, que aumentaban de peso y se reblandecían. Su jugo y el agua se colaban por las mangas de Harriet, y con cada mora que ella recogía el arbusto se sacudía como un perro mojado.

Tras dos o tres horas de actividad en el jardín, se sentaba en una vieja silla plegable o en un banco, apoyaba la cabeza contra el muro de la casa o contra el tronco de un árbol y se dormía. Las libélulas revoloteaban a su alrededor y los abejorros se enredaban en su pelo rojo, pero Harriet no

sentía nada. No volaba, no soñaba, solo dormía como un tronco.

Cuando peor dormía, en cambio, era durante la noche. Hacía calor bajo el techo, calor bajo la pesada manta, sus pechos empapados en sudor descansaban sobre el enorme vientre. Dormir boca abajo le resultaba imposible; si se acostaba boca arriba, era presa del vértigo; si lo hacía sobre un costado, al cabo de un momento le dolían las articulaciones, las rodillas, las caderas, los hombros y el costado sobre el que estaba tumbada. Amén de eso, no sabía qué hacer con el brazo de abajo, que casi siempre se dormía antes que ella, y eso era muy desagradable. Harriet se levantaba todas las noches y bajaba a duras penas las escaleras para ir al baño pero, a partir del momento en que empezó a levantarse dos veces por noche, decidió recurrir al orinal que ya había utilizado de niña. El camino le parecía en aquel entonces demasiado largo, demasiado empinado y también demasiado frío para recorrerlo cada noche. Cuando se levantaba, Harriet no regresaba enseguida a la cama. Las ventanas estaban abiertas; sin embargo, el frescor nocturno vacilaba a la hora de difundirse por las habitaciones de arriba. Harriet se situaba delante de la ventana y la corriente de aire inflaba su camisa como una gran vela.

Rosmarie nos contó un día que la misma Harriet le había comentado que la gente que pasaba en aquella época por la calle decía haber visto un fantasma blanco planear a la altura del desván de la casa. Debía de haber sido Harriet. Ella no salía jamás de la finca, de modo que habría gente en el pueblo que no se había enterado siquiera de que había regresado a casa de sus padres. Aunque la mayoría estuviera naturalmente al corriente, incluso de su estado, y hablase más de la cuenta.

Debió de ser entonces cuando los libros de las estanterías superiores empezaron a cambiar de sitio. Y, desde entonces, cada dos meses, repentinamente una y otra vez, los libros aparecían distribuidos de manera diferente, siempre dando la impresión de que no se había hecho de forma arbitraria sino siguiendo un determinado orden. A veces los libros parecían ordenados por formato; otras, por características de sus cubiertas; otras veces, parecía que los hubieran agrupado por autores que habían tenido proximidad y mucho que decirse en vida o, por el contrario, que se hubiese buscado unir precisamente a aquellos autores cuyo único punto en común era el odio y el desprecio que habían albergado los unos hacia los otros.

Harriet jamás reconoció que era ella quien cambiaba los libros de lugar.

—¿Por qué razón habría de hacer yo nada parecido? —nos respondió a

su hija y a mí con una mirada de amable sorpresa.

—¿Y quién podría haberlo hecho sino tú? —le devolvimos la pregunta.

—Al fin y al cabo, eres tú quien vuela mientras duerme —agregó desafiante Rosmarie.

Harriet se echó a reír.

—Pero ¿quién os llena siempre la cabeza con esas historias?

Volvió a reírse, hizo un gesto de desaprobación y salió de la habitación.

**Naturalmente**, nunca había dejado de preguntarme quién cambiaba de sitio los libros ahí arriba. ¿Era posible que hubiese sido Bertha cuando la llevaban de la residencia de ancianos a pasar la tarde en su casa? Por el momento, yo estaba ahí, arrodillada ante el escritorio de mi difunto abuelo, lidiando con la mala conciencia por haber descubierto un cuaderno de poemas escritos por él hacía más de cuarenta años. Volví a dejar el cuaderno en su sitio. Lo reservaría para otra ocasión. Ahora debía ocuparme sin falta del gallinero.

Fui por el bolso verde donde tenía el monedero y salí con la bici. A la entrada del pueblo había un enorme almacén de bricolaje. Dejé la bici sin candado, entré y cogí un gran cubo de pintura. Habría sido mejor coger dos a la vez, pero, como iba en bicicleta, con un solo cubo tenía suficiente, e incluso así me preguntaba cómo haría para transportarlo. Cogí también un rodillo de pintura y una botella de aguarrás y me dirigí a la caja. La cajera, que debía de tener la misma edad que yo, me examinó y frunció la boca en expresión de burlona incredulidad. Conseguí salir de allí con todos mis trastos, pero fracasé cuando intenté fijar el cubo de pintura sobre el portaequipajes; el dobladillo de mi vestido se quedó enganchado a la cadena de la bici, y comprendí por qué la cajera me había mirado con expresión insolente. Yo seguía con el vestido dorado, y la visión del dobladillo deshecho, ahora también lleno de manchas negras de grasa, no contribuyó precisamente a reforzar la seguridad en mí misma ni a levantarme el ánimo. Embutí como pude el rodillo y la botella de aguarrás en el bolso, me lo colgué en bandolera, remangué un poco el vestido y lo sujeté con la goma de mis bragas para acortarlo. Al montarme en la vieja bicicleta negra de mi abuelo, poco faltó para que el pesado cubo de pintura cayera al suelo. Conseguí agarrarlo en el último momento, zigzagueando peligrosamente al hacerlo y casi atropellando a un inocente cliente de la tienda de bricolaje. Le oí gritar a mi espalda algo como «estúpida yonqui». A lo mejor el hombre pensaba que yo me pasaba el santo día con las piernas cruzadas, sentada con mis amigos

en el garaje, esnifando sin parar cubos de veinte litros de pintura blanca. Consternada, llevé una mano hacia atrás, sujeté con fuerza el cubo y emprendí el camino de regreso, empapada en sudor y guiando la bici con una sola mano. Poco antes de llegar giré a la derecha en la calle de Max. Quería pasar rápidamente por su casa y preguntarle si todavía había expedientes de mi abuelo guardados en el sótano del despacho. En realidad, lo único que quería era, sencillamente, verlo, pues mis reflexiones nocturnas no habían contribuido en absoluto a clarificar mis ideas. Mientras tanto, la correa del bolso comenzaba a grabármese dolorosamente en el cuello.

El bolso mismo oscilaba de una rodilla a la otra en un movimiento pendular provocado por el pedaleo, y el vestido se había ido liberando de mis bragas y estaba otra vez enganchado en la cadena de la bicicleta. Pero no podía hacer nada, puesto que sostenía el cubo con una mano y el manillar con la otra. De todas formas, eso ya no importaba porque, justo llegando a casa de Max, se me metió un bicho en el ojo y picaba tanto y lagrimeaba tan vivamente que pronto dejé de ver. El coche que venía de frente se cruzó en diagonal y aparcó sin más del lado contrario de la calle, a mi derecha. ¿Estaba permitido hacer eso? Probablemente. El caso es que di contra el coche, solté el cubo y el manillar, la bici se tambaleó, el cubo de pintura se volcó sobre la calzada y, antes de poder articular un sonido, el bolso con la pesada botella de aguarrás me dejó sin palabras de un golpe en toda la cara. Al menos el bolso no me tiró, porque ya había ido a parar al suelo antes de que me diera el golpe de gracia. El contenido del cubo de pintura, destrozado por el impacto, se había derramado mientras tanto sobre la calzada y me chorreaba por el pelo y la oreja sobre la que había caído. Me era imposible levantarme, pues los pies y el bolso, por no hablar de mi vestido, antes dorado, se habían enredado en la bicicleta. No tenía intención de permanecer por mucho más tiempo ahí tirada; lo único que quería era serenarme, recomponer mi destartalado cuerpo y empujar la bici los pocos metros que me separaban de la casa. En aquel instante oí pasos a mi derecha, porque el oído izquierdo se me había llenado de pintura blanca.

—¿Iris? Iris, ¿eres tú?— preguntó una voz desde algún sitio por encima de mí.

Era la voz de Max. Yo sentía que no estaba mostrando precisamente mi *look* más favorecedor y, cuando me disponía a dar detalladas explicaciones de lo ocurrido, rompí a llorar. Así logré por fin librarme de la pequeña mosca negra y dejar de guiñar el ojo como una tonta.

Mientras me entregaba a esta y a otras reflexiones, Max

desenmarañaba el vestido de la bicicleta y soltaba del manillar la correa del bolso. Retiró mis pies del cuadro y me liberó del bolso, que seguía estando sobre mi cabeza. Apoyó la bici contra el seto, delante de su casa y vino a arrodillarse junto a mí sobre la calzada. Si hubiera esperado que Max me llevara en sus vigorosos brazos al encuentro del sol del atardecer habría acabado defraudada. Aunque tal vez no lo hizo simplemente por evitar manchar con pintura blanca su hermosa camisa azul. Liberada de la bici, conseguí levantarme sin problemas.

—¿Puedes mantenerte en pie? ¿Dónde te duele?

Me dolía todo, pero podía mantenerme en pie. Max arrojó el cubo de pintura vacío al contenedor, me agarró del codo y me condujo a su jardín.

—Siéntate, Iris.

—Pero yo...

—Nada de peros. Por esta vez —agregó él con una sonrisa maliciosa.

Sin embargo, en la expresión de sus ojos pude descubrir que mi aspecto no le causaba espanto.

—Max, por favor, deja que use tu cuarto de baño y me libre de esta ropa antes de que se me incruste en la piel por siempre jamás.

Esta frase, pronunciada sin sollozos ni estúpidos guiños, pareció tranquilizarle.

—Por supuesto. Te acompaño.

—¿Para qué?

—Por el amor de Dios, Iris, déjate de historias.

Me quedé sentada sobre la tapa del váter y le dejé hacer. Empezó a limpiar mi oreja y mis mejillas con tanta ternura y tal delicadeza que no pude evitar echarme otra vez a llorar. Max se disculpó por hacerme daño, lo que me hizo llorar aún más vivamente. Él bajó la esponja, se arrodilló ante mí sobre las baldosas y me estrechó entre sus brazos. Ese es el fin de la historia de su hermosa camisa azul. Lloré un poco más en su cuello, porque olía muy bien y era muy acogedor. Examinó entonces los rasguños de mis rodillas y mis manos. En la cara no me había hecho nada, el bolso me había salvado del impacto y la botella de aguarrás había quedado ilesa. Luego, salió del cuarto de baño para que yo entrara en la ducha y me quité el resto de pintura blanca de los cabellos con un champú azul para hombre.

Cuando reaparecí en la terraza envuelta en su albornoz azul —el vestido dorado estaba irreconocible—, Max estaba tendido en una tumbona y leía el periódico con una enorme pila de expedientes a su lado. Claro, hoy era un día normal y corriente de trabajo, ¿cómo habría podido suponer que

lo encontraría en casa?

—¿Cómo es que no estás en el despacho? —le pregunté.

Se rió.

—Puedes estar contenta de que no esté en el despacho. A veces me traigo el trabajo a casa.

Apartó el periódico y me examinó con ojo crítico.

—La pintura ha desaparecido, pero tu cara no ha recobrado aún su color natural.

Comencé a frotarme las mejillas. Max sacudió la cabeza.

—No, no me refería a eso. Se te ve muy pálida.

—Es culpa de tu albornoz. Es un color que no me va demasiado.

—Sí, es posible. Tal vez prefieras volver a ponerte esa cosa que llevabas al llegar aquí.

Levanté las manos.

—Vale, vale, has ganado, me rindo, ¿satisfecho? ¿Ya puedo sentarme?

Max se levantó y me ofreció la tumbona. Otro amable gesto por su parte. Me avergoncé de mi tono algo displicente, que tampoco podía explicarme, y rompí a llorar de nuevo.

—No, Iris, no, perdóname, de verdad. Lo siento mucho —se disculpó Max de manera atropellada.

—No, lo siento mucho yo. Tú eres tan amable y yo, y yo...

Me sequé la nariz con la manga de su albornoz.

—... y yo, iyo me limpio la nariz con la manga de tu albornoz! ¡Soy horrible!

Max se rió y dijo que, en efecto, era horrible y que debía dejar de hacerlo y beber un poco de agua que me había dejado sobre la mesa. De modo que seguí su consejo y comí además dos galletas de chocolate y una manzana.

—¿Y qué querías hacer con la pintura? —me preguntó.

—Pintar, obviamente.

—Ah, ya.

Me miró y reprimí la risa, pero recordé la inscripción sobre la pared del gallinero y me puse seria.

—¿Sabías que en el gallinero de nuestra casa, en el jardín, han escrito «Nazi» en color rojo?

Max levantó la mirada.

—No, no lo sabía.

—Por eso quiero pintar el gallinero.



—¿Todo el gallinero? ¿Con un cubo de pintura?

—No. Pero ¿cómo imaginas que habría podido cargar con dos o tres cubos más en la bici, eh?

—Dime, Iris, ¿no crees que podrías simplemente haberme pedido que te prestara el coche o que te llevara los materiales a casa?

—Dime, Max, ¿cómo iba a saber yo que estabas aquí haciendo el vago en vez de estar trabajando en el despacho? —Y luego añadí—: Además, venía justamente a tu casa.

Y mientras lo decía, lo miraba a los ojos confiando en que no se diera cuenta de las estrafalarias contradicciones en las que me estaba enredando.

Max frunció el ceño y seguí hablando deprisa.

—Quería saber si todavía conserváis en el bufete expedientes referidos a mi abuelo. ¿Habrá sido un nazi el que hizo esa inscripción en el gallinero? ¿O es que alguien quería acusarnos de nazis?

—Entiendo. Haré mis averiguaciones. En el sótano aún tenemos cajas que pertenecían a tu abuelo aunque, si contuvieran cosas comprometedoras, no las habría guardado en nuestros archivos.

—Es verdad. Entonces, debo de haber venido a verte porque sí.

Max me miró sobresaltado.

—¿Te ríes de mí o estás coqueteando conmigo?

—No me río de ti. Tú me has salvado, he usado tu champú azul y me he sonado la nariz en tu albornoz. Estoy en deuda contigo.

—Entonces estás coqueteando conmigo —dijo Max pensativo—. Bien.

Asintió en silencio.

## **Capítulo 8**

**Aunque** el camino hasta casa era muy corto, no estaba dispuesta a recorrerlo vestida solo con el albornoz azul de Max, así que me monté en su coche. Max metió la bicicleta en el maletero, pero solo entró a medias. No me dejó en la entrada, sino que abrió la gran reja y me condujo hasta el portón verde que daba al patio. Una vez allí, sacó la bici del maletero y la examinó minuciosamente.

—Parece que no ha sufrido ningún daño. Has tenido suerte.

Yo asentí en silencio.

Max me examinó con la misma meticulosidad con que acababa de inspeccionar la bicicleta.

—Deberías descansar.

Asentí de nuevo, le di las gracias y atravesé el jardín en dirección a la puerta de entrada de la casa, esforzándome por andar con dignidad y donaire pese al lastre del gran albornoz. Debí de conseguirlo, pues al girarme en la esquina de la casa, vi a Max de brazos cruzados, siguiéndome con la mirada. No pude leer sus ojos pero traté de convencerme de que la suya era una expresión llena de asombro.

**Debía** de ser ya después de mediodía. Me quité las sandalias al pie de la escalera y subí arrastrándome, gimiendo a dos voces con los escalones. Seguía doliéndome todo. Qué susto había pasado. Me eché en la cama y me dormí enseguida.

Se oyó un tintineo, dos veces, tres veces. Cuando por fin conseguí despertarme, la campana había dejado de sonar. Mientras trataba de abrirme paso entre sueños y mantas, oí de pronto gemir y crujir la escalera. Me levanté de un salto y vi la melena oscura de Max a través de la barandilla, después sus hombros y, cuando por último apareció él de cuerpo entero en el piso de arriba, me descubrió junto a la puerta que daba a la habitación de Inga.

—¿Iris? No te asustes, por favor.

No me había asustado en absoluto; al contrario, estaba muy contenta de verle, por muy desordenado que estuviese todo ahí arriba y aunque siguiera llevando puesto su albornoz.

Le dediqué una sonrisa y dije:

—¿Utilizas siempre el mismo truco de acercarte furtivamente a las mujeres cuando están dormidas e indefensas?

—No oíste la campana y quería saber cómo estabas, ya son las seis de la tarde y como nadie abría, me preocupé. Pensé que quizá te sintieras mal por el accidente. La llave no estaba echada y decidí entrar. Además, te traigo pintura, brochas y un rodillo. Todo está abajo.

Comprobé que me sentía bien. Las manos me ardían todavía un poco, las rodillas también, pero la fatiga se había desvanecido y mi cabeza estaba despejada.

—Estoy bien... Muy bien incluso. Y contenta de que hayas venido. Pero ahora sal de aquí, que son las seis de la tarde, como bien acabas de decir, y ya es hora de que me arregle.

Max lanzó una mirada pensativa a su albornoz.

—No llevas nada debajo, ¿verdad? ¿Utilizas siempre el mismo truco?

—¡Eh! fuera, he dicho.

—Porque, si es un truco, debo decir que funciona.

—Max, eres una auténtica calamidad. Mira para otro lado.

—Vale, vale, ya me voy. En cualquier caso, creo que tengo derecho a echar una mirada a mi propio albornoz. Al fin y al cabo, quisiera asegurarme de que no lo usas para limpiarte todo el tiempo la nariz.

—¡Fuera!

Max esquivó hábilmente el cojín que lancé en su dirección. Aunque ya estaba medio fuera de la habitación, se volvió lentamente hacia mí, levantó el cojín, lo ahuecó y lo sacudió para devolverle la forma y se recostó contra el marco de la puerta. Se quedó allí de pie, sin decir nada, con el cojín en la mano y sentí de pronto cómo se estremecía todo mi cuerpo.

Max sacudió la cabeza, lanzó el cojín al suelo y abandonó la habitación. Me quité el albornoz mientras le oía bajar las escaleras. Mejor así.

Me puse ropa interior limpia y pronto me encontré ante un problema. El conjunto negro que había llevado para el entierro era demasiado elegante y demasiado abrigado y el segundo juego de ropa negra estaba sudado y cubierto de polvo del viaje. No me quedaba más remedio que hurgar en los viejos armarios. Ese minivestido rosa anaranjado de Harriet serviría. La ropa de Harriet y de Inga me iba mejor que la de mi madre, que me quedaba demasiado estrecha.

Una vez abajo, pensé que Max había desaparecido por arte de magia. Pero lo encontré fuera. Estaba sentado en la escalera, junto a la puerta de entrada, con los codos en los muslos y la frente apoyada en las manos. En el escalón inferior había tres cubos de pintura blanca. Me senté a su lado.

—¡Eh!

Sin retirar la mano de la frente, giró la cabeza hacia mí, mirándome por debajo del brazo. Su expresión era sombría, pero el sonido de su voz muy cálido cuando dijo:

—Eh, tú.

Habría apoyado la cabeza sobre su hombro, pero no lo hice. Su cuerpo se puso en tensión.

—¿Y si pintamos el gallinero?

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Aún falta para que anochezca y si la noche nos sorprende, tampoco habría de qué preocuparse porque seguro que tu vestido brilla en la oscuridad. A plena luz, hace daño a la vista.

—Chillón, ¿no?

—Oh, sí. Chillón. Eso mismo.

Le di un codazo y se levantó de un salto a buscar mi bolso verde. Tanto celo me ponía un poco los nervios de punta. Me exasperaba que evitara de manera tan ostensible la proximidad de mi cuerpo, el muy cobarde. ¿O es que tal vez tenía una amiguita en alguna parte? Una abogada, seguro, que andaría por Cambridge sacándose un máster en MBA, MLL, o a lo mejor KMA, y que seguramente hablaba todas las lenguas europeas de corrido y tenía ojos de gacela y un cuerpazo de aupa en sus sexis y ajustados trajes de chaqueta. Me sentía una tonta en mi bata *hippy* fluorescente y habría mandado a Max a paseo. Pero ahora estaba aquí, con tres cubos de pintura, esperando pacientemente a que yo sacara el rodillo del bolso. ¿Y yo? Pues acababa de dormir casi dos horas y media y no pegaría ojo de todos modos antes de la medianoche así que, ¿por qué no ponernos a pintar el gallinero?

Eché mano de un cubo y de ambos rodillos. Max cogió un cubo en cada mano, se metió las brochas en el bolsillo trasero de su pantalón y empezamos a avanzar lentamente rodeando la casa. Pasamos primero por el huerto, seguimos a lo largo del bosquecillo de pinos donde el sol del atardecer arrojaba sombras caprichosas y por fin llegamos al gallinero. La hierba allí detrás no se había segado en mucho, mucho tiempo. Bertha pasaba el cortacésped y cuidaba la hierba delante de la casa, pero detrás era Hinnerk quien pasaba la guadaña. De niña disfrutaba escuchando el ruido sibilante de la hoja ante la que se rendían gramíneas y botones de oro. Hinnerk avanzaba a peso lento y tranquilo por el prado. Dirigía la guadaña con gestos amplios pero siguiendo un ritmo regular, como en una danza barroca.

—¡Oh! Ya hemos llegado.

Nos detuvimos frente al muro con la pintada en letras rojas.

—¿Sabes, Max? Es verdad.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a que era uno de ellos. Un nazi.

—¿Era miembro del partido?

—Sí. ¿Tu abuelo también?

—No, el mío era comunista.

—Pero mi abuelo no era simplemente un miembro del partido. También tenía voz y voto.

—Entiendo.

—Harriet nos hablaba a veces de eso.

—¿Y ella cómo lo sabía?

—Ni idea. Quizá se lo preguntara alguna vez, o quizá se lo contó mi abuela.

Max se encogió de hombros y abrió el primer cubo. Con un palo que había recogido en el bosquecillo de pinos, empezó a remover la espesa pintura lechosa.

—Venga, empecemos a pintar. Tú por ese lado del muro y yo por este otro.

Sumergimos los rodillos en la pintura y los pasamos sobre la capa de yeso gris oscuro. El blanco despedía un resplandor deslumbrante. Yo presionaba lentamente el rodillo contra la pared. El techo comenzaba a la altura de mi frente. Delgados regueros de pintura blanca se escurrían por el muro. Pintar era también una forma de olvido. No quería darle demasiada importancia a las letras rojas. Después de todo, no había sido Dios quien las había pintado, sino muy probablemente algún adolescente aburrido. Una simple travesura.

No tardaríamos mucho tiempo en pintar el gallinero. La superficie por cubrir no era demasiado grande. En los tiempos en que jugábamos allí Rosmarie, Mira y yo, la casita no parecía tan pequeña.

Las manos de mi abuela se deslizaban por todas las superficies lisas: mesas, armarios, cómodas, sillas, televisor, equipo de música. Lo recorrían todo constantemente en busca de migas, polvo, arena o restos de comida. Ella barría con la mano derecha haciendo un montoncito que recogía con la mano izquierda ahuecada en forma de cuenco y en esa mano llevaba por toda la casa lo que había barrido hasta que alguien la liberaba e iba a echar el montoncito al cubo de la basura, al váter o por la ventana. Una enfermera de la residencia de ancianos le había dicho a mi madre que ese era un síntoma de la enfermedad, que allí todos hacían lo mismo. Un hogar de espectros. Por una parte, todo estaba organizado de manera práctica y funcional pero, por otra, era un sitio poblado de cuerpos que, cada uno a su manera y en diferente grado, habían sido abandonados por sus espíritus, por los buenos y por los malos. Todos los residentes del asilo deslizaban sus manos por las superficies lisas y los ángulos redondeados de los muebles de plástico, como buscando dónde aferrarse. Era, sin embargo, una impresión engañosa. Sus manos no buscaban un punto de apoyo. Cuando Bertha descubría una mancha, aunque estuviera bajo la suela de su zapato, la rascaba con vehemente tenacidad hasta que cedía bajo sus uñas, se deshacía o se transformaba en pequeñas bolitas y acababa desapareciendo por completo.

*Tabula rasa*: en ninguna otra parte había mesas tan limpias como en la casa del Gran Olvido. Allí se olvidaba todo, limpiamente.

Cuando Christa regresaba de sus visitas, lloraba mucho. Se cogía unos enfados tremendos si alguien decía que, en el fondo, era un consuelo que los padres volvieran a ser niños. Sus hombros se ponían tensos, su voz, gélida, y decía en un susurro que era la cosa más estúpida que había oído nunca, que los ancianos perturbados no tenían ni pizca de niños, que no eran más que viejos dementes, que no había nada en común y que compararlos con niños sería para reír si no fuera para llorar. Y que eso solo podía ocurrírsele a quien jamás había tenido hijos o a quien nunca había tenido un viejo demente en casa.

La gente, que solo había querido consolar a Christa, se callaba consternada y ofendida. La expresión «viejo demente» era dura y de mal gusto. Christa quería provocar. Y eso nos preocupaba, a mi padre y a mí. Nosotros solo la conocíamos en su faceta amable y discreta; era categórica, sí, pero nunca agresiva.

Cuando estudiábamos *Macbeth* en clase, no podía evitar pensar en Bootshaven. Era siempre el mismo tema de recordar y de no-querer-recordar, de eliminar manchas que no existían y, para colmo de males, estaban esas tres brujas, las tres hermanas fatídicas.

**Rozar**, limpiar, las manos de Bertha, que se deslizaban por todas las superficies lisas, se cercioraban así de la existencia de su propio cuerpo, de que aún estaba allí, de que aún seguía ofreciéndole resistencia, de que seguía habiendo diferencia entre ella y lo inanimado... Pero todo eso llegó más tarde. Hasta entonces, mesas y aparadores, sillas y cómodas impecablemente barridas por sus infatigables manos, habían estado llenos de papeles: pequeños papeles cuadrados, cuidadosamente separados de los blocs de notas, papeles recortados del margen de un periódico, folios arrancados de un cuaderno, dorsos de tiques de caja, listas de la compra, recordatorios, listas de aniversarios, listas con direcciones, papeles con descripciones de itinerarios, papeles con órdenes escritas en mayúsculas: «¡MARTES COMPRAR HUEVOS!» o «¡LLAVES SEÑORA MAHLSTEDT!».

Luego, Bertha empezó a preguntarle a Harriet acerca del sentido de aquellas notas y qué era lo que había querido memorizar.

—¿Qué significa «Llaves señora Mahlstedt»? —preguntaba dominada por la desesperación—. ¿La señora Mahlstedt me ha dado una llave? ¿Dónde está la llave? ¿O es que solo quiso darme una llave? ¿Pero cuál? ¿Y para qué?

Las notas se multiplicaban. Cuando estábamos en Bootshaven, los papeles revoloteaban por todas partes. Las corrientes de aire los hacían flotar lentamente por la cocina como las grandes hojas de los tilos lo hacían fuera, en el patio, en otoño. Los mensajes se volvieron cada vez más ilegibles e incomprensibles. Si al principio las notas contenían aún indicaciones precisas sobre cosas tales como el modo de empleo de la nueva lavadora, con el tiempo y a medida que se multiplicaban se fueron volviendo más lacónicas. «Derecha antes que izquierda», decía una de las notas, y eso aún podía entenderse.

Sin embargo, a veces, mi abuela escribía notas que no conseguía leer ni ella misma y se esforzaba por leer notas en las que nada era legible. Con el tiempo, los mensajes se fueron haciendo más y más extraños: «Bañador en el Ford», pero en ese entonces ya se habían desprendido del Ford y, más tarde, una y otra vez: «Bertha Lünschen, Geestestrasse 10, Bootshaven». Un día, el mensaje se redujo a «Bertha Deelwater» y después siguió reduciéndose hasta que no fue más que «Bertha». «Bertha.» Como si ella debiera cerciorarse de que todavía existía. El nombre ya no parecía una firma, sino algo copiado con gran dificultad. El trazo fugitivo mostraba varios sitios donde el bolígrafo había dejado de escribir y se había vuelto a poner en marcha tras una pausa. Las letras no eran más que pequeñas cicatrices. Transcurrió el tiempo y la lluvia de hojas remitió por completo. Si alguna vez Bertha se encontraba con uno de sus antiguos recordatorios, lo miraba fijamente con ojos extraviados y, al cabo de un momento, lo estrujaba y lo metía en el bolsillo del delantal, en la manga o dentro del zapato.

**Mi** abuelo se quejaba del desorden que reinaba en la casa. Harriet hacía todo lo que podía pero siempre tenía que acabar alguna traducción urgente y Rosmarie no contribuía precisamente a que la casa pareciera cuidada y ordenada. Hinnerk empezó a cerrar su despacho con llave por temor a que su mujer pusiera todo patas arriba. Bertha, desconcertada, golpeaba una y otra vez la puerta y repetía que ella tenía que entrar. Para todos nosotros, ese era un espectáculo difícil de soportar. Después de todo, era la casa de Bertha.

**A** decir verdad, yo conocía Bootshaven solo en verano, de cuando pasaba allí las vacaciones. A veces iba con mis padres pero casi siempre iba solo con Christa y, alguna que otra vez, incluso sola. Para el entierro de Hinnerk habíamos viajado en noviembre. Pero no había hecho más que

llover. Fuera del cementerio, no había podido ver gran cosa, ni el jardín siquiera.

«¿Y cómo era el jardín en invierno?», le preguntaba a mi madre, la patinadora, cuyo nombre sonaba como el crujido de los patines sobre el hielo. Christa se encogía de hombros y decía entonces que en invierno el jardín era también hermoso, sin duda alguna. Pero, cuando se percataba de que esa respuesta no me bastaba, añadía que una vez lo había visto cubierto por una capa de hielo. Había estado lloviendo todo el día pero por la noche, repentinamente, comenzó a hacer mucho frío y todo se convirtió en vidrio. Cada hoja, cada brizna de hierba se había cubierto de un manto de hielo transparente, y al soplar el viento en el bosquecillo de pinos se podía oír el sonido metálico cuando entrechocaban las agujas de los pinos, y aquello fue como oír música celestial. Cada piedra en el patio parecía de cristal. Nadie tenía permiso para salir de la casa. Habían abierto la ventana de la habitación de Inga y contemplado el jardín desde allí. Al día siguiente, subió de nuevo la temperatura y la lluvia que volvió a caer lo limpió todo.

«¿Cómo era el jardín de Bertha en invierno?», le preguntaba yo a mi padre, que tenía que haberlo visto alguna vez además de en las vacaciones de verano.

El asentía enérgicamente con la cabeza y decía:

—Bueno, prácticamente igual que en verano, solo que marrón y plano.

Si bien era un especialista en ciencias naturales, sospecho que la naturaleza no lo estimulaba demasiado.

Se lo pregunté también a Rosmarie y a Mira durante mis vacaciones. Estábamos sentadas en la escalera de la entrada y escondíamos pequeñas cartas bajo las losas sueltas.

—¿El jardín en invierno?

Rosmarie no necesitó reflexionar mucho:

—Aburrido —respondió.

—Mortalmente aburrido —agregó Mira riéndose.

Un día, cuando Rosmarie, Mira y yo jugábamos a disfrazarnos, pasó mi abuelo a ofrecernos caramelos de su caja de Macintosh. Él nos quería mucho. Me prefería a mí antes que a Rosmarie porque yo era la hija de Christa, porque era la más joven, porque no vivía con él en la misma casa y porque me veía con menos frecuencia, pero le gustaba, sin embargo, bromear con ella y con Mira y ellas no se privaban de devolverle las bromas. Eso lo hacía feliz y lo convertía en un ser encantador, así que le pregunté también a él cómo era el jardín en invierno. Hinnerk nos hizo un guiño, miró entonces por



la ventana y, tras un dramático suspiro, se volvió hacia nosotras y recitó con voz grave:

*El invierno es un anciano  
cascarrabias, gris y malo.  
El invierno trae el frío,  
si no te vistes caliente  
aunque se ría la gente  
puedes pillar un resfrío.  
Es una gran crueldad  
que tenga tan mal cariz  
el que tu roja nariz  
anuncie tu enfermedad.  
Lloras, toses y moqueas  
estornudas y gangueas  
y te quedas solo en casa  
viendo el amor cómo pasa:  
porque un surtidor de mocos  
no le gusta ni a los locos,  
ni a las guapas, ni a las feas.*

Hinnerk estalló en estruendosas carcajadas e hizo una reverencia. Y nosotras gritamos ¡Bravo! más por cortesía que por convicción, y aplaudimos con nuestras manos enguantadas. Rosmarie y yo llevábamos guantes blancos que se abotonaban en los puños. Los guantes de Mira eran de satén negro y largos hasta el codo. Hinnerk volvió a bajar sin dejar de reírse, la escalera crujía bajo sus pasos. ¿Habría realmente improvisado ese poema?, se preguntaba Mira. A mí también me habría gustado saberlo, pero Rosmarie se limitó a encogerse de hombros.

—Es posible —dijo ella—, siempre está escribiendo poemas. Tiene un cuaderno lleno.

Entre tanto, Max y yo habíamos llegado a la altura de la pintada de aerosol rojo. Yo pasaba el rodillo sobre la «i»; él, sobre la «N», y avanzamos así lentamente hasta cruzarnos.

—Yo acabo con esto —le dije—, tú sigue con otra pared. Una única pared blanca quedaría un poco rara, así que lo pintamos todo de blanco. Acabaremos enseguida.

Max cogió otro cubo, abrió la tapa, removi6 la pintura y dio la vuelta al gallinero para cubrir el lado que daba al bosquecillo de pinos.

—Dime, Max...

Yo le hablaba a la pared. La voz de Max me lleg6 desde la derecha.

—¿SÍ?

—¿No tienes realmente nada mejor que hacer que pasarte la tarde aquí pintando?

—¿Es una queja?

—No, por supuesto que no, me alegra, de verdad. Pero, al fin y al cabo, tú tienes tu vida, ¿no? Quiero decir, que tú tienes seguramente... Bueno, tú ya me entiendes.

—No, no te entiendo. Ahora tienes que acabar la frase, Iris. Ni se me ocurre echarte un cable.

—Bueno, yo tengo la culpa. Solo quería ser amable. Tengo la impresión, Max, de que te ocupas de mí y de mis asuntos como si no hubiera otra cosa en tu vida. ¿Es así?

—Sí, quizá, es muy posible que sea así. Y ahora, con tu miserable pequeño cerebro de mujer, sacas naturalmente la conclusión de que si estoy aquí, contigo, es únicamente porque estoy terriblemente solo y aburrido.

Max suspir6, sacudi6 la cabeza y volvi6 a desaparecer detrás del gallinero. Respiré hondo:

—¿Y bien? ¿Lo estás?

—¿Solo y aburrido?

—¿SÍ?

—Sí, a veces, un poco. En todo caso, no tanto como para sentir el impulso de buscar sistemáticamente la compañía de mujeres desconocidas y dedicarme a hacer trabajos manuales en su casa y en su gallinero.

—Mm... ¿Habría de tomarlo entonces como algo personal?

—Por supuesto.

—¿Qué haces cuando no pintas gallineros y no estás en el trabajo?

—Oh, ya sabía yo que acabarías preguntando eso. Muy poca cosa, Iris. Veamos. Juego al tenis dos veces por semana con un colega, por las tardes salgo a correr aunque me aburre mortalmente, cuando hace calor voy a nadar, veo la tele, leo dos periódicos todos los días y, de vez en cuando, hojeo el *Spiegel*. A veces también voy al cine después del trabajo.

—¿Y dónde está tu mujer? Porque a los veinticinco años, aquí en el campo, vosotros soléis tener ya dos o tres hijos con una mujer con la que habéis empezado a salir a los dieciséis.

Me alegré de que Max no pudiera verme.

—Es cierto y, en mi caso, poco faltó. Mi última pareja, a quien no conocí hasta los veintidós y con la que viví durante cuatro años, se marchó de aquí el año pasado. Era enfermera.

—¿Y por qué no te fuiste con ella?

—Cambió de trabajo y se fue a otro hospital mucho más lejos. Y antes de que nos diera tiempo a plantearnos si continuábamos viviendo juntos a mitad de camino entre mi bufete y su nuevo hospital, ella ya estaba liada con el médico jefe.

—Oh, lo lamento.

—Yo también. Sin embargo, lo que más lamento es que en el fondo me dio lo mismo. Lo único que de verdad me indignó fue el cliché del médico y la enfermera. No me rompió el corazón, ni siquiera me dolió. Quizá ya no tenga corazón o tal vez se haya fundido con este paisaje cenagoso.

—Pero sí tenías corazón cuando eras pequeño.

—¿De verdad? ¡Qué tranquilizador!

—El día que sacaste a Mira del agua. En la esclusa.

—¿Acaso prueba eso que yo tenía corazón? Lo que hice fue cumplir con mi deber, y en realidad no lo hice de muy buena gana.

—De acuerdo. Pero demostraste que tenías corazón cuando dejaste de saludarnos.

—Vosotras me inquietabais.

—Venga ya, admite que nos encontrabas alucinantes.

—Temibles.

—Estabas loco por nosotras.

—Vosotras estabais completamente locas.

—Te parecíamos guapas.

Max se calló.

—¡Te parecíamos guapas!

—Sí, maldita sea. ¿Y qué?

—Pues eso.

Y continuamos pintando.

Al cabo de unos minutos de silencio, me llegó otra vez la voz sorda de Max por la derecha:

—Esta pintada la ha hecho alguien que no tiene ni la menor idea del significado de lo que escribe o alguien que conocía bien a Hinnerk, porque en Bootshaven no existe una asociación de extrema derecha. De hecho, no existen asociaciones de ningún tipo. A no ser que nos refiramos al gremio de

los lavadores de coches y al de los cultivadores-de-geranios-en-jardineras-de-hormigón. Aquí pasan tan pocas cosas que de vez en cuando voy a sentarme en el cementerio a beber vino tinto, para ver si pasa algo. Soy un tipo aburrido y con la inteligencia justa para darme cuenta. Qué mala suerte tengo.

**Permanecí** en silencio. No estaba con ánimo para consolarle y tampoco creía que él estuviera pidiendo consuelo. ¿Qué era lo que veía yo en ese joven y sencillo abogado? Probablemente, el pasado. Supongo que me importaba que él me siguiera viendo tal y como había sido en otros tiempos: una chiquilla rubia, regordeta, que trataba desesperadamente de llamar la atención de dos chicas algo mayores que ella. Para él, yo era la nieta de Bertha, la prima de Rosmarie, la preferida de Hinnerk. Y aunque Max, como todos los hermanos pequeños, se esfumaba como por encanto en nuestra presencia, no nos perdía de vista. A veces, Mira tenía que traerlo cuando venía a casa. Nosotras ni nos dignábamos mirarlo y él hacía lo mismo, pero yo me daba cuenta de que se le iban los ojos. Podía percibirlo en la indiferencia que ambos fingíamos y en la que inevitablemente se entreveraba una buena dosis de desesperación.

A excepción de mis padres y mis tías, yo no conocía a nadie que nos hubiese visto tal como éramos entonces. Pero ellos no contaban porque nunca dejaban de vernos como en aquella época. Max, en cambio, me veía como era ahora. Qué suerte que fuera tan amable. Seguramente lo era, puesto que todas las demás cualidades estaban ya ocupadas por Mira. Ella era salvaje; él era tranquilo. Ella llamaba la atención; él se hacía invisible. Ella se había marchado; él se había quedado. Mira adoraba el drama; Max, la tranquilidad. Y como era tan amable, nunca nos habíamos fijado en él. ¿Qué chica que se precie se fijaría en un muchacho por su amabilidad?

**Pero** ahora sí me había fijado en él y me preguntaba por qué. La muerte y el erotismo han ido siempre de la mano, eso es innegable, pero ¿aparte de eso? ¿Porque precisamente ahora los dos estábamos sin compañía y sin consuelo? Yo había dejado a Jon porque quería volver «a casa»: todos sabemos que hay que ser prudente con los propios deseos, pues a veces se cumplen. Max vino con la casa. La casa. El olvido compartido es un vínculo tan fuerte como los recuerdos comunes, acaso incluso más fuerte.

Y con esto, el misterio del hombre con la botella en el cementerio quedaba también aclarado. Nada podía permanecer demasiado tiempo en

secreto en el pueblo. Para entonces, seguramente todos sabían ya que Max estaba aquí y que pintaba el gallinero de Bertha Deelwater.

¿Y en qué había reparado Max en aquella época? El día en que fuimos juntas a la esclusa Rosmarie, Mira y yo era uno de los primeros días de verano. Me acuerdo de unas enormes nubes de moscas verdes con las que nos habíamos encontrado mientras pedaleábamos a través de los prados de camino al canal. Rosmarie llevaba un vestido violeta de tubo y el viento de cara inflaba sus mangas abullonadas hechas de un fino tul transparente. Sus brazos blancos centelleaban a través del tejido lila y parecía como si dos serpientes de mar le brotaran de los hombros. Para poder pedalear, se había levantado el vestido por encima de las rodillas y lo sujetaba con pinzas para tender la ropa que se mantenían en posición horizontal a causa del viento. Debía de pedalear delante de mí, porque veía las pecas de sus rodillas por detrás, aunque tal vez esté mezclando recuerdos de alguna otra excursión en bici.

Ese día yo llevaba el vestido verde de tía Inga. Estoy absolutamente segura. Pues recuerdo que a la ida me sentía como una ninfa de río y, de regreso, como el cadáver hinchado de un ahogado.

Mira vestía de negro.

**Recogimos** nuestros enseres de baño de los portaequipajes, lanzamos las bicis sobre la hierba y bajamos la pendiente corriendo hacia una de las pasarelas de pesca. Me puse una enorme toalla sobre los hombros y traté de quitarme la ropa a cubierto de miradas indiscretas. A excepción de nosotras, allí no había nadie. Mira y Rosmarie se rieron al ver lo que hacía.

—¿Pero por qué te escondes de esa manera? ¿O acaso tienes algo que esconder?

Me avergonzaba de mi cuerpo, precisamente porque aún no tenía nada de lo que poder avergonzarme. Rosmarie tenía senos pequeños y firmes con rebeldes pezones rosados; Mira tenía pechos sorprendentemente generosos que apenas se presentían, a la vista de sus hombros estrechos y bajo su jersey negro. Yo no tenía nada. Nada apropiado, porque tampoco era del todo lisa ahí arriba como el año anterior, cuando todavía iba a nadar en braguitas sin la menor reserva. Yo no entendía por qué en las piscinas municipales las chicas tenían que cambiarse siempre en un vestuario común mientras que las señoras disponían de cabinas individuales. Lo contrario habría sido mucho más lógico: lo inacabado tiene necesidad de ocultarse. Es

el caso de las obras de arte y del escarabajo de la patata. Yo tenía perfectamente claro a cuál de esos grupos pertenecía.

**Nos** tumbamos sobre la pasarela de madera y nos pusimos a comparar el color de nuestra piel. Todas estábamos blancas como la leche. De las tres, yo era la que tenía el pelo más claro y la piel más oscura, tirando un poco al amarillo. Mira era de alabastro y Rosmarie tenía venas azuladas y estaba llena de pecas. Luego, comparamos nuestros cuerpos. Rosmarie hablaba de pechos y de que se volvían más pequeños después de las reglas. Yo no comprendí lo que decía; ¿cuáles eran las reglas que hacían que los senos se volvieran grandes o más pequeños? ¿Y habría reglas que hacían que los senos se quedaran para siempre tan diminutos como los míos? Mira y Rosmarie se rieron a carcajadas. Yo me puse colorada y empecé a sentir calor; lo único que sabía es que no sabía algo que debería saber. Los ojos me ardían y, para no llorar, me mordí el interior de las mejillas.

Mira, la primera en recobrar la compostura, me preguntó si mi madre no me había explicado que las mujeres perdían una vez al mes sangre por abajo. Yo me quedé estupefacta. ¿Sangre? Nadie me había hablado de eso. Me acordaba vagamente de algo que mi madre llamaba sus «periodos» que tenía que ver con el hecho de que ella no podía practicar sus deportes habituales. Sentí rabia contra mi madre. Y rabia contra Mira y Rosmarie. Habría deseado golpearlas con los pies. En medio de sus tetas de Medusa.

—¡Pero fíjate, Mira! ¡Si no lo sabía! —gritó Rosmarie, realmente embelesada.

—Sí. Es verdad. ¡Qué mona!

—Por supuesto que lo sabía, lo único que no sabía es que se llamaba «regla». Nosotros, en casa, le decimos «periodo».

—Vale, eso quiere decir que también sabes qué se hace para que no chorree.

—Sí, por supuesto.

—¿Y bien? ¿Qué se hace?

Me callé y volví a morderme las mejillas. Eso me producía dolor y me servía de distracción. Con la lengua podía seguir las huellas que me dejaban los dientes. No quería admitir que sabía tan poco, ni menos aún cambiar de tema porque era absolutamente imprescindible que me enterara de más cosas.

Rosmarie se quedó mirándome. Estaba tumbada entre Mira y yo, sus ojos tenían un brillo plateado como la piel de los pequeños peces del canal.

Parecía saber lo que estaba pasando dentro de mí.

—Yo te lo digo: se usan tampones y compresas. Mira, explícale cómo funciona un tampón.

Lo que Mira me dijo me perturbó: enormes y rígidos bastoncillos de algodón que se introducían por abajo, hilos que colgaban entre las piernas y constantemente sangre, sangre, sangre. Se me revolvió el estómago. Me levanté y salté al agua. Detrás de mí oí reír a Rosmarie y a Mira. Cuando salí del agua, las dos estaban hablando de su peso.

—Ahí viene nuestra pequeña Iris, que tiene ya lo que se dice un trasero bien gordo.

Rosmarie me miró desafiante. Mira resopló.

—Eso es por los bombones Schogetten de vuestro abuelo.

Era verdad: yo no era delgada, ni siquiera esbelta. Tenía un culo grande, piernas gordas y nada de pecho pero, en cambio, un vientre redondo. Yo era la más fea de todas. Rosmarie era la misteriosa, Mira, la mala y yo, la gorda. También era verdad que yo comía demasiado. Adoraba leer y comer al mismo tiempo. Una rebanada de pan con mantequilla tras otra, una galleta tras otra, dulce y salado en continua alternancia. Era maravilloso: novelas de amor con queso gouda, novelas de aventura con chocolate con nueces, dramas familiares con *muesli*, cuentos de hadas con caramelos blandos, novelas de caballería con galletas Príncipe. En muchas lecturas me llamaban a la mesa justo en la parte más interesante del libro: albóndigas de carne, sémola, pan de especias, una rodaja de la mejor salchicha de carne. A veces, cuando iba de expedición por la cocina buscando comida, mi madre se mordía el labio inferior, me hacía una señal muy peculiar con la cabeza y decía que ya estaba bien, que la cena se serviría en una hora, o que podría cuidar un poco de mi línea. ¿Por qué me decía siempre que estaba bien cuando precisamente ya no lo estaba? Ella sabía que me humillaba con sus frases, que yo me iría ofendida a mi habitación, que no me sentaría a la mesa para la cena y que más tarde entraría a hurtadillas en la cocina para rapiñar y llevarme a la cama almendras y chocolate de repostería, que comería y leería y me convertiría en una desdichada sirena muda o en un pequeño lord que encalla en la playa de una isla desierta, correría con los cabellos al viento a través de un desolado paisaje pantanoso o mataría al dragón. Masticaba las almendras al mismo tiempo que la rabia y el asco hacia mí misma y me lo tragaba todo con chocolate. Y mientras leía y comía, me calmaba. Yo era todo lo que uno podía llegar a ser, excepto yo misma, pero por nada del mundo debía dejar de leer.

**Aquel** día en la esclusa yo no leía. Mojada y en pie sobre la pasarela, sentía escalofríos bajo la mirada de las dos chicas. Contemplaba mis pies que, vistos desde arriba, sobresalían blancos y anchos por debajo de mi vientre y mi piel de gallina se alzaba sobre mis pezones.

Rosmarie se levantó de un salto.

—Venid, nos tiraremos desde el puente.

Mira se puso en pie lentamente y se estiró. Con su biquini, parecía una gata blanca y negra.

—¿Tú crees que es realmente necesario? —preguntó soltando un bostezo.

—Sí, querida, es necesario. Ven con nosotras, Iris.

Mira se resistió.

—Vamos, chiquillas, id a jugar a otra parte y dejad, por favor, a los mayores descansar un poco, ¿sí?

Rosmarie me miró. Sus ojos tenían un brillo tornasolado. Me tendió la mano. La tomé agradecida y corrimos juntas en dirección al puente. Mira nos siguió con desgana.

El puente era más alto de lo que pensábamos pero no tan alto como para hacernos desistir de la idea. En verano, los chicos mayores saltaban todo el tiempo desde allí arriba, pero ese día no había nadie.

—Fíjate, Mira, ahí abajo está tu hermano pequeño. ¡Eh! ¡Tú, inútil!

Rosmarie tenía razón. Ahí abajo estaban Max y un amigo sentados en una toalla. Comían galletas y todavía no nos habían visto. Al oír el grito de Rosmarie, levantaron la cabeza.

—Bien. ¿Quién salta primero? —preguntó Rosmarie.

—Yo.

Yo no tenía miedo de saltar. Nadaba bien y, aunque era fea, al menos era valiente.

—No, Mira salta primero.

—¿Por qué? Si Iris quiere saltar, que lo haga.

—Pero yo quiero que saltes tú primero.

—Bueno, pero yo no quiero saltar.

—Venga, Mira, no seas así. Siéntate sobre la pasarela.

—Vale, lo haré, pero eso es todo.

—De acuerdo.

Rosmarie volvió a mirarme con sus ojos iridiscentes. De pronto supe lo que pretendía. Mira y ella se habían estado riendo de mí hacía apenas un



momento y ahora mi prima se aliaba conmigo. Yo continuaba estando furiosa por lo de antes, así que me sentí halagada. Le hice una discreta seña con la cabeza y ella me la devolvió. Mira estaba sentada en la pasarela y sus pies se balanceaban sobre el agua.

—¿Eres cosquillosa, Mira?

—Sabéis muy bien que sí.

—¿Tienes cosquillas aquí?

Rosmarie la pellizcó levemente en la espalda.

—No, para ya.

—¿Y aquí?

Rosmarie le hizo un poco de cosquillas en el hombro.

—Déjame en paz, Rosmarie.

Yo me acerqué y grité:

—¿O tal vez aquí?

Y la pellizqué con energía en el costado. Ella se estremeció y lanzó un grito, perdió el equilibrio y cayó del puente.

Rosmarie y yo no nos miramos. Nos asomamos las dos a la barandilla para ver la reacción de Mira al reaparecer en la superficie.

Esperamos.

Nada.

Mira no aparecía.

Antes de saltar, me dio tiempo a ver a Max lanzarse al agua salpicando a su alrededor.

Cuando volví a salir a la superficie, Max tiraba de su hermana hacia la orilla. Ella tosía, pero nadaba.

Salió del agua tambaleándose y se tumbó en la hierba. Max se sentó a su lado. Estaban en silencio. Cuando salí del agua y Rosmarie bajó corriendo del puente, Max nos miró a las tres, una por una, escupió en el agua, se levantó y se alejó. Se montó en su bici con el bañador mojado y desapareció de allí.

Rosmarie y yo nos sentamos junto a Mira, que seguía con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

—Estáis chifladas. Le costaba hablar.

—Lo siento, Mira, yo...

Me eché a llorar.

Rosmarie contemplaba a Mira en silencio. Cuando Mira abrió por fin los ojos para dirigirlos a Rosmarie, esta inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. La pequeña boca roja de Mira se contrajo; ¿era de dolor, de odio o

porque estaba a punto de echarse a llorar? Su boca se abrió, se oyó un breve sonido ronco y entonces se echó a reír, suavemente al principio y más fuerte después; una risa estridente, desolada.

Rosmarie no le quitaba la vista de encima. Yo estaba sentada junto a ellas y lloraba.

—¿Max?

—¿Mm?

—Aquel día, en la esclusa...

—¿Mm?

—Estaba tan abatida. Me pregunto...

—¿Mm?

—Me pregunto si el incidente de la esclusa tuvo algo que ver con la muerte de Rosmarie.

—Ni idea, pero no creo. Además, ni siquiera fue el mismo verano. Lo de la esclusa fue mucho antes. ¿Y qué te ha hecho pensar ahora en eso?

—Ah. Ni idea.

—¿Sabes? También es posible que todo tuviera que ver con la muerte de Rosmarie. Quiero decir que acaso eso también tuviera algo que ver, eso y el tiempo que hacía ese día, y también esta pintada en el gallinero, y otros miles de cosas más. ¿Entiendes?

—Mm.

Me aparté el pelo de la frente. Continuamos pintando. Todavía hacía calor. Las capas de pintura no servían de mucho, la palabra pintada con espray rojo se podía leer tan bien como antes: «Nazi». El mismo Hinnerk había utilizado con frecuencia la palabra «soci» para referirse a los socialistas. A él no le gustaban los socis, era algo evidente. Criticaba a la derecha, a la izquierda, a todos los partidos y a todos los políticos. Despreciaba a toda esa pandilla corrupta y lo proclamaba a los cuatro vientos, a todos aquellos que querían oírlo, pero muy especialmente a aquellos que no querían oírlo. Mi padre, por ejemplo, no quería oírlo. El mismo era miembro del ayuntamiento y peleaba porque hubiera carril bici, por la regulación nocturna del alumbrado público en calles no frecuentadas y por el uso generalizado de rotondas en los cruces.

En cuanto a los poemas, según nos había contado Harriet, Hinnerk los había escrito después de la guerra, cuando le prohibieron seguir ejerciendo la profesión de abogado. Lo habían enviado al sur de Alemania como parte del proceso de desnazificación. Mi abuelo no había sido un simple miembro del

partido, pero yo no quería hablar abiertamente sobre el tema con Max. Había sabido por Harriet que él había sido segundo jefe de circunscripción. Afortunadamente, no se había visto obligado a firmar condenas graves. Mi madre, que salía muchas veces en su defensa, contaba que Hinnerk había absuelto al señor Reinmann, herrero y comunista confeso. En su época de escolar, Hinnerk pasaba mucho tiempo en el taller del señor Reinmann: el espectáculo del metal al rojo vivo lo aterrizzaba y al mismo tiempo lo fascinaba. Hinnerk adoraba el silbido del agua al evaporarse. Pero las herraduras recién salidas del agua le parecían simples desechos. Se las veía duras y sin punta, marrones y muertas, mientras que poco antes habían lucido mágicos destellos rojos, como si tuvieran vida propia. Hinnerk tuvo que aprender, antes que nada, alto alemán en la escuela. Christa decía que el maestro había preguntado una vez a los alumnos del primer curso qué significaba la frase: «No tortures jamás a un animal por diversión pues él siente el dolor como tú y como yo». Hinnerk levantó la mano y dijo: «El mismo que sentiría yo». Mi abuelo cayó en gracia al pastor y los padres terminaron cediendo y enviaron al niño al instituto. La guerra estalló poco después. El padre de Hinnerk fue reclutado, pero Hinnerk siguió en la escuela. Como solía decir mi madre, si la Primera Guerra Mundial hubiese estallado seis meses antes, Hinnerk jamás habría ido al instituto, nunca habría estudiado, jamás habría podido casarse con Bertha, jamás la habría tenido a ella, a Christa, ni jamás habría existido yo. De modo que comprendí muy pronto que la escuela era algo importante. Vitalmente importante.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Hinnerk ya era padre de familia y no tenía nada de aquella vehemencia belicista. No quería ser soldado, ni tampoco fue llamado a filas. Se ocupaba de un campo de prisioneros en la ciudad y regresaba a casa para cenar cada noche, como de costumbre. Hinnerk Lünschen estaba orgulloso de sí mismo: jamás le habían regalado nada ni le habían dado nada masticado. Se había abierto camino solo gracias a su fuerza de voluntad, a su lucidez y a su autocontrol. Era atlético, el uniforme le sentaba bien y le confería cierto aire intrépido. Hinnerk creía que la mayor parte de las ideas de los nazis estaban hechas exactamente a la medida de hombres de su talla. Solo encontraba superflua la noción de seres inferiores. A él le bastaba con ser él mismo un superhombre. Despreciaba a la gente que se engrandecía a costa de empedqueñecer a los demás. El, el doctor Hinnerk Lünschen, no necesitaba recurrir a eso y, naturalmente, le procuró a su excondiscípulo Johannes Weill los papeles necesarios para salir del país y reunirse con su familia en Inglaterra. A fin de cuentas, se trataba de una

cuestión de honor. El jamás había hablado de eso, pero Johannes Weill nos había escrito una carta al recibir en Birmingham por vía indirecta la esquila de Hinnerk. Hacía ya seis meses que mi abuelo había muerto. Inga fotocopió la carta y se la envió a su hermana Christa. La carta era amable pero distante. El hombre, evidentemente, no albergaba sentimientos de especial afecto hacia mi abuelo. No quiero saber con qué displicencia se habría comportado Hinnerk con su excolega. Tampoco sé si mi abuelo era antisemita, aunque sí sé que no había nadie con quien no se hubiera enemistado en un momento u otro. La carta, sin embargo, decía de forma muy explícita que Hinnerk había ayudado a él, su condiscípulo, y saber esto fue un gran alivio para toda la familia.

Desde luego, él se enfadaba también con los nazis. Menospreciaba a los idiotas y, a sus ojos, muchos nazis lo eran. Creía también que había que ser idiota para continuar con una guerra en la que no había ninguna posibilidad de ganar. Una noche hizo esa misma declaración en la posada de los Tietjens, donde se había detenido para beber una cerveza. Sentada en la sala había una mujer silenciosa. Jamás supimos quién era. ¿La esposa de alguien a quien Hinnerk habría denunciado y condenado? ¿O bien alguien a quien Hinnerk habría humillado alguna vez? Él era lo suficientemente listo como para distinguir con rapidez las debilidades de la gente, pero no lo suficientemente sabio como para resistir la tentación de hacerlo. La señora Koop había contado una vez que Hinnerk tenía una amante en la ciudad, una hermosa mujer de pelo negro. Ella misma había visto su foto sobre el escritorio de Hinnerk, nada menos. Rosmarie y yo estábamos más sorprendidas por el hecho de que la señora Koop hubiese mirado a hurtadillas el escritorio de Hinnerk que por la foto de la misteriosa mujer morena. Inga aseguraba conocer esa foto. Ella sostenía que se trataba de una copia de la única foto que le habían sacado a Anna, la hermana de Bertha. Hinnerk, en todo caso, afirmaba que él no conocía a la silenciosa mujer de la posada de Tietjens. La mujer, sin embargo, debía de conocerlo o de haber hecho averiguaciones sobre él, pues lo denunció. Y así fue como, a sus casi cuarenta años y poco antes del final de la guerra, el doctor Hinnerk Lünschen, juez de distrito, se convirtió en soldado ante el horror de toda la familia. Mi abuelo detestaba la violencia. Había odiado y despreciado a su padre precisamente a causa de su violencia y ahora era él quien debía marchar al frente a disparar contra la gente o, peor aún, a recibir un balazo. Ya no pudo conciliar el sueño. Pasaba noches enteras ante la ventana abierta de su despacho con la mirada perdida en la oscuridad. Los tilos del patio ya estaban

altos en esa época. Era otoño y la entrada que llevaba a la casa estaba sembrada de hojas amarillas con forma de corazón. La víspera de su partida, Hinnerk renegó del NSDAP, el Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores. Y contrajo una pulmonía.

**En** el tren, tuvo fiebres muy altas y se quedó sin fuerzas. En su estado no lo podían enviar a Rusia. Tuvo que ser hospitalizado y, aunque no le administraron penicilina, se acabó recuperando. Después de eso, en enero de 1945, lo enviaron al frente, en Dinamarca, donde lo destinaron a un campo de prisioneros. Al acabar la guerra, lo transfirieron a un campo de concentración en el sur de Alemania. Yo sabía todo eso por Christa, que pasaba a máquina las cartas que Bertha le enviaba a Hinnerk y nos las leía a mi padre y a mí. Bertha escribía sobre el cerdo que había comprado y confiado al cuidado de la hermana de Hinnerk, Emma. Le contaba que, de entre todos los cerdos que tenía su cuñada en la granja, era precisamente ese cerdo, su cerdo, el que había muerto. ¡Una estúpida casualidad! No es que Bertha no hubiese podido reconocer a su propio cerdo de entre todos los demás cerdos de la granja, no, pero estaba obligada a creer a Emma. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer? De eso le escribía Bertha a Hinnerk. Y de cómo había ido en bicicleta sobre la nieve a visitar a un hombre a quien su padre le había hecho un día un favor. Ella le había pedido prestada un hacha porque la suya estaba rota. Bertha se mataba trabajando y conseguía mantener a su familia. Ella tenía a *Úrsula*, la vaca. Había extranjeros en la casa, refugiados de Prusia oriental que se habían acuartelado allí. Escribía que resultaba difícil compartir la cocina con extraños. Después de la guerra, fueron los soldados ingleses quienes se establecieron en la casa. Hacían fuego en el suelo de la cocina. Eran tremendamente ruidosos pero amables con los niños. Bertha informaba también sobre las colonias de refugiados y sobre sus hijas, que se quedaban de pie detrás de la verja y miraban cómo centenares de personas pasaban cada día por delante de la casa con caballos, maletas, carretillas y canastas. A ellas todo eso les parecía excitante. Durante semanas se entretenían cargando el cochecito de Harriet, que entonces tenía dos años, con todo cuanto encontraban por la casa, vistiéndose con toda la ropa que descubrían en los armarios y cojeando en fila india por el patio. «Estamos jugando a los refugiados», le explicaban a su madre y acababan instalándose siempre en el gallinero. Sobre ese tipo de cosas le escribía Bertha a su marido. Y atravesaba Alemania para ir a visitarlo. Sin las hijas.

**Un** día regresó a casa. No estaba perturbado. Tampoco estaba enfadado o enfermo. Estaba igual, ni más lunático ni más amable. Hinnerk estaba simplemente contento de estar de nuevo en casa. El quería que todo fuese como siempre e hizo un gran esfuerzo para sobreponerse. Todo siguió como antes, salvo que a partir de ese momento llamó Fjodor a su hija más pequeña, Harriet, que aún era un bebé cuando tuvo que marcharse. El porqué, nadie lo sabía. ¿Quién era Fjodor? Christa e Inga fantaseaban con que Fjodor era un pequeño niño ruso con ojos almendrados de color azul cielo y cabello oscuro hirsuto que le había salvado la vida a mi abuelo escondiéndolo en su casita de madera en lo alto de un árbol y alimentándolo con cortezas de pan. Pero la realidad era que Hinnerk jamás había puesto los pies en Rusia.

Tras el regreso de Hinnerk, Bertha pasó sin quejarse a un segundo plano. Le presentó el libro de cuentas de la casa, que él analizó con minuciosidad. Dejó que él decidiese si había que conservar o vender a *Úrsula*, y Hinnerk quiso conservarla pese a que apenas daba leche. Seguían teniendo extranjeros alojados en el primer piso de la casa y aquello lo exasperaba; despotricaba contra aquel distinguido matrimonio de cierta edad, incluso cuando podían oírlo. De pronto, todo se había vuelto demasiado estrecho y Bertha, que hasta entonces había compartido su cocina sin problemas, tuvo que establecer reglas para que cada uno supiera quién podía estar dónde y cuándo. Sintió vergüenza, pero lo hizo.

Por mucho que hubiera renegado del partido, Hinnerk había sido juez segundo de distrito. Como había ocupado un cargo importante en el régimen nazi, fue inhabilitado para ejercer su profesión. Las autoridades americanas no tardaron en enviarlo a un campo de desnazificación. Mi madre me contó que, cada dos o tres meses, ella y sus hermanas se ponían sus mejores ropas e iban en tren a Darmstadt a visitar a su padre. El día en que Inga, que entonces tenía ocho años, le preguntó a su padre qué hacía allí todo el santo día, Hinnerk se limitó a mirarla sin decir palabra.

Al regresar de aquellas visitas, Bertha explicaba a sus hijas que Hinnerk debía someterse a los exámenes exigidos por los ingleses y los americanos a fin de poder ejercer otra vez su profesión. Mi madre me confesó una vez que ella había imaginado durante años que su padre se volvía a licenciar en Derecho, solo que esta vez en inglés.

Finalmente regresó, recuperó su habilitación y jamás volvió a pronunciar una palabra sobre aquel año y medio pasado en Darmstadt, ni

tampoco sobre los años precedentes.

**Una** vez Inga nos contó que Hinnerk había estipulado en su testamento que sus diarios debían quemarse tras su muerte y que eso era lo que habían hecho.

—¿Y no les echaste un vistazo antes de quemarlos? —preguntó incrédula Rosmarie.

—No —dijo Inga mirándola a los ojos.

**Hinnerk** adoraba el fuego. Yo lo veía muchas veces pasarse días enteros haciendo fuego en el jardín. Permanecía allí de pie removiendo las brasas con la horquilla. Cuando Rosmarie, Mira y yo nos acercábamos, nos decía:

—¿Sabéis que hay tres cosas que uno puede contemplar ininterrumpidamente y sin aburrirse? Una de ellas es el agua; otra, el fuego; la tercera es la desdicha de los demás.

**Aún** podían verse las huellas del fuego que los soldados ingleses habían encendido en el suelo de la cocina, pero la pintada de espray rojo en el muro del gallinero había acabado desapareciendo bajo las capas de pintura blanca. Bueno, casi, porque si se sabía que la palabra había estado allí podía adivinarse. Sin embargo, yo pensaba que ya podíamos dar el trabajo por bueno. Rodeé el gallinero buscando a Max. Había abandonado el rodillo para pintar con brocha.

—¿Y? ¿Qué tal va la cosa?

Max continuó concentrado en la pintura sin levantar los ojos.

—¡Eh! ¡Max! Soy yo. ¿Estás bien? ¿Obsesionado con la pintura? ¿Tienes un calambre? ¿Necesitas ayuda?

Max siguió pintando la pared a un ritmo frenético.

—No, todo en orden.

Me aproximé, me cerró el paso y dijo:

—¡Eh! ¿Y tú? ¿Ya has acabado con tu pared? Vamos a ver qué has hecho. ¿Se puede leer todavía la pintada?

Me apartó con su cuerpo hacia el lado que yo acababa de pintar, lo examinó y dijo:

—Pues la verdad es que tiene muy buen aspecto.

—Pero aún se ve.

—Sí, pero para verla es preciso mirarla dos veces.

Clavé la mirada en la pared blanca.

—¡Dios mío! ¿Habrás adquirido un valor simbólico la pared del gallinero?

Pero Max ya no escuchaba. Había vuelto a desaparecer detrás de la caseta. Todo se había sumido en la penumbra. La pared recién pintada iluminaba con su resplandor blanco. ¿Por qué se comportaba Max de una manera tan extraña? Me puse a su lado; él seguía sin levantar la vista. Vi entonces que no estaba cubriendo la pared de manera uniforme, pasando la brocha de un extremo al otro, sino que había comenzado a pintar por el centro. Creí por un momento que trataba de ocultar alguna pintada roja que yo no había visto y que él no quería que viese. ¿Tal vez para protegerme? Pero entonces me di cuenta de que estaba tapando algo que él mismo había pintado sobre el muro: mi nombre. Acaso una docena de veces.

—Iris, yo...

—Me gusta esa pared.

Nos quedamos contemplándola durante un buen rato.

—Ven, Max, dejémoslo ya. Está demasiado oscuro para pintar.

—Entra si quieres. Yo acabaré de pintarlo.

—Venga, no seas tonto, déjalo estar.

—No, de verdad, esto me divierte. Además, fue idea mía comenzar esta noche.

Bueno, si eso era lo que quería... Me volví y empecé a recoger mis trastos.

—Déjalo todo ahí. Ya lo recogeré yo, de verdad.

Me encogí de hombros y atravesé lentamente el jardín en dirección a la casa. Al pasar ante los rosales me pareció que las flores tenían un perfume mucho más melancólico que durante el día.

Bebí un vaso de leche y me fui a la cama con el cuaderno de poemas de Hinnerk. Constaté que estaban escritos en caligrafía Sütterlin; nada extraño para una bibliotecaria experimentada. Sin embargo, primero tenía que familiarizarme con la letra de mi abuelo. El primero era un poema de ocho versos sobre mujeres gordas y delgadas. Le seguía un poema más largo sobre campesinos astutos que, con fingida torpeza, ridiculizaban a abogados taimados. Había una receta en verso para la prevención de epidemias que comenzaba así:

*Bardana, petasita, verónica, angélica y pulmonaria, enebro, genciana azul, no blanca, aristoloquia en rama...*



Leí poemas sobre los fuegos fatuos en el pantano, sobre un puerto encallado desde tiempos remotos en la región de Geeste donde una barca vacía atracaba en septiembre una noche de luna llena y, al día siguiente, se descubría que había soltado amarras y que un niño del pueblo había desaparecido con ella. Hinnerk evocaba en uno de sus poemas el exuberante sonido que producía la implacable cadencia de las guadañas sacudidas por cuatro hombres que segaban los campos. Había otro poema sobre los emigrantes que partían a América. Otro, titulado «El 24 de agosto», evocaba el día de la migración de las cigüeñas. Otro trataba de la recogida de hielo en el estanque de las afueras del pueblo. Leí un poema algo escabroso sobre una vaca tan malherida por el toro del pueblo que tenía que ser sacrificada para poner fin a sus sufrimientos; luego, un poema sobre el placer de la danza en la gran sala de Tietjens y, finalmente, dos sombríos poemas, uno de ellos titulado «De Twölften» [Los doce] que trataba de las seis últimas noches del viejo año y de las seis primeras del nuevo; quien pusiera ropa a secar durante aquellos días sagrados se arriesgaría a vestir la mortaja en breve, y quien hiciera girar una rueda, incluso la de una rueca, vería avanzar el coche fúnebre que lo conduciría a su última morada. Porque durante esos días, la furia del legendario cazador de ciervos atravesaría el aire. El último poema del cuaderno gris hablaba de un devastador incendio en Bootshaven el día del nacimiento de Hinnerk. La gente aullaba como las bestias y las bestias como la gente, mientras medio pueblo se reducía a cenizas.

Apagué la lámpara de la mesilla y permanecí con la mirada clavada en la negrura de la habitación. Una vez que mis ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, reconocí sombras y contornos. En el cuaderno de Hinnerk no había ni un solo poema que aludiera a la guerra. Ni alguno que permitiese concluir que aquellos versos habían sido escritos en un campo de concentración, en un campo cuyo único propósito no era otro que el de que sus ocupantes conservaran en la memoria los estremecedores actos cometidos por ellos mismos y por otros durante los años precedentes. Pensé en los poemas en que Hinnerk hablaba de su pueblo y expresaba el amor que le inspiraban los lugares de su infancia, esa infancia que tanto había odiado.

Entonces tuve la certeza de que el olvido no solo era una forma de recuerdo, sino que el recuerdo era también una forma de olvido.

## **Capítulo 9**

**Naturalmente**, pensaba en Max. Me preguntaba si él se mostraba tan reservado porque yo me mostraba reservada, o si yo me mostraba reservada porque él se mostraba reservado o porque quería mostrarme reservada por razones que aún tenía que analizar.

A la mañana siguiente —debía de ser martes—, corrí descalza hasta el armario grande y abrí las puertas de par en par. Olía a lana, a madera, a alcanfor y también ligeramente a la colonia de mi abuelo. Tras un breve titubeo, saqué un vestido blanco con pequeños lunares gris claro, un vestido fino y ligero, pues la ola de calor era persistente. En otros tiempos había sido el vestido de baile de Inga. Me senté en las escaleras de la puerta de entrada con una taza de té en la mano. Hasta mí llegaba el esperanzador olor a verano. No reparé en los tres cubos de pintura vacíos que descansaban al pie de las escaleras hasta el momento en que me disponía a entrar. Rodeé la casa en dirección al bosque de pinos y, en efecto, vi que las cuatro paredes estaban pintadas de blanco, tal como había sospechado. El gallinero tenía un aspecto muy hermoso, como de pequeño pabellón de verano. ¿Cuánto tiempo se habría quedado Max pintando por la noche? Al bordear la caseta, comprobé que la palabra «Nazi» seguía viéndose bajo la pintura blanca. Sin embargo, los numerosos «Iris» habían desaparecido. Entré en la caseta, lo que tuve que hacer agachada.

Cuando nos sorprendía la lluvia en el jardín, Rosmarie, Mira y yo nos refugiábamos allí dentro. Y durante las vacaciones, yo me refugiaba allí sola con frecuencia. Sobre todo en septiembre, cuando Rosmarie solía regresar a la escuela pero yo todavía no tenía clases. Esos días me pasaba la mañana completamente sola. Coleccionaba piedras muy diferentes a las que se podían encontrar en casa, donde había sobre todo guijarros redondeados y lisos; aquí, en cambio, las piedras parecían de vidrio y se rompían casi tan fácilmente como este. Si se arrojaban a un suelo duro, estallaban, y los fragmentos cortaban como cuchillas. Mira las llamaba «piedras de fuego». Por lo general eran marrón claro, marrón grisáceo o negras, rara vez blancas.

Los guijarros del Rin que había en casa no se rompían. Durante una época reuní muchas piedras porque esperaba encontrar cristales en su interior. Tenía buen ojo: cuanto más áspera y banal era su apariencia, más centelleaban por dentro. Las solía encontrar entre los viejos raíles, en el bosque próximo a la casa. Era su forma la que me sugería que contenían cristales; había algo en su redondez que resultaba menos arbitrario que en las piedras comunes. A veces, los cristales llegaban hasta la superficie. Eran como ventanas a través de las que se podía mirar dentro. Mi padre me regaló

una sierra para piedras y me pasaba horas enteras cortándolas en el sótano. La sierra hacía un ruido tan horrible que me dolían los oídos. Con ansiedad, contemplaba las cavidades centelleantes. Experimentaba un sentimiento de triunfo y orgullo cuando comprobaba que mi intuición no me había engañado pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de estar violando una prohibición, de estar invadiendo algo, de airear secretos. Sin embargo, me sentía también aliviada al constatar que las piedras marrones no eran solo piedras, sino cuevas cristalinas, moradas de hadas y de pequeñas criaturas mágicas.

**Más** tarde me dediqué a coleccionar palabras y a iniciarme en los mundos cristalinos de la poesía hermética. Detrás de toda colección se esconde la misma irreprimible codicia de melodiosos mundos mágicos ocultos entre objetos aparentemente dormidos. De niña tenía un cuaderno de vocabulario donde anotaba palabras especiales, igual que antes había recogido conchas y piedras especiales. Las palabras estaban clasificadas por categorías. Había «palabras bonitas», «palabras feas», «palabras engañosas», «palabras invertidas» y «palabras secretas». Entre las «palabras bonitas» había incluido: cardamina, violeta, alegoría, guinda, libélula, susurro, dingolondango y jitanjáfora. Entre las «palabras feas» se encontraban escorzo, zuzón, muñón y jején. Las «palabras engañosas» me indignaban porque se hacían pasar por anodinas para luego revelarse infames o peligrosas, como «efectos secundarios» o «picante». También sugerían un significado mágico, como «catavientos» o «cigüeñal», pero en realidad eran de una frustrante normalidad. Por no mencionar aquellas que designaban algo que no estaba claro para nadie: ¿no existían dos personas en el mundo que se imaginaran el mismo color al oír la palabra «índigo»!

Las «palabras invertidas» eran una especie de afición. ¿O tal vez una enfermedad? Quizá fueran lo mismo. El «homatopipo» era uno de mis animales favoritos, igual que el «carungo» o el «alefente». Me parecía la mar de divertido soñar con dar la vuelta al día en ochenta mundos y adoraba aquel poema que decía aquello de «Con diez coñanes por venda, ciento en pipa a toda bala».

Las «palabras secretas» eran, por su naturaleza, las más difíciles de encontrar. Se comportaban como si fueran absolutamente normales pero acababan revelando un contenido totalmente distinto y excepcional. En suma, lo contrario de las «palabras engañosas». Me reconfortaba el hecho de que en el aula de la escuela pudiera encontrarse una de las islas encantadas del Sur. La isla se llamaba Ala-ula y escondía un tesoro enterrado.

También las señales de tráfico con la palabra «cañada», que me sugerían que en algún hostel cercano servían deliciosos bocados de un postre, probablemente austríaco. Me imaginaba saboreando unas exquisitas cañadas calientes en papillote con salsa de vainilla y se me iluminaba la cara al ver aquellas señales. O aquel raro y delicioso trucharco iris, preparado a la plancha con algo de aceite de oliva, sencillamente divino.

**La** evocación del pasado me había hecho sentir apetito, de modo que volví a la casa. Por desgracia, en la cocina apenas quedaban provisiones. Comí pan negro y chocolate con nueces y decidí que más tarde iría a comprar.

Subí corriendo a la habitación de Inga y saqué del pequeño baúl una toalla de rizo floreada y dura como una tabla. La aseguré en el portaequipajes y me dirigí al lago. Era un día laborable normal y corriente y me remordía la conciencia no estar en la biblioteca ni ocuparme de los asuntos de la herencia, y no tener el ánimo por los suelos. Bueno, me había tomado unos días de descanso pese a que solo había hablado con el contestador automático del despacho y no había dejado ni dirección ni número de teléfono. Luego intentaría localizar a mi jefa.

Mi profesión, evidentemente, no era más que una prolongación del placer de coleccionar secretos. Y de la misma manera en que un buen día dejé de cortar piedras en las que esperaba descubrir cristales y me conformé, a partir de entonces, con recogerlas, también dejé de leer los libros que realmente me interesaban para conformarme con los que ya nadie leía.

Cuando éramos pequeñas, Rosmarie se burlaba siempre de que me enfadara tanto cuando partíamos nueces y las encontrábamos vacías. No podía dejar de preguntarme cómo la nuez había conseguido salir de la cáscara cerrada. La broma preferida de Rosmarie consistía en servirme para el desayuno un huevo pasado por agua que previamente había vaciado ocultando el agujero en el fondo del huevero para que pareciera intacto. Cuando golpeaba el huevo y mi cuchara se hundía en el vacío, lanzaba un gemido desgarrador. Y ahora me habían regalado esta casa. Si no me la quedaba, soñaría con eso el resto de mis días.

**La** bruma matinal aún flotaba sobre el lago. Dejé la bici sobre la hierba, en la pendiente, y me quité el vestido, que cayó como una nube en el rocío. Extendí la toalla y puse mis cosas encima para protegerlas de la humedad del suelo. Cuando entré en el agua, los pececitos se escabullían entre mis tobillos

y se internaban en la oscuridad. El agua estaba fría. Volví a preguntarme sobre las muchas criaturas que habitaban las profundidades. El buceo jamás me había atraído. Me iban los mares embravecidos, las graveras turbias y los estanques negros porque, en definitiva, no quería saber con exactitud qué era lo que podía estar pululando ahí abajo.

Nadé dando largas brazadas. Pequeñas burbujas de aire me hacían cosquillas en el vientre. Nadar desnuda proporcionaba una sensación muy agradable. Se podía sentir por todo el cuerpo una mezcla de remolinos y borboteos, ya que, sin traje de baño, uno no se vuelve precisamente más hidrodinámico. Al menos había acabado teniendo un cuerpo que podía llamar mío, y conseguirlo me había llevado su tiempo. El consumo simultáneo y desmedido de libros y pan habían vuelto ligero mi espíritu y perezoso mi cuerpo. Como entonces no me gustaba verme a mí misma, me reflejaba en las historias que leía. Comer, leer, leer, comer. Más tarde, al dejar de leer, dejé también de darme atracones y volví así a acordarme de mi cuerpo. A partir de entonces tuve un cuerpo, algo descuidado tal vez, pero ahí estaba, y me sorprendía por su diversidad de formas, líneas y superficies. El vestuario común de las piscinas municipales perdió su carácter terrorífico y entonces supe que me había convertido en candidata a la cabina individual de señoras.

Caer, caída, caerse, a la memoria de Rosmarie. Su cuerpo se desintegró incluso antes de estar del todo formado. Todas las chicas estaban obsesionadas con su cuerpo porque aún no tenían cuerpo. Eran como libélulas que viven durante años bajo el agua, comen con voracidad, y de vez en cuando se revisten de una piel nueva y continúan comiendo vorazmente hasta que al final se convierten en ninfas y acaban saliendo del agua para encaramarse a la rama más alta. Habían conseguido un cuerpo y remontaban su primer vuelo. A la edad en que Rosmarie murió, Harriet ya sabía volar.

**Poco** antes de alcanzar la otra orilla, di media vuelta y regresé al punto de partida. Mientras tanto, la bruma casi se había disipado y solo quedaba una ligera capa justo encima del espejo del agua. En el preciso instante en que intentaba hacer pie no lejos de la orilla, vi a Max. Dejó su bici junto a la mía y, sin mirarme, se quitó rápidamente la camisa y el *short* y se zambulló en el lago salpicando todo a su alrededor. Al llegar a mi altura, se detuvo, se volvió hacia mí y levantó la mano.

—Eh, Iris.

—Buenos días.

Se acercó. Yo no sabía qué decir. El, por lo visto, tampoco. Estábamos

frente a frente y evitábamos mirarnos a los ojos. Yo me había sumergido en el agua hasta el mentón, como si me tapara con una manta. Tenía la vista clavada en sus hombros y observaba cómo resbalaban las gotas de agua. Estábamos demasiado juntos y, aunque no podía ver hacia dónde dirigía su mirada, lo cierto es que podía sentirla. Crucé rápidamente las manos delante de mi pecho y, en ese instante, me miró por fin a los ojos.

Sacó lentamente una mano del agua y siguió con el dedo índice la línea de mis clavículas. Luego, volvió a bajar la mano. Se encontraba muy cerca de mí. Apreté con más fuerza los brazos contra el pecho, él se inclinó y me besó en la boca. Era un beso cálido y dulce y sabía bien. Debí de haberle pasado las manos por la espalda. Sentí vértigo. Max me atrajo hacia sí y sentí cómo se tensaba su cuerpo. No sabría decir con certeza todo lo que hice a continuación ni durante cuánto tiempo, pero pronto aterrizamos sobre la estrecha franja de arena de la orilla. Sentí el frescor del agua sobre su piel debajo de mí, su miembro dentro del bañador mojado, sus labios sobre mi cuello. Mientras le ayudaba a quitarse el bañador, me sujetó las manos:

—Yo no hago el amor con mis clientas al aire libre.

—¿Ah, no? ¿No te das cuenta entonces de que estás a punto de hacer el amor con una clienta al aire libre?

—Por Dios. Yo no hago el amor con mis clientas. Y punto. Ni al aire libre ni en ningún otro sitio.

—¿Estás seguro?

—No. ¡Sí! Iris, ¿qué te propones conmigo?

—¿Sexo al aire libre?

—Iris, me vuelves loco. Con tu olor y tu manera de andar y tu boca y tu cháchara.

—¿Con mi qué?

Me dejé caer en la arena. Probablemente tuviera razón. No era buena idea. Después de todo, era el hermano menor de Mira. Y mi abogado, además del abogado de mis tías, y aún teníamos que hablar seriamente sobre qué sucedería con la casa si la rechazaba. Lo que estábamos haciendo lo complicaría todo sin necesidad. La relación de Max con su hermana y con Rosmarie había sido muy difícil; ni él mismo sabía hasta qué punto.

Me tapé los ojos con las manos. Bajo el dedo índice sentí la cicatriz del puente de mi nariz.

En ese momento, sus dedos rozaron mis manos.

—No. Iris, ven aquí. ¿Qué pasa? Eh, tú.

La voz de Max era dulce y cálida, igual que su boca.

—Iris, no puedes imaginar siquiera hasta qué punto me gustaría hacer el amor contigo a orillas del lago. Apenas si me atrevo a decirte cuánto me hubiera gustado en el gallinero, en tu cama, en mi cuarto de baño, en la tienda de bricolaje y, Dios no lo quiera, en el cementerio.

No pude evitar sonreír.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

—En la tienda de bricolaje, ¿eh?

—¡Sí!

—¿Con la pintura blanca colándose entre mis pechos?

—No. Esa era más bien la fantasía del gallinero. Lo que me motivó en la tienda de bricolaje fue ver todos esos tornillos y tuercas y taladros y clavijas y...

Me enderecé y vi que Max trataba de reprimir la risa. Hacía tal esfuerzo por contenerse que empezó a hacer tics extraños. Cuando se encontró con mi mirada, prorrumpió en sonoras carcajadas. Le di un puñetazo en el pecho, rodó por la arena y continuó riéndose. Antes de caer me cogió por los brazos arrastrándome con él, de modo que mi pecho desnudo yacía otra vez sobre el suyo. Fue como una descarga eléctrica. Max dejó de reírse.

Ahí mismo hubiéramos podido hacer el amor pero Max me empujó con cierta brusquedad, negó con la cabeza y se sumergió en el agua. Sin volverse, se alejó nadando. Me levanté, me vestí en un instante y me marché.

**Dejé** la bici delante de la puerta de casa, entré y me puse la ropa negra del entierro; me parecía lo más sensato, vista la experiencia con el vestido dorado en la tienda de bricolaje. Eché mano del bolso y me fui al Edeka. Compré pan, leche, mantequilla, almendras, dos tipos de queso, zanahorias, tomates, más chocolate con nueces, copos de avena y, como tenía mucha sed, una sandía grande. Al llegar a casa lo guardé todo en el frigorífico, llamé a Friburgo y hablé con mi jefa. Volvió a darme el pésame y se mostró comprensiva con el hecho que era prioritario arreglar los asuntos de la herencia.

—Hágalo lo más pronto posible —me dijo dando un suspiro—. Cuanto antes resuelva esas cosas, tanto mejor para usted. Mi hermano y yo seguimos sin ponernos de acuerdo, pese a que nuestros padres murieron hace años. Aquí hay mucho ajetreo. Las vacaciones semestrales están al caer, pero no se preocupe. Hay gente de sobra por aquí y la señora Gerhardt ha

vuelto de las vacaciones. Así que tómese todo el tiempo que necesite.

»Su voz no suena nada bien, querida señora Berger... En fin. Entonces no cuento con usted esta semana, ¿no? De acuerdo. Ningún problema. Vale. Adiós, hasta pronto, *ciao*, señora Berger.

Colgamos. ¿Que mi voz no sonaba nada bien? Pues claro. Estaba enfadada, perpleja, me sentía humillada por el rechazo de Max. ¿Y cómo reaccionaba yo? Recluyéndome, avergonzada. Reconocí con horror que no había avanzado mucho más que las mujeres de la generación anterior a la mía respecto al libre albedrío. Pero no era de extrañar: después de todo, yo era la hija de la más reprimida de las tres hermanas Lünschen.

**Mi** madre estaba unida a Bootshaven, a los grandes cielos sobre las vastas superficies vacías, al viento meciendo su cabello castaño, que seguía llevando corto. Con el poema de Storm de «La ciudad gris a orillas del mar gris» sus ojos se llenaban de lágrimas y recitaba la tercera estrofa con una voz trémula que yo aborrecía. De niña e incluso durante la adolescencia, cuando entraba en el salón algunas noches de verano podía suceder que encontrara a mi madre sentada en la penumbra, acurrucada sobre el brazo del sofá, con las manos bajo los muslos, balanceándose bruscamente hacia delante y hacia atrás con los ojos clavados en el suelo. Eran movimientos cortos, rápidos, en absoluto un balanceo soñador. Unas partes de su cuerpo parecían luchar contra otras: sus piernas se apretaban la una contra la otra, sus puntiagudas rodillas de chiquillo se clavaban una y otra vez en sus pechos, sus dientes mordían y no soltaban su labio inferior, sus muslos le comprimían las manos.

Por lo demás, mi madre nunca permanecía sentada sin hacer nada. Trabajaba en el jardín —arrancaba malas hierbas, podaba, recogía bayas, segaba, cavaba o plantaba—, en casa —colgaba la ropa, ordenaba las estanterías, vaciaba y llenaba cajas, planchaba sábanas, colchas y toallas con la calandria del sótano, hacía pasteles con masa de levadura o preparaba mermeladas—, o bien salía a hacer lo que ella misma denominaba «una escapada al bosque» para recorrer los polvorientos campos de espárragos de los alrededores hasta caer exhausta. Por las noches, Christa solo se sentaba en el sofá para ver la televisión después del telediario o leer el periódico y quedarse dormida rápidamente para luego despertarse sobresaltada y protestar un poco: que ya era demasiado tarde y que nosotros —mi padre y yo— deberíamos irnos de una vez a la cama y que ella, Christa, se iba también inmediatamente a la cama. Y eso era lo que hacía.



Las pocas veces que aguantó despierta en el sofá —algo que no debió de suceder más de siete u ocho veces—, lo que hacía era escuchar música. Había puesto el tocadiscos y subido el volumen. El sonido estaba exageradamente alto. Inusitadamente alto. Desmesuradamente alto. Agresivamente alto. Yo conocía el disco, en la cubierta se veía en un prado o una playa a un hombre con barba, camisa y gorra de marinero, que cantaba en dialecto bajo alemán acompañado de su guitarra. «¡Quisiera que aún fuésemos niños, Johann!», resonaba en nuestro salón su voz más imperiosa que melancólica. Me preguntaba si debía marcharme; evidentemente, estaba invadiendo un lugar que no me correspondía. Pero no me iba porque quería que acabase. Quería que mi madre volviese a ser mi madre y no Christa Lünschen, la patinadora de Bootshaven. Por una parte, se me partía el corazón verla ahí acurrucada y balanceándose al son de la música, haciéndome reproches porque, por lo visto, mi padre y yo no conseguíamos hacerla feliz. Pero, por otra, estaba indignada y sentía que su nostalgia era una traición.

Entonces me quedaba en el umbral, no podía entrar pero tampoco irme. Cuando la cosa se alargaba, me movía un poco. Mi madre alzaba la vista, asustada, a veces incluso se le escapaba un grito. Se levantaba de un salto y apagaba el tocadiscos. Con una voz que pretendía sonar jovial, decía:

—Iris, ¿no te había oído! ¿Qué tal te ha ido en casa de Anni?

Cuando se mostraba tan pillada por sorpresa, no había duda de que tenía algo que esconder. De modo que era verdad, era una traición. Yo le decía llena de desdén:

—¿Pero cómo puedes escuchar eso? Es horroroso.

Entonces yo entraba en el salón, abría el armario de las golosinas —algo que no podía hacer sin pedir previamente permiso—, cogía un buen trozo de chocolate, me daba la vuelta y me iba a leer a mi cuarto.

**Y** Bertha, ¿también habría sentido nostalgia? Bertha, que jamás había abandonado su casa antes de entrar en el hogar de ancianos. Que precisamente una institución como aquella se llamara hogar suponía una infamia que aseguraba para siempre a la palabra «hogar» el primer puesto en la lista de «palabras engañosas».

Desde que la habían llevado a una residencia, Bertha no había vuelto a saber dónde se encontraba. Sin embargo, parecía saber dónde no se encontraba. Guardaba continuamente sus cosas en la maleta, en bolsos, en bolsas de plástico, en los bolsillos de su abrigo. Y a quienquiera que se le

aproximase, visitante, enfermera o residente de ese «hogar», le pedía que por favor la llevase a casa. La residencia angustiaba a Bertha. A pesar de que era una institución privada muy cara, los dementes pertenecían sin duda a la casta más baja dentro de la jerarquía secreta de tales instituciones. La salud era el bien máspreciado. El hecho de haber sido en el pasado alcalde, dama acaudalada de la alta sociedad o científico prestigioso no importaba. Al contrario, cuanto más alta había sido la posición social, tanto más profunda podía ser la caída. Los que no se desplazaban más que en silla de ruedas podían jugar al *bridge*, eso sí, pero no participar en el baile a la hora del té. Era un hecho irrefutable. Además de la lucidez de la mente y la salud del cuerpo, en la residencia había otra cosa que imponía respeto y consideración: las visitas. Y en esto contaban mucho la frecuencia, la regularidad y la duración. También resultaba útil que las visitas variaran. En esta materia, los hombres contaban más que las mujeres, los jóvenes eran mejor vistos que los viejos, y los pensionistas que recibían frecuentes visitas familiares eran muy respetados: debían de haber hecho algo bueno en su vida.

Thede Godfried, la más fiel entre las fieles del círculo de Bertha, iba a verla una vez cada dos semanas, los martes por la mañana, porque su nuera estaba internada en la misma residencia que mi abuela. Christa la visitaba solo durante las vacaciones escolares, pero entonces iba todos los días. Tía Harriet iba a verla todos los días durante la semana y, tía Inga, los fines de semana.

**Bertha** fue olvidando a sus tres hijas. Primero a la mayor. Supo durante mucho tiempo que Christa era alguien muy cercano, pero su nombre ya no le decía nada. Al principio la llamó Inga, más tarde, Harriet. Inga siguió siendo Inga un tiempo antes de convertirse a su vez en Harriet. Y Harriet continuó durante mucho tiempo siendo Harriet hasta que acabó también convirtiéndose en una extraña, aunque eso le ocurrió mucho más tarde que a sus hermanas, pero entonces Bertha ya estaba en la residencia.

—Como en la historia de los tres cerditos —decía Rosmarie.

Yo no entendía qué quería decir con eso.

—Bueno, cuando se derrumba su casa, el primero se refugia en la casa del segundo y, cuando se derrumba la casa del segundo, los dos se refugian en la casa del tercero.

La casa de piedra de Bertha. ¿Y ahora debía ser la mía?

Mi madre se sentía dolida por el hecho de que su propia madre ya no

supiera llamarla por su nombre. Quizá encontrara injusto no poder olvidar su patria mientras que su patria no tenía nada mejor que hacer que olvidarse de ella. Inga y Harriet se lo tomaban con más filosofía. Inga sostenía la mano de Bertha, la acariciaba y la miraba sonriendo a los ojos. Eso a Bertha le encantaba. Harriet la acompañaba al lavabo, la limpiaba, le lavaba las manos. Y Bertha le decía a Harriet que era muy amable y que se sentía dichosa de tenerla cerca.

A Inga no le importaba que Bertha la llamara Harriet, pero se enfadó el día en que Bertha la llamó Christa. Christa no estaba casi nunca allí. No sostenía la mano de Bertha. No la acompañaba al aseo. Christa tenía marido. Y encima había sido la preferida de Hinnerk. Había cosas que no se podían perdonar. Jamás. Cuando Christa iba durante las vacaciones y se ocupaba de Bertha, a Inga y a Harriet se les hacía muy difícil mostrarse amables y relajadas. Cuando Christa estaba triste y consternada por ver que el deterioro de la memoria de Bertha se agravaba, sus hermanas menores tenían que hacer un gran esfuerzo para mostrarse comprensivas. Sentían más bien desprecio. Pensaban que Christa no podía imaginar siquiera lo difícil, agotador y angustiante que era todo en realidad.

El domingo pasado, a primera hora de la tarde, Bertha murió a consecuencia de una gripe estival. Su cuerpo había olvidado cómo recuperarse de aquella enfermedad.

Tía Inga sostenía su mano. Avisó a una enfermera. Luego, llamó por teléfono a Harriet, que de inmediato acudió a la residencia y pudo ver a su madre antes del último suspiro, las cejas ligeramente contraídas, como tratando de acordarse de alguna cosa. Su nariz, larga y afilada, sobresalía en el rostro. Sobre la mesita de noche blanca había un vaso de plástico con zumo de manzana.

No llamaron a Christa hasta la noche. Mi madre colgó y se echó a llorar. Más tarde, le preguntó una y otra vez a mi padre:

—¿Por qué han esperado tanto tiempo para decírmelo? ¿Por qué? ¿A quién se le puede ocurrir algo así? ¡Cuánto deben de odiarme!

Había cosas que no se podían perdonar. Jamás.

Durante el entierro, mientras pasábamos en fila ante la tumba para echar nuestras flores sobre el féretro de roble, las tres hermanas se colocaron muy juntas. Christa a la derecha, Inga en el centro y Harriet a la izquierda. Mi madre cogió el gran bolso de mano negro que llevaba al hombro y lo abrió. Tan solo entonces me di cuenta de cuánto abultaba,

parecía a punto de estallar. Christa salió de la fila y miró indecisa dentro del bolso. Sacó algo, una cosa roja y amarilla que parecía una serpentina. ¿Una media? Lo tiró a la fosa. Volvió a sacar otra media del bolso —¿o se trataba de una manopla?— y también la echó a la fosa. El silencio era total, todos los asistentes al funeral la observaban tratando de entender qué hacía. Sus hermanas dieron también un paso al frente y se colocaron a su lado. Con un gesto enérgico, Christa puso el bolso al revés y lo vació sin más. En ese instante comprendí qué era lo que acababa de echar a la tumba de su madre: las prendas de lana que conservaba en la caja del fondo de su armario, los fragmentos de memoria de Bertha convertidos en prendas de lana.

Una vez hubo vaciado el bolso, mi madre volvió a cerrarlo y se lo colgó ceremoniosamente al hombro. La mano derecha de Inga aferró la mano de su hermana mayor y la izquierda, la de Harriet. Las tres hermanas permanecieron así un buen rato ante la fosa donde Bertha ahora reposaba bajo sus chillonas prendas de lana. Volvían a ser «las hermosas muchachas de Hinnerk» y comprendieron que las tres unidas siempre serían las más fuertes.

**Pero** ¿qué había pasado con tía Inga, la más hermosa de las tres muchachas? Tenía que averiguar el final de la historia. Me puse el vestido blanco ligero que había dejado sobre la silla —el negro estaba otra vez completamente sudado—, me monté en la bicicleta y me puse en marcha.

El señor Lexow vivía justo al lado de la escuela, no lejos de la iglesia que se encontraba cerca de la casa. Nada estaba muy lejos. No sé realmente si me habría atrevido a llamar a su puerta pero, afortunadamente, lo encontré en el jardín arrancando malas hierbas. Ya había regado; en el aire, sobre los bancales, flotaba el olor acre que se desprende de la tierra caliente al contacto con el agua. Bajé de la bici y él levantó los ojos.

—Ah, es usted.

El tono de su voz era mesurado, pero cordial.

—Sí, yo otra vez. Le ruego disculpe la molestia, pero...

—Adelante, Iris. Entre por favor, usted no me molesta en absoluto.

Entré empujando mi bicicleta y la apoyé contra el muro de la casa. El jardín era hermoso y estaba bien cuidado, grandes cosmos encarnados florecían en todas partes, margaritas, rosas, lavándulas y amapolas, arriates impecables con patatas, judías trepadoras y tomates. Había groselleros rojos y negros, zarzamoras y un seto de frambuesas. El señor Lexow me invitó a tomar asiento en un banco a la sombra de un avellano; entró en la casa y salió poco después con una bandeja y dos vasos. Me levanté de un salto para

echar una mano. Asintió y me envió a buscar el zumo y el agua a la cocina. Regresé con la pegajosa botella de sirope de bayas de saúco hecho en casa y una botella de agua mineral. El señor Lexow sirvió la bebida y se sentó a mi lado. Alabé su jardín y el sirope de bayas de saúco y él inclinó la cabeza. Luego me miró Y dijo:

—Venga, desembuche ya.

Me reí.

—Usted fue seguramente un buen maestro.

—Sí. Creo que sí. Pero sobre todo ejercí durante mucho tiempo. ¿Y entonces qué?

—Quiero que volvamos a hablar de Bertha.

—De mil amores. No hay mucha gente con la que pueda hablar de Bertha.

—Cuénteme cosas de ella. ¿La ayudó usted cuando mi abuelo estuvo ausente? ¿Cómo era ella con los niños?

Obviamente, yo quería averiguar más cosas sobre Inga, pero no me atrevía a hacer preguntas demasiado directas.

Hacía un calor agradable en aquel banco a la sombra. Tras la excitación de la mañana en el lago, me sentía pesada y sin energías; cerré los ojos y escuché la voz serena del señor Lexow acompañada por el zumbido de las abejas de fondo.

**Bertha** seguramente había amado a Hinnerk, pero él no la había tratado todo lo bien que ella merecía. Bertha tenía que haberse impuesto más, pero entonces él no se habría casado con ella, y ella lo quería pese a todo. ¿Quería Hinnerk a Bertha? Tal vez, seguramente, a su manera. El la quería porque ella lo quería a él y es posible que lo que él más quisiera de Bertha fuese precisamente aquel amor que ella le profesaba.

E Inga... ¡Qué preciosa muchacha! Al señor Lexow le habría gustado ser su padre, pero al final ni siquiera sabía si ella era realmente su hija. Podía haberlo sido pero jamás había hablado del tema con Bertha. No se atrevía y especulaba con hacerlo cuando fueran viejos, cuando Hinnerk estuviese muerto, cuando dejaran de preocuparles las cosas de este mundo. Pero, lamentablemente, eso no sucedió nunca y después sería demasiado tarde. Llegó el día en que Bertha ya no quiso hablar más con Lexow. Se limitaba a saludarle pero no respondía a sus preguntas. Decía: «Ha pasado demasiado tiempo desde entonces» y aquello ofendía al señor Lexow. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que Lexow comprendiera que Bertha ya no podría

responder a sus preguntas, aunque aún conseguía eludirlas hábilmente.

**Inga** nació durante la guerra, en diciembre de 1941. Por aquel entonces, Hinnerk estaba todavía en casa. Durante las vacaciones de Pascua, el señor Lexow había ido a visitar a Bertha para llevarle algunos bulbos de dalia, unas flores que la habían maravillado en otoño. Eran unas plantas espléndidas. De sus vigorosos tallos brotaban flores gigantes de un color lavanda bastante inusual entre las dalias. El señor Lexow jamás había olvidado aquella noche en el jardín de los Deelwater, como tampoco había podido olvidar a la hermana de Bertha, Anna. Llegó directamente a la cocina con su cesto de bulbos. Había entrado por detrás, como solía hacer la gente del pueblo. Solo los desconocidos llamaban a la puerta. Bertha estaba pelando gambas. Llevaba un delantal azul, la fuente llena de gambas estaba sobre la mesa, y en su regazo había puesto un papel de periódico sobre el que dejaba caer las cáscaras. El señor Lexow colocó el cesto de mimbre junto a la puerta del sótano. Los bulbos podrían plantarse en una o dos semanas. Hablaron de Anna. El quería saber si Anna había hablado con Bertha antes de morir. Bertha lo miró pensativa, sin dejar de pelar las gambas. Las cogía entre sus dedos, rompía el caparazón presionando con el pulgar por detrás de la cabeza y tiraba hacia fuera de manera rápida y firme, pero con delicadeza para separar las dos mitades y quitar al mismo tiempo las finas patas del crustáceo. Bertha no dijo nada y volvió a inclinarse sobre las gambas. El la miraba; un rebelde mechón de cabello rubio se le había escapado del moño. Con un movimiento mecánico, se colocó de nuevo el mechón detrás de la oreja. Asustada, ella se llevó la mano a la cabeza y se encontró con la mano del señor Lexow. La mano de Bertha estaba fría y olía a mar. «Sí», susurró ella. Sí, Anna había hablado con Bertha antes de morir pero Bertha no consiguió entender lo que había dicho. Aunque, pensándolo bien, sí que había tenido algo que ver con él, con Lexow. Carsten Lexow estaba desesperado. Habían pasado quince años desde entonces y no había habido un solo día en su vida en que no pensara en ella. Cayó de rodillas ante Bertha y balbució algo; ella lo miró, perpleja pero llena de compasión, y le cogió la cara entre sus manos. En sus dedos mojados estaban pegadas las minúsculas antenas y las finas patas de las gambas. El papel de periódico lleno de cáscaras se resbaló de sus rodillas. Carsten Lexow hundió su rostro en el regazo de Bertha; su cuerpo estaba temblando, Bertha no habría sabido decir si a causa del llanto. Ella le acarició la espalda con el antebrazo como habría acariciado a un niño pequeño.

La pequeña Christa no estaba en casa. Agnes, la criada, se había ido a casa de su madre porque la anciana se había torcido un tobillo y debía ocuparse de ella y se había llevado a la niña consigo para que Bertha no se viera demasiado afectada por el percance. Hinnerk estaba trabajando, no en el despacho sino en el campo de prisioneros. El señor Lexow se calmó, pero dejó su cabeza donde estaba. Ciñó con sus brazos los tobillos de Bertha, que calzaba unos zapatos pesados, y sus manos se deslizaron suavemente hacia arriba por debajo de la falda de Bertha, que mientras tanto había dejado de pensar en él como en un niño pequeño. El aspiró el olor a mar. Ella se quedó inmóvil y contuvo la respiración. Frases entrecortadas, palabras de amor, emocionados sollozos penetraron en sus oídos. Ella le dejó hacer. Se quedó simplemente sentada allí, la frente fruncida, sintiendo cómo el bajo vientre entraba en calor y se volvía cada vez más pesado. Y aunque ella amara a Hinnerk y no al señor Lexow, jamás había experimentado algo parecido en sus cinco años de matrimonio. Carsten Lexow se levantó, la besó y lo supo: esa no era la misma boca de aquella noche. Ya estaba a punto de desistir cuando vio las lágrimas que corrían por sus mejillas. No una o dos lágrimas sino muchas, un verdadero torrente. La parte de arriba del delantal de Bertha estaba empapada de lágrimas; sus hombros, sin embargo, no se movían y ella tampoco emitía el menor sonido. Su cuello estaba rojo, mojado y salado cuando la besó. Ella se levantó bruscamente, se secó las manos en el delantal y se dirigió al dormitorio, situado frente a la cocina. Cerró las cortinas verdes y se desató el delantal. Se quitó los zapatos, la falda y la blusa y se tendió en la cama. Carsten Lexow se quitó el pantalón, la camisa y los calcetines y lo dejó todo en el suelo, al pie de la cama. Se acercó a Bertha y la cogió en sus brazos mientras pensaba en aquella noche lejana en el jardín. ¿Habría amado entonces a la persona equivocada y besado a la verdadera? ¿O bien amado a la verdadera y besado a la equivocada? ¿Sería un sabor a manzana lo que había percibido entre la sal y las gambas? Durante todo el tiempo que Carsten Lexow pasó con ella en la cama, las lágrimas no dejaron de correr como dos brazos de mar sobre el rostro de Bertha.

Esa misma noche, Bertha hizo también el amor con su marido, a quien dio de cenar pan negro con gambas y huevo frito. Bajo el tenue resplandor de la lámpara de la cocina, los bulbos de dalia terrosos lucían un color amarillento. Ella dijo que el señor Lexow había pasado por la casa para dejarles el cesto con los bulbos.

—El señor Lexow, ese sí que vive bien... vacaciones, flores, en plena guerra.

Hinnerk resopló con desdén, clavó el tenedor en un trozo de pan y se lo llevó a la boca. Bertha observaba cómo algunas tiernas gambas rosas se deslizaban por el pan y caían de nuevo en el plato.

**Nueve** meses más tarde nació Inga en medio de una violenta tormenta nocturna, una de esas raras e inquietantes tormentas de invierno. Aquella noche caían bolas de granizo grandes como cerezas y los rayos hendían con ímpetu la oscuridad. La señora Koop, quien asistió a Bertha durante el parto, juraba que el rayo había caído sobre la casa y que el pararrayos lo había desviado al suelo.

—Y si hubiéramos metido a la niña en la bañera tras el parto, ahora estaría muerta.

Y agregaba con frecuencia:

—Pero algo le quedó pese a todo a la pequeña, la pobre muchacha.

Si estaba presente, Rosmarie preguntaba con un tono de voz algo más alto que de costumbre:

—El pobre bicho, ¿verdad?

La señora Koop la miraba entonces con desconfianza, aunque sin saber qué decir, y se refugiaba en un elocuente silencio.

**El** señor Lexow dejó de hablar y me miró expectante. Yo dejé mis ensoñaciones y me enderecé aturdida.

—Perdón. ¿Qué decía?

—Le preguntaba si nunca le habló de mí.

—¿Quién?

—Bertha.

—No, señor Lexow, lo siento. A mí no. Y después tampoco. Aunque...

—¿Sí?

—Una vez, tal vez dos veces, pero no, no lo sé. Un día, al entrar alguien a casa, la oí decir: «Ha llegado el maestro». Pero no recuerdo nada más.

El señor Lexow asintió y bajó la mirada.

Me puse en pie.

—Muchas gracias. Aprecio enormemente que me haya contado todo esto.

—Bueno, tampoco ha sido para tanto. Lo he hecho de buena gana. Salude a su madre y a sus tías de mi parte.

—Oh, no se moleste, le ruego que no se levante, señor Lexow, solo tengo que empujar la bici hasta la calle. Dejaré la puerta cerrada.



—Esa es la bicicleta de Hinnerk Lünschen.

—Tiene razón, efectivamente, es la bicicleta de mi abuelo. Sigue funcionando de maravilla.

El señor Lexow hizo un gesto con la cabeza sin apartar la mirada de la bicicleta y cerró los ojos.

## **Capítulo 10**

**Regresé** a casa. Debía ir decidiéndome sobre qué hacer al final con la herencia. Quizá habría tenido que escuchar más atentamente al señor Lexow en vez de dormitar en su jardín, pero ¿quién sabía si su historia no era, en realidad, más ficticia que mis ensoñaciones? Tía Inga, después de todo, siempre había sido una mujer misteriosa, así que le iba la leyenda.

¿Cuánta verdad habría en las historias que me contaban y cuánta en aquellas que yo construía a partir de recuerdos, de suposiciones y cosas oídas a medias? a veces, las historias inventadas se volvían verdaderas, y otras, las historias inventaban verdades.

La verdad está estrechamente emparentada con el olvido, lo sabía de buena tinta por diccionarios, enciclopedias, catálogos y otras obras de referencia. En la palabra griega que significa verdad, *aletheia*, discurría escondido Lethe, o Leteo, uno de los ríos del inframundo. Quien bebía de sus aguas se liberaba de los recuerdos de vidas pasadas, como antes se había desprendido de su cuerpo, y se preparaba para vivir en el reino de las sombras. Pero ¿era razonable buscar la verdad precisamente allí donde no había olvido? ¿No se escondería precisamente en las rendijas y los agujeros de la memoria? Las palabras tampoco me ayudaban a avanzar.

**Bertha** conocía todas las plantas por su nombre. Al pensar en mi abuela, la visualizaba en el jardín, con su silueta alta, caderas anchas y piernas zancudas. Tenía pies pequeños y llevaba casi siempre zapatos extremadamente elegantes. No por exceso de coquetería sino porque, al regresar del pueblo, de la ciudad o de visitar a algún vecino, nunca entraba en la casa sin antes haber pasado por el jardín. Usaba delantales que se ataban a la espalda, rara vez aquellos que se abotonan delante. Tenía una boca ancha con labios finos, ligeramente arqueados; su nariz, larga y puntiaguda, estaba siempre un poco enrojecida, y sus ojos algo saltones solían estar húmedos de lágrimas. Tenía los ojos azules. Azul de nomeolvides.

Ligeramente inclinada hacia delante, Bertha recorría los bancales y se agachaba cada tanto para arrancar malas hierbas. Casi siempre llevaba consigo una azada de jardín a modo de cayado. El extremo del mango tenía una especie de estribo de hierro. Bertha clavaba la azada en tierra y sacudía enérgicamente el mango con ambas manos. Parecía como si la propia azada le diera una sacudida eléctrica, pero no; era el centelleo azul metálico de las libélulas que reverberaba en el aire.

En el centro del jardín, una zona desprovista de sombra, era donde hacía más calor, aunque Bertha no pareciera darse cuenta. Solo de vez en cuando hacía una pausa breve para apartar, con un gesto gracioso e inconsciente, los rebeldes mechones húmedos de la nuca y recogerlos nuevamente en el moño.

Cuanto más corta se volvía la memoria de Bertha, más corto le cortaban el pelo. Sus manos, sin embargo, continuaron hasta el día de su muerte recogiendo figuradamente largos cabellos en rodetes imaginarios.

Llegó el día en que mi abuela empezó con sus peregrinaciones nocturnas por el jardín. Eso coincidió con el momento en que comenzó a olvidar el tiempo. Seguía sabiendo leer la hora, pero había perdido totalmente la noción del tiempo. En pleno verano se ponía tres camisetas, una encima de la otra, y calcetines de lana y al rato se enfurecía por sudar tanto. Entonces aún se acordaba de que los calcetines se ponían en los pies. Pero ya no diferenciaba la noche del día. Se levantaba en medio de la noche y empezaba a deambular. Antes, cuando Hinnerk aún vivía, Bertha vagaba también por la casa mientras todos estaban durmiendo. Pero entonces lo hacía porque no podía dormir. Sin embargo, luego lo hacía porque no recordaba siquiera que tuviera que acostarse. Era Harriet quien casi siempre se daba cuenta de que su madre había salido en plena noche. Tan pronto lo descubría, se levantaba quejándose, se ponía el albornoz por encima, se deslizaba en los zuecos que la esperaban junto a la cama y salía, siempre pensando que aquello no podía durar eternamente. Ella tenía una profesión. Tenía una hija adolescente. Las puertas abiertas le señalaban el camino seguido por Bertha, que salía habitualmente por detrás, por el cobertizo, e iba directamente al jardín. Algunas veces la encontraba regando los bancales, casi siempre con la vieja taza de hojalata en la que antiguamente conservaba las semillas de las caléndulas marchitas. Otras, la sorprendía arrodillada entre los arriates arrancando malas hierbas o recogiendo flores, que era su actividad favorita. Bertha prescindía del tallo, cortaba únicamente la flor. Si se trataba de flores en umbela, arrancaba los pétalos y se llenaba la mano

hasta no poder cerrarla. Cuando Harriet se le acercaba, le tendía la mano con los pétalos aplastados y le preguntaba dónde podía dejarlos. Durante cuatro frías noches a principios de la primavera, Bertha consiguió arrancar las flores de todo un arriate lleno de pensamientos azules y blancos. Las palmas de sus grandes manos quedaron teñidas de violeta durante semanas. Cuando era niña, había ayudado a su hermana Anna a quitar las rosas marchitas pellizcándolas con las uñas para evitar la formación de escaramujos y favorecer una segunda floración, pero ahora Bertha ya no sabía ni qué edad tenía. Eso era algo que variaba según las circunstancias. Podía tener ocho años cuando llamaba Anna a Harriet o treinta cuando hablaba de su difunto marido y nos preguntaba si ya había regresado del despacho. Quien olvida el tiempo deja de envejecer. El olvido triunfa sobre el tiempo, enemigo de la memoria. Porque el tiempo, a fin de cuentas, solo cura todas las heridas si se alía con el olvido.

**De** pie junto a la valla del jardín, palpé la cicatriz de mi frente. Tenía que pensar en otras heridas. Durante años me había negado a hacerlo. Las heridas eran gratis, venían en la herencia junto con la casa. Debía analizarlas al menos una vez más antes de volver a cubrirlas con las tiritas del tiempo.

**Con** una larga cinta de esparadrapo nos atábamos las manos a la espalda cuando jugábamos a ese juego que había inventado Rosmarie y que llamábamos «zámpatelo o muere». Nos íbamos al fondo del jardín, a un sitio que no era visible desde la casa, entre los groselleros blancos y los zarzales, donde acababa la propiedad. Allí estaba también la compostera; de hecho, había dos, una llena de tierra, la otra con cáscaras, hojas de col amarillentas y hierba segada de color pardusco. Las hojas pilosas y los tallos carnosos de las calabazas, los pepinos y los calabacines serpenteaban por el suelo. Bertha tenía calabacines en el jardín porque le gustaba hacer pruebas con plantas nuevas y le fascinó la rapidez con que crecían. Su problema radicaba en que no sabía qué hacer con aquellos enormes frutos que se deshacían enseguida al cocinarlos y crudos no sabían a nada; así que crecían, crecían y crecían hasta que, llegado el verano, aquella parte del jardín adquiría el aspecto de un campo de batalla abandonado del que árboles gigantescos se hubieran retirado tras la contienda, dejando atrás aquellas gruesas mazas verdes de combate.

Allí proliferaban la menta y la melisa, y si las rozábamos con las piernas desnudas exhalaban su fresco perfume como si quisieran enmascarar los

malos olores de aquel trozo de jardín. También crecían allí camomilas, ortigas, angélicas, cardos y celidonias, cuya espesa sangre amarilla arruinaba nuestros vestidos si nos sentábamos encima.

Una de nosotras tres debía arrodillarse con las manos atadas a la espalda y una venda sobre los ojos. A modo de venda solíamos usar el foulard de seda blanca de Hinnerk, que tenía un pequeño agujero de quemadura de cigarro en un extremo y había sido desterrado por eso al armario grande del desván. Se jugaba siempre por turnos y, por lo general comenzaba yo, porque era la pequeña. Me ponía entonces de rodillas, con los ojos vendados. Las manos eran atadas a la espalda con un nudo flojo y no veía nada pero sentía el olor acre de la hierba angélica que estaba aplastando con los pies mezclarse con los vahos calientes y húmedos del compost. A primeras horas de la tarde, en el jardín reinaba el silencio. Solo se oía el zumbido de las moscas. No de las amodorradas moscas negras de la cocina, sino de las azules y verdes que se posaban en los globos oculares de las vacas para embriagarse. Yo oía los murmullos de Rosmarie y Mira, que se habían alejado bastante. El sonido de sus largos vestidos se aproximaba. Se detenían junto a mí y una de ellas decía: «¡Zámpatelo o muere!» Acto seguido, yo debía abrir la boca y aquella que había hablado me ponía algo sobre la lengua. Alguna cosa que acababa de encontrar en el jardín. Rápidamente, antes incluso de haber podido percibir su sabor, yo tocaba la cosa con los dientes para detectar enseguida su tamaño, saber si era dura o blanda, arenosa o lisa, y casi siempre descubría lo que era: una baya, un rabanito, un manojo de perejil rizado. Lo volvía a dejar sobre la lengua, lo mordía y lo tragaba. Al mostrarles mi boca vacía, me arrancaban el esparadrapo de las muñecas. Yo retiraba el foulard de mis ojos y nos reíamos. Después le tocaba a la siguiente atarse las manos y taparse los ojos.

Resultaba sorprendente comprobar hasta qué punto desconcertaba no saber qué se comía o percibir en la boca una cosa distinta de la que se esperaba. Las grosellas, por ejemplo, eran fáciles de reconocer; sin embargo, una vez que creí haber identificado una grosella, acabé masticando un guisante fresco, descompuesta y estremecida por el asco. Me gustaban los guisantes y me gustaban las grosellas, pero en mi cabeza ese guisante era una grosella y, como tal, era algo abominable. Tuve náuseas, pero me lo tragué. Porque si lo escupía, me volvía a tocar. Y si lo hacía una segunda vez, me castigarían. Y si lo volvía a escupir, quedaba eliminada. Debería entonces abandonar el jardín seguida por las sarcásticas carcajadas de las otras y quedaría excluida del juego durante el resto del día y, la mayoría de las veces,

también al día siguiente. Rosmarie no escupía casi nunca; Mira y yo, casi con la misma frecuencia. Mira, quizá, incluso más a menudo, aunque, reflexionando sobre ello, llegué a sospechar que ellas habían sido benévolas conmigo. Probablemente porque temían que yo las delatara ante mi madre o tía Harriet.

El juego comenzaba de manera inofensiva y se iba intensificando poco a poco. Algunas tardes acabábamos comiendo gusanos, huevos de hormiga y cebollas podridas. Un día llegué incluso a estar convencida de que la pequeña grosella espinosa que tenía entre los dientes era una araña, en castigo por haber dejado caer de mi boca un trozo de puerro de consistencia viscosa. Al reventar y desparramarse su jugo sobre mi lengua escupí salpicando a mi alrededor. Por supuesto que fui eliminada.

Otro día, Rosmarie masticaba una cochinilla sin torcer el gesto. Cuando se la tragó y volvió a tener las manos libres, se quitó lentamente la venda. Nosotras contuvimos la respiración. Nos observó a Mira y a mí con su mirada enigmática y preguntó pensativa:

—¿Y cuántas calorías puede tener una cochinilla como esa?

Luego echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír.

Ahí proclamamos que el juego había terminado y que ella había ganado, pues temíamos su venganza.

**Jugamos** también a aquel juego la víspera de la muerte de Rosmarie. Había estado lloviendo sin parar durante dos días, pero aquella tarde el sol se abrió paso al fin entre las nubes.

Sintiéndonos liberadas, Rosmarie y yo salimos corriendo. Mira vino muy lentamente a nuestro encuentro bajando por el paseo que llevaba a la casa. No la habíamos visto desde hacía dos días. Apoyó la espalda contra uno de los tilos y bostezó con el rostro vuelto hacia el sol.

—Juguemos a «zámpatelo o muere».

En realidad era Rosmarie quien decidía a qué se jugaba, pero esta vez no hizo más que encogerse de hombros y echarse hacia atrás su larga melena pelirroja.

—Preferiría ir a la esclusa, pero bueno. ¿Por qué no?

Yo también hubiera preferido ir a la esclusa. Habíamos estado demasiado tiempo encerradas por la lluvia, y hacer aquella carrera en bicicleta a través de los prados me habría gustado mucho. Aunque más aún me gustaba que la decisión, al menos por esta vez, no la hubiera tomado

Rosmarie, así que dije:

—Sí, juguemos a lo que quiere Mira.

Rosmarie volvió a encogerse de hombros, dio media vuelta y se dirigió al jardín. Llevaba el vestido dorado, que brillaba bajo el sol cuando se movía. Yo fui detrás. Mira nos seguía a cierta distancia. El jardín humeaba. Sobre las hojas de pepino y calabaza se posaban grandes lentejas de agua de lluvia a través de las cuales se podían ver las venas y los pelos de las hojas como con lentes de aumento. Detrás de los groselleros olía a tierra y a excremento de gato.

—¿Tenéis la venda y el esparadrapo?

Rosmarie había vuelto la cabeza y nos observaba a Mira y a mí con sus ojos claros. Mira sostenía la mirada sin parpadear; había algo desafiante en sus ojos, algo que yo no comprendía. Tenía aún más maquillaje que de costumbre, la raya de los ojos aún más ancha. La espesa máscara negra de rímel marcaba en exceso sus pestañas largas y arqueadas y, cuando movía los ojos, era como si dos orugas negras anduvieran por su cara.

—No, no los tenemos.

Ese día, la piel de Mira era como de ceniza, y su voz también. Solo sus ojos parecían vivos, y las negras orugas se movían en silencio.

—Voy a buscarlos —dije yo.

Entré corriendo en la casa, subí las escaleras y cogí el esparadrapo. Ya no quedaba mucho en el rollo pero bastaría. Abrí el armario grande, saqué el foulard de Hinnerk, que colgaba junto a las corbatas en la cara interior de la puerta, me remangué la falda de tul azul cielo y bajé estrepitosamente las escaleras para regresar al jardín.

Mira y Rosmarie no se habían movido del sitio. Rosmarie le estaba diciendo algo a Mira, que miraba al suelo, pero al verme llegar se separaron y se alejaron. No las alcancé hasta llegar cerca de los groselleros.

—Aquí están las cosas.

—¿Quieres empezar tú, Iris? —preguntó Rosmarie.

—No, esta vez empiezo yo —dijo Mira.

Me encogí de hombros y le tendí el foulard a Mira, que se vendó los ojos y cruzó los brazos a la espalda. Pegué una tira de esparadrapo marrón alrededor de sus muñecas y, como no conseguía cortar la cinta, Rosmarie se inclinó y la cortó rápidamente con los dientes. Mira no dijo nada. Nos arrodillamos en el barro, detrás de los groselleros.

—Da igual —dijo Rosmarie—, lavaremos los vestidos antes de que las nornas se den cuenta.

Las nornas eran, evidentemente, Christa, Inga y Harriet. Ya habíamos lavado varias veces los vestidos en secreto. Rosmarie y yo nos levantamos y fuimos a buscar alguna cosa para introducir en la boca de Mira. Yo corté una hoja de acedera y se la mostré a Rosmarie. Ella asintió y me mostró a su vez una hoja de levístico o hierba para la sopa, como la llamaba nuestra abuela, que olía a sopa y a cubitos Maggi. Si uno la frotaba entre las manos, el olor no se quitaba de encima durante días y días. Pensé que esa hierba para la sopa era algo despiadado para comenzar, pero asentí y me metí en la boca la hoja de acedera que había recogido para Mira.

Cuando regresamos, Mira estaba acucillada en el suelo, como petrificada.

—Bien, Mira, tú lo has querido —dije—. Zámpatelo o muere. Abre la boca. ¿Se lo das tú, Rosmarie?

Rosmarie volvió a estrujar la hoja entre sus dedos. Mira la debía de haber olido antes incluso de que Rosmarie se la acercara a la cara. Abrió la boca, lanzó un fuerte gemido y vomitó. Su torso se dobló hacia delante sacudido por la violencia del estallido.

—¡Por Dios, Mira!

Yo estaba tan asustada que ni siquiera pensé en liberarla del esparadrapo y de la venda.

—Estoy bien. Ya me siento mejor. Rosmarie sabe que aborrezco el levístico.

Yo no sabía que la hierba de la sopa era lo mismo que el levístico y supuse que Rosmarie tampoco lo sabía. Rosmarie permaneció en silencio. Se había arrodillado detrás de Mira y la había rodeado con los brazos. Su barbilla estaba apoyada sobre el hombro de Mira y había cerrado los ojos. Mira seguía con los ojos vendados. Todo olía a vómito.

—Bueno, entonces nos iremos a la esclusa.

Estaba convencida de que ellas aceptarían mi propuesta. Pero Mira sacudió lentamente la cabeza.

—Sigue siendo mi turno. La vez anterior no cuenta, no lo tuve sobre la lengua siquiera.

En aquel momento, Rosmarie besó a Mira en la boca. Me resultó muy desagradable. Jamás las había visto besarse así y, por otra parte, pensaba horrorizada en que Mira acababa de vomitar.

—Estáis chifladas —dije.

Me sentía muy incómoda allí, en el jardín, y no sabía si era a causa del juego o del beso.

Rosmarie se apartó unos metros llevándose consigo a Mira y la ayudó a sentarse. Luego, salió en busca de algo pero sin alejarse demasiado. Se agachó rápidamente y cuando se levantó vi que había recogido un calabacín, pero no uno de esos calabacines enormes sino uno de los pequeños. Un trocito de calabacín podía venir bien, pensé, sobre todo si el calabacín era pequeño y fresco. Rosmarie, sin embargo, no cortó un trozo, sino que dijo con voz sibilante:

—Zámpatelo u olvídale, querida.

Mira sonrió y abrió la boca. Rosmarie se puso en cuclillas muy cerca de su cara. Arrancó la flor del fruto aún mojado por la lluvia y deslizó el extremo en la boca de Mira. Entonces susurró:

—Este es el rabo de tu amante.

Un fugaz estremecimiento de rechazo sacudió el cuerpo de Mira pero enseguida recuperó la calma, cortó de un enérgico mordisco la punta del calabacín y la escupió a ciegas en la cara de Rosmarie. El disparo alcanzó a Rosmarie en el labio superior. Después, Mira dijo:

—Tú has perdido, Rosmarie.

Se arrancó de un tirón el esparadrapo, se puso en pie, se quitó la tela blanca de los ojos y la arrojó a la compostera. Y se marchó.

Rosmarie y yo la seguimos con la mirada.

—Dime, ¿qué significa todo esto? —pregunté.

Rosmarie se volvió entonces hacia mí con el semblante descompuesto.

—¡Déjame en paz, pedazo de tonta! —gritó.

—De mil amores —respondí—. De todos modos, yo no juego con gente que no sabe perder.

Dije eso solo porque me había percatado de que la frase de Mira había picado a Rosmarie. Aunque no había entendido el sentido. Rosmarie se me acercó en dos largos pasos y me dio una bofetada.

—Te odio.

—Los gusanos no saben odiar.

Rosmarie no apareció a la hora de la cena. Y no entró en nuestra habitación hasta el momento en que yo estaba a punto de meterme en la cama e hizo como si no hubiera pasado nada. Yo seguía enfadada con ella. Aun así, me senté a su lado sobre el alféizar de la ventana y ella me contó lo que pasaba con Mira. Luego, cayó la noche.

**Cuando** yo estaba allí, en verano, Rosmarie y yo dormíamos en la antigua cama de matrimonio. Era divertido y terrorífico, nos contábamos



nuestros sueños, charlábamos y reprimíamos la risa. Rosmarie contaba cosas de su escuela, de Mira y de los muchachos de quienes estaba enamorada. Con frecuencia hablaba de su padre, un huno del norte de cabellos rojos, un explorador polar, un pirata del océano glacial, quizá muerto, conservado para siempre entre el hielo, un cielo gris de plata reflejándose en sus ojos rígidos, y otras historias parecidas. Rosmarie jamás hablaba de su padre con Harriet, y Harriet eludía el tema.

En la cama, Rosmarie y yo nos inventábamos idiomas, idiomas secretos, idiomas nocturnos. Durante un tiempo lo decíamos todo al revés. Al principio nos resultaba muy difícil, pero al cabo de unos días le habíamos cogido el tranquillo y podíamos intercambiar sin problema algunas frases breves. Invertíamos los nombres de la gente que conocíamos, empezando por los nuestros. Yo era Siri, ella era Eiramsor, y luego, obviamente, estaba Arim. En algún momento, a Rosmarie se le ocurrió que lo contrario de una cosa debía ser la misma cosa pero al revés.

Un día en que estábamos las tres apoyadas en los amplios alféizares de las ventanas de la habitación de Rosmarie y mirábamos caer la lluvia, Rosmarie dijo:

—¿Sabíais que me he anexionado a Mira?

Mira la miró por entre sus pesados párpados. Su pequeña boca roja se abrió lánguidamente:

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, Mira está contenida en Rosmarie, y tú, Iris, te me escapaste por un pelo, mejor dicho por una «i».

Mira y yo nos quedamos calladas e intentamos hacerlo mentalmente. R-O-S-M-A-R-I-E. Al cabo de un momento, dije:

—Oh, pero si hay un montón de cosas contenidas en tu nombre.

—Lo sé —dijo feliz Rosmarie, sin poder reprimir la risa.

—AMOR —dijo Mira.

Y tras una pausa:

—AMOR y ROSA.

—MORAS —dije yo.

Nos reímos.

—Tengo hambre —dije.

Rosmarie contenía en efecto un montón de cosas. Amor y rosa, moras, mies y mar, ira y risa.

Yo no contenía nada. Absolutamente nada. No era más que yo misma, Iris, flor y ojo.

**Basta.** De momento, ya estaba bien de pensar en las heridas que venían de regalo con la casa. Entré al cobertizo y me dirigí, pasando por el viejo lavadero, al cuarto de la chimenea. La puerta corredera rechinó cuando la empujé con todas mis fuerzas hacia un lado. Las losas del suelo aportaban frescor al recinto. El cuarto estaba umbrío pese a aquellas grandes puertas acristaladas, porque el sauce llorón se alzaba demasiado cerca de la terraza y la luz del día entraba, escasa, tamizada por ese filtro verde. Llevé uno de los sillones de mimbre a la terraza. Era ahí, justo encima de mi cabeza, donde en otros tiempos se encontraba el techo del jardín de invierno. El mismo padre de Bertha había diseñado en su día la estancia. Los campesinos de la zona la llamaban jocosamente «el palacio de las palmeras», pues el jardín de invierno de los Deelwater era una suntuosa construcción acristalada, muy alta y espaciosa y no simplemente un pequeño apéndice hecho con cristales abombados de culo de botella. Con los años, sin embargo, los brazos del sauce llorón hacían de pantalla que resguardaba de las miradas de los curiosos que pasaban por la calle.

**Absorta** como estaba en mis ensoñaciones en torno al jardín de invierno, me asaltaron de pronto los recuerdos de Peter Klaasen. Mi madre me había contado la historia. Había también algunas cosas de las que me había enterado por casualidad y otras que salían de las conversaciones entre tía Inga y tía Harriet, que Rosmarie escuchaba a escondidas y me transmitía regularmente. Si bien era aún muy joven en esa época —debía de tener unos veinticuatro años—, Peter Klaasen tenía el cabello plateado. Trabajaba en la gasolinera BP, a la salida del pueblo. Inga había vuelto a venir con frecuencia a casa. Tras la muerte de Hinnerk, el año anterior, la memoria de Bertha se deterioraba cada vez más rápido. Harriet y Rosmarie seguían viviendo allí, pero Inga no podía permitir que ellas dos asumieran toda la responsabilidad. Christa vivía lejos. Venía conmigo durante las vacaciones pero, como las vacaciones no duraban todo el año, Inga procuraba aliviar a su hermana de tan pesada carga al menos los fines de semana. Todos los domingos por la noche montaba en su escarabajo blanco y llenaba el depósito en la BP antes de continuar su viaje a Bremen. Cada domingo por la noche, tras la visita a Bertha, se quedaba durante horas enredada entre el miedo y la tristeza, aliviada sin embargo al pensar que podía regresar a su propia vida. Pero al alivio se sumaba el sentimiento de culpa hacia una de sus hermanas que no podía marcharse, y el sentimiento de odio hacia la otra que, con la excusa de

estar casada, simplemente vivía su vida al margen. Inga tenía entonces cuarenta años y no estaba casada, no tenía hijos ni quería tenerlos. Sin embargo, pensaba que Christa se tomaba las cosas demasiado a la ligera. Dietrich era un hombre agradable y se ganaba bien la vida, Christa tenía una hija con él y daba clases de Educación Física ocho horas a la semana en un instituto de enseñanza secundaria de un pueblo vecino. No porque lo necesitara, sino porque se lo habían propuesto y porque le gustaba hacerlo. Inga sabía, desde luego, que Christa habría prestado más ayuda si viviera más cerca de Bootshaven, pero el hecho de que ni siquiera se lo planteara era lo que Inga encontraba injusto. Los domingos por la noche, sin embargo, cuando la gente está triste porque se acaba el fin de semana, Inga cantaba en su coche pequeño y ruidoso de camino a Bremen.

A Inga no le gustaban las gasolineras con surtidores automáticos. Ella prefería que la atendieran y, los domingos por la noche, era siempre el mismo empleado de cabello plateado y piel lisa de hombre joven quien la atendía. Cada domingo, él le deseaba cortésmente una buena semana. Ella le daba las gracias con una sonrisa distraída que resaltaba la belleza de su boca. Al cabo de tres meses, cuando el joven empezó a saludarla llamándola por su nombre, ella lo miró de verdad por primera vez.

—Disculpe, señor, ¿usted sabe mi nombre?

—Sí. Usted viene a repostar cada domingo y yo le pongo gasolina. Uno ha de conocer por su nombre a todos sus clientes habituales.

—Vaya, vaya... Clientes habituales, pero ¿cómo sabe usted que lo soy?

Inga estaba confusa, se preguntaba qué edad debía de tener ese hombre. Parecía muy joven pero sus cabellos le hacían dudar. Inga no sabía si debía tratarle con displicencia maternal o mostrarse simplemente distante y fría. Cuando el dependiente de la gasolinera se le acercó con una sonrisa y un breve guiño, Inga se sorprendió respondiendo con una sonrisa. A fin de cuentas, el hombre solo quería ser simpático y ella se hacía la interesante. Al irse, Inga vio por el retrovisor que el hombre de cabellos plateados la seguía con la mirada mientras un cliente hablaba con él.

El domingo siguiente, él estaba otra vez allí y la saludó con amabilidad, aunque sin pronunciar su nombre. Inga dijo:

—Venga, si soy una cliente habitual.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del hombre.

—Sí, señora Lünschen, claro que lo es, pero no quiero ser inoportuno.

—No, no lo es en absoluto. El problema es que yo soy una vieja lunática.

El hombre calló. La miró. Demasiado tiempo para el gusto de Inga.

—No, no lo es, y usted lo sabe muy bien.

Inga se rió.

—Imagino que es un piropo. Muchas gracias.

Pero si estoy coqueteando con él, pensó sorprendida tras arrancar, estoy coqueteando con ese extravagante gasolinero. Sacudió la cabeza y no pudo reprimir una sonrisa.

**Inga** habló también con él los domingos siguientes, de manera que siempre se sorprendía sonriendo en su coche en el camino de vuelta. Los pensamientos sobre Bertha y cómo podían evolucionar las cosas la acompañaban solo hasta la salida del pueblo y llegó el momento en que empezó a no pensar más que en poner gasolina cuando aún no había terminado de cenar en compañía de Bertha, Harriet y Rosmarie. Había averiguado que, al igual que ella, él estaba allí solo los fines de semana. De hecho, era ingeniero mecánico, acababa de finalizar sus estudios y trabajaba temporalmente en la gasolinera, que pertenecía a un amigo de su padre. Él se había enterado del nombre de ella por el propietario de la estación de servicio, donde el padre de Inga llenaba el depósito de su viejo Mercedes negro. El joven de la gasolinera era un hombre simpático, no especialmente elocuente pero muy seguro de sí mismo. Tenía buena planta, era un tanto presuntuoso pero, sobre todo, era demasiado joven, más joven aún de lo que Inga había pensado en un primer momento, y ella no tenía la menor intención de conocerle más íntimamente. El la admiraba, era obvio, pero Inga estaba acostumbrada a eso, no era motivo para que ella se interesara enseguida por un hombre. Aun así, también había averiguado su nombre, Peter Klaasen, quien, sin llegar a ser pesado, era perseverante.

Uno de los últimos días cálidos de otoño, él le preguntó si le gustaba la anguila ahumada. Como ella asintió, él dijo que debía irse enseguida porque un amigo suyo le había regalado un cubo lleno de anguilas verdes ya muertas y limpias, y quería prepararlas en su barril de ahumado.

—Un regalo interesante —dijo Inga riendo.

—Yo le reparé el motor del fueraborda. Mi amigo tiene unas cuantas nasas en el puerto. ¿No quiere venir conmigo?

—¡No!

—Venga, por favor, es un sitio muy bonito.

—Lo sé, me he criado allí.

—Entonces, hágalo por mí.

—¿Y por qué debería yo hacer eso por usted?

—Mmm... ¿Digamos que porque nada me haría tanta ilusión como eso?

Tras una pausa, Inga dijo:

—Oh. Entiendo. Muy amable. Parece que no tengo otra opción.

Su grito de alegría la hizo reír. Subió al coche de Peter y este la condujo hasta un cobertizo situado en las proximidades de la esclusa. Inga no estaba intranquila, conocía muy bien esos parajes, los pastos de su familia se encontraban justo enfrente. Y, pese a que Peter Klaasen se las daba de Casanova, Inga disfrutaba de su alegría y su entusiasmo.

El viejo barril oxidado estaba en medio del prado. Peter entró en el cobertizo y regresó con un cubo negro en el que ondulaban las anguilas de lomo también negro. Aunque muertas, aún se movían. El hurgó en los bolsillos de su chaqueta, los revolvió atropelladamente, sacudió la cabeza, lanzó una maldición y detuvo entonces la mirada en las piernas de Inga. Cuando levantó los ojos, una sonrisa a la vez pícara y tímida iluminó su semblante.

—Señora Lünschen, necesitamos sus medias.

—¿Cómo dice?

—De verdad. He olvidado traer las mías. Necesitamos medias de nailon.

—¿Usted quiere ahumar mis medias o mis piernas?

—Ni una cosa ni la otra. Necesitamos sus medias para atrapar las anguilas. Se las repondré, se lo prometo.

El sonrió con tal esperanzada expectación que Inga soltó un suspiro, se refugió detrás del coche y se quitó los pantis.

—Tenga. Pero si la cosa sigue tan aburrida como hasta ahora, regresaré a pie a la gasolinera.

Peter Klaasen le pidió permiso para meter su mano en los pantis.

Inga se inquietó pero asintió.

La mano de Peter enfundada en el panti de color carne de Inga ya no parecía pertenecer al cuerpo de Peter. Se desplazaba en el agua del cubo como un monstruo abisal, ciego y lívido y ¡hala!, ya había atrapado la primera anguila. Inga se inclinó sobre el cubo. La anguila muerta se estremeció, pero Peter la atravesó rápidamente con un gancho y la colgó de una de las varillas de ahumado cruzadas sobre el barril. Extrajo la mano del panti y, tendiéndoselo, le dijo:

—Ahora le toca a usted.

Inga deslizó la mano en la media, la sumergió en el cubo y agarró una anguila, pero se le escapó.

—Échele más decisión.

Inga obedeció y consiguió atrapar la anguila. Lanzó un grito al sacar el pescado del agua; podía sentir cómo se movía. Peter Klaasen cogió la anguila con destreza, le clavó un gancho en la mandíbula y la colgó junto a la primera. Inga se reía, jadeante. Una tras otra, le fue pasando las anguilas a Peter. Cuando todas estuvieron suspendidas de las varillas, él hizo un pequeño fuego en la base del barril; no necesitaba llamas vivas sino solamente brasa. Cubrió a continuación el barril y las varillas de las que colgaban los pescados con una tapa redonda. Después se instalaron en el coche, hablaron, rieron y bebieron café de un termo que Peter llevaba en el asiento de atrás. No tenían más que una taza y Peter se disculpó por ello. Inga dijo que no importaba, después de todo, ella no tenía más que un panti. Entonces se echaron a reír de buena gana e Inga se sintió joven y relajada, lejos de sus preocupaciones por Bertha. Cuando Peter le tendió la taza con el café, sus dedos se rozaron. Él recibió una descarga, se estremeció y el café caliente salpicó la mano de Inga. Ella apretó los labios y negó con la cabeza cuando Peter quiso examinar su mano. Más tarde, ella se marchó a Bremen con dos anguilas recién ahumadas.

**Peter** Klaasen se ofreció para instalarle a Inga un radiocasete en el coche y un viernes por la tarde llamó a la puerta de la casa, en la Geestestrasse, con la caja de herramientas bajo el brazo y la intención de empezar enseguida con el montaje, a fin de que Inga pudiese escuchar música el siguiente domingo, durante el viaje de regreso. Eran las vacaciones de Semana Santa. Mira y yo también estábamos en casa, pero mi madre había ido a la ciudad a hacer unas gestiones.

Inga se mostró consternada tras abrirle la puerta; sin embargo, superó rápidamente la turbación al ver lo desconcertado que parecía él. Se dijo que al menos le sacaba quince años a aquel joven, y eso le permitió recuperar rápida y completamente el aplomo. Lo trató con cordial condescendencia, teñida de cierta melancólica ironía.

Le rogaron que entrase y le ofrecieron té y tarta. Harriet habló con él; ella conocía muy bien a su jefe, el propietario de la estación de servicio. Rosmarie estaba sentada a la mesa, delante de ella había un jarrón con una única dalia de color amarillo pálido y rosa en la punta de los pétalos.

Rosmarie levantó la cabeza y miró a Inga y a su visitante por encima de la flor. Alzó sus finas cejas cobrizas y examinó al hombre joven de cabellos plateados de arriba abajo.

Ya desde las primeras palabras intercambiadas por su tía Inga y Peter Klaasen en la mesa, se había enderezado en la silla, silenciosa y alerta como un animal que presiente una tormenta. Mira observaba a Rosmarie por debajo de sus párpados entornados.

Harriet, que también se había dado cuenta del interés que mostraba su hija, tuvo una idea:

—Señor Klaasen, buscamos desde hace tiempo a alguien que le dé a Rosmarie clases particulares de matemáticas. ¿Estaría usted dispuesto a dedicarle un poco de su tiempo, digamos una o dos veces a la semana?

Peter Klaasen miró a Rosmarie y ella le devolvió la mirada sin decir nada.

—¿Qué te parece, Rosmarie? —le preguntó tranquilamente.

Los ojos de Rosmarie buscaron a Inga, quien, nerviosa ante la mirada de la muchacha, empezó a arreglarse el cabello. Rosmarie observó luego a Mira esbozando aquella sonrisa depredadora que se le formaba porque tenía los dientes caninos algo más largos que los incisivos.

—¿Por qué no?

—¡Bien! —exclamó exultante Harriet, que no podía creer que su hija se mostrara tan dócil—. Estupendo. Le pagaré veinte marcos la hora.

Bertha, ocupada hasta entonces con su porción de tarta, levantó la mirada del plato y dijo:

—Oh, veinte marcos. Eso es mucho dinero. ¿Se puede... verdad? Quiero decir, ¿habrá todavía?

—Di algo, por el amor de Dios.

Peter estaba evidentemente al tanto del estado de Bertha o, en cualquier caso, no parecía especialmente sorprendido. Se dirigió a mi abuela y le dijo amablemente:

—En efecto, señora Lünschen, eso es mucho dinero.

Cuando dirigió sus ojos hacia Inga, Peter se interrumpió en el acto. Inga apartó la mirada.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! Oh, Inga, ha aceptado.

Harriet estaba feliz.

—Espere, querido señor Klaasen, voy a buscar el calendario para que podamos fijar un día. Rosmarie, ¿cuándo tienes gimnasia por la tarde? Vuelvo enseguida. Un instante, por favor, ¿sí?

La voz de Harriet provenía de la cocina, hacia donde se había precipitado algo aturrida en busca del calendario. Su premura se debía sin duda al hecho de que estaba muy confusa. A fin de cuentas, uno no se encontraba todos los días con los jóvenes admiradores de su hermana mayor, y mucho menos con uno que además era guapo y sabía de matemáticas. Se oía a Harriet hablar entre dientes mientras revolvía en el cajón de la mesa de la cocina.

—Los miércoles, mamá.

Rosmarie puso los ojos en blanco.

Harriet regresó a la sala blandiendo una agenda de bolsillo y se dejó caer en la silla.

—Pues bien, hija mía, tienes gimnasia los miércoles, para que lo sepas.

Rosmarie lanzó un profundo suspiro y sacudió la cabeza con resignación.

—Veamos, ¿cómo tenemos los otros días de la semana?

Harriet sostenía la agenda con el brazo extendido y entrecerraba los ojos.

—Oh. No hay suficiente luz aquí. No se ve nada.

Peter Klaasen dirigió una fugaz mirada a la mesa del comedor, avanzó un paso, cogió el florero con la dalia y lo empujó junto a la agenda de Harriet. Luego retrocedió un paso. La flor amarilla y rosa se elevaba ahora como una lámpara de lectura pasada de moda sobre la agenda de Harriet.

Harriet clavó su mirada perpleja en la flor y soltó una sonora carcajada. Sus ojos brillaban mientras se posaban sobre Peter Klaasen, luego sobre su hermana y otra vez sobre Peter Klaasen. Bertha se rió también y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Inga sintió que se le encogía el corazón. Apenas si podía mirar en ese instante al hombre al que tanto amaba. Eso le hizo sentir miedo.

Incluso Mira sonrió bajo su flequillo negro.

Los ojos claros de Rosmarie parecían volverse cada vez más claros.

No pude evitar reírme yo también. Contemplé los rostros de las demás; en aquel preciso instante, nos habíamos rendido todas a los encantos del hombre de cabello plateado.

—¿Y qué tal los viernes? —preguntó cortésmente.

Harriet le dedicó una cálida sonrisa. Cerró la agenda y corroboró:

—Los viernes entonces.

—Estupendo —dijo Inga poniéndose en pie.

Peter se levantó también. Rosmarie permaneció sentada y los observó



con expectación. Mira miró primero a Inga y a Peter y después a Rosmarie, luego se sirvió más café frunciendo el ceño.

Bertha se había sacado un zapato y me lo mostró al tiempo que susurraba:

—Esto no es mío.

—Sí, abuela, por supuesto que es tu zapato; pónelo enseguida, o tendrás frío.

—Es muy bonito.

—Sí, Harriet te compró esos zapatos.

—Pero no es mío. ¿Es tuyo?

—No, abuela, ese zapato es tuyo, vuelve a ponértelo.

—Harriet, mira, aquí, ¿qué hago con esto?

Bertha sostenía torpemente el zapato en el aire.

—Sí, mami. Espera, que te ayudo.

Harriet se metió debajo de la mesa y volvió a ponerle el zapato a Bertha.

—Qué bien, Rosmarie, ¡comenzáis la próxima semana!

La voz de Harriet venía de debajo de la mesa y se oía algo forzada.

Mira dejó su taza de café, abrió la boca y dijo:

—Me apunto.

Rosmarie la miró; sus ojos parecían aún más diáfanos.

—¿Por qué no? —dijo Harriet poniéndose en pie—. De ese modo podremos repartir el coste de las clases. ¿Y tú, Iris? ¿No quieres apuntarte también?

—No. Ahora estoy de vacaciones. Y voy dos clases por debajo. Además, mi padre me da clases de mates gratis, y más clases de las que me gustaría.

Entorné los ojos y simulé unas arcadas.

—¿Por qué no están aquí mis...?

Era la voz desolada de Bertha, que volvía a tener un zapato en la mano, solo que esta vez era el del otro pie.

—¿Por qué? Oh, por favor, por favor, Harriet. ¿Por qué esto ya no es así? Quiero decir, ¿volverá otra vez a serlo? No lo creo, ¿o sí?

**Rosmarie** y Mira empezaron a recibir clases de recuperación de matemáticas los viernes por la tarde. Tras las clases, Peter Klaasen se dirigía con su Citroen a la gasolinera.

Durante algún tiempo todo fue bien. Peter disfrutaba con las clases, Rosmarie y Mira no eran ni de lejos tan caprichosas como él había temido.

Cuando en el primer examen de matemáticas tras las vacaciones, Rosmarie obtuvo mejores notas que las habituales, él se alegró casi más que Harriet. A eso se sumaba el hecho de que Peter también podía intercambiar con frecuencia algunas frases con Inga, que llegaba de Bremen justo antes de acabar la clase. Esos breves intercambios eran muy importantes para él. Peter se había enamorado de Inga. No solo se había enamorado, sino que quería casarse, tener hijos y pasar el resto de su vida junto a ella. Le había enviado una carta en la que todo constaba por escrito. Nosotras lo supimos por Rosmarie, que había leído la carta a escondidas aunque no quiso revelarnos cómo había llegado a conseguirla.

Inga se negaba a reflexionar sobre sus sentimientos. Se encontraba a sí misma demasiado vieja o a él demasiado joven, en función del humor del momento. Rosmarie empezó a gandulear por la gasolinera los fines de semana. Charlaba con Peter. A él le parecía bien, porque si hablaba con la sobrina de Inga se sentía un poco más cerca de su amada. A Rosmarie le iba cada vez mejor en matemáticas. Cuando Peter le explicaba alguna cosa, ella lo miraba sin parpadear siquiera; tanto, que él tenía la impresión de que no lo escuchaba. Sin embargo, ella siempre lo sorprendía con la claridad de sus respuestas. Con Mira sucedía exactamente lo contrario; parecía muy concentrada, miraba su cuaderno o fruncía la frente, pero no se enteraba absolutamente de nada. Empezó a sacar malas notas en matemáticas, algo que no había ocurrido antes de las clases de recuperación. Aun así, insistió en continuar.

Rosmarie quería a Peter. Lo quería para ella. Le dijo que estaba enamorada de él. Se lo dijo cara a cara y en presencia de Mira durante una clase. Peter la miró estupefacto. Rosmarie era una muchacha bonita, alta y esbelta, con largos cabellos rojos. Sus ojos, muy separados, eran de un irisado azul glaciar que apenas se distinguía del blanco azulado del ojo y que realizaban la fuerza de sus pupilas. Cuando me enfadaba con ella me parecía un reptil y, cuando nos llevábamos bien, me hacía evocar una plateada criatura escapada de algún cuento de hadas. Pese a todo, fueran cuales fuesen las circunstancias, nosotras, Mira y yo, la encontrábamos fascinante.

Peter estaba desconcertado. La clase se terminó más temprano que de costumbre. Inga no había llegado aún pero, como él no quería dejarla escapar precisamente ese día, decidió quedarse un rato a esperarla. No se dirigió a su coche, sino que fue paseando por detrás de la casa hacia el huerto de frutales. Era mayo, los manzanos ya habían perdido las flores y los frutos aún no eran visibles. El corazón de Peter se aceleró al ver de lejos a

Rosmarie, que iba a su encuentro.

**Yo** no estaba de vacaciones, y por eso solo sabía que Inga había llamado a casa llorando para hablar con mi madre. Entre sollozos le contó que, desde el patio, había visto a Rosmarie y a Peter besándose en el huerto y que, acto seguido, había dado media vuelta y había regresado a Bremen. No estábamos seguras de si Rosmarie sabía que Inga había llegado y los observaba pero suponíamos que lo sabía perfectamente. Tenía que haber oído el coche de Inga entrar y detenerse en el patio, bajo los tilos; el motor del escarabajo no era precisamente silencioso. Tampoco sabíamos si en aquel momento Rosmarie sabía que Mira también había sido testigo del beso. En cualquier caso, si no lo hubiese sabido entonces, se habría enterado después, ya que yo me había enterado por mi madre y mi madre, por su hermana Harriet, que había visto a Mira justo después de que los viera besarse: Harriet se encontraba en la cocina cuando Mira había entrado a buscar limonada para ella y para Rosmarie y luego salió por el cobertizo con los dos vasos llenos. Al abrir la puerta que daba al huerto de frutales, Rosmarie había pasado a pocos metros de ella, con la mirada fija en Peter. Rosmarie debió de verla por el rabillo del ojo al pasar pero no le hizo caso. La blancura de la frente de Mira relucía bajo su flequillo negro y Harriet, que la observaba desde la cocina, se sorprendió de verla tan pálida. De regreso en la cocina, Mira susurró, más hablando consigo misma que con Harriet, que Rosmarie había pasado muy cerca de ella como una sonámbula pero que ella —Mira— no se había atrevido a llamarla, y que justo cuando iba a hacerlo, Rosmarie ya se había abrazado al empleado de cabello plateado de la gasolinera. Mira tenía perlas de sudor sobre el labio superior y sus ojos parecían más grandes que de costumbre. Esto es lo que le contó Harriet a su hermana Christa, que la había llamado tras la llamada de Inga. Al menos esa fue una parte de la historia; del resto me fui enterando con el tiempo.

**Pero** ¿por qué diablos —me preguntó Christa perpleja tras su conversación con Harriet—, sabiendo que Inga la observaba, Rosmarie besó a ese hombre?

Cuando, por toda respuesta, yo miré en silencio a mi madre, las dos arrugas transversales sobre el puente de su nariz se hicieron más profundas. Me miró fríamente y añadió:

—Ah, ¿tú crees? Pues yo pienso que dejas volar demasiado tu imaginación.

Entonces se mordió el labio y se alejó.

Inga había dicho también por teléfono que amaba a Peter, que la diferencia de edad le daba igual pero que, por desgracia, no se había dado cuenta hasta el momento en que lo había visto besar a su sobrina, y que se preguntaba si después de aquello sería capaz de volver a mirarlo a los ojos. Le contó que Harriet estaba afligida pero que se sentía impotente, que de momento no podía hablar con ella. Christa trató de tranquilizar a su hermana y le aconsejó hablar con Peter. Inga dijo que necesitaba tiempo para reflexionar, que pasaría la semana en Bremen y después hablaría con Peter. A mi madre le pareció razonable su actuación y la conversación telefónica se acabó enseguida.

**En** los siguientes días pasarían aún muchas cosas y, al cabo de aquella semana, todo había terminado entre Inga y Peter Klaasen, que había aceptado un empleo en algún lugar de la cuenca del Ruhr.

## **Capítulo 11**

**En** la terraza, pese a la sombra, empezaba a hacer calor. El sol estaba alto ya. Regresé a casa para beber un vaso de agua. Entré en el despacho de Hinnerk, me senté en su escritorio y saqué de la cajonera inferior izquierda una hoja de papel de mecanografía que se almacenaba en altas pilas. Luego cogí del cajón uno de los lápices perfectamente afilados y escribí una invitación para Max: «Esta noche, poco antes de la puesta del sol, pequeña recepción. Ropa de gala». Había añadido el último punto porque no quería ser la única en andar por ahí disfrazada.

Deslicé la nota en un sobre blanco, en el que escribí Max Ohmstedt, lo metí en el bolso y salí. Una bofetada de calor me golpeó en la cara. Eché la carta en el buzón de Max. Había más correspondencia dentro, por tanto no lo había vaciado aún y seguramente leería mi invitación a tiempo. ¿Y si ya tenía algún plan? Bueno, en ese caso se disculparía. Después de todo, yo no tenía intención de preparar un banquete.

Seguí pedaleando hasta el Edeka, compré vino tinto y, por una cuestión sentimental, un paquete de After Eight. Nadie de allí pareció sorprenderse por mi vestido de baile blanco. Metí todo en el bolso y regresé a casa, comí algo de lo que había en el frigorífico y me puse a planear la velada.

¿Dónde nos sentaríamos? ¿Bajo el rosal trepador de la entrada? No era lo bastante festivo y, además, se veía desde la calle. ¿Bajo el sauce de la terraza? En vista de lo que quería hablar con él, el antiguo jardín de invierno no era el lugar apropiado. ¿En el bosquecillo? Demasiado oscuro, demasiadas ramas punzantes. ¿En el gallinero? Demasiado estrecho y, además, recién pintado. ¿En el huerto de frutales? ¿Sobre el césped delante de la casa? ¿O tal vez en la casa?

Me decidí por los manzanos de la parte trasera. La hierba estaba demasiado alta, pero allí estaban todos aquellos viejos muebles de jardín sobre los que se podían apoyar las cosas. Además, detrás de los árboles frutales se extendían los grandes pastos. Fui al cobertizo para buscar la guadaña de Hinnerk. ¿Por qué no habría de saber hacerlo yo también? Traté de recordar la manera en que mi abuelo sostenía la guadaña y avanzaba a paso lento y tranquilo por el prado mientras las altas hierbas se inclinaban a su paso. Lo que parecía tan fácil resultó, sin embargo, muy penoso, y el calor no facilitó nada las cosas. Corté con decisión un cuadrado irregular junto al gran manzano Boskoop, donde en tiempos se encontraba el escondite de Bertha y Anna. El sitio no tenía la apariencia de un rincón encantador, preparado por alguien para hacer un *picnic* sobre la hierba, sino más bien la de un campo de batalla. De hecho, lo había sido y la guadaña había ganado. Volví a colgar la desafilada herramienta en su sitio. Lo único que me sacaría del apuro serían un par de buenas mantas. Subí al primer piso, revolví los baúles y encontré una gran alfombra de *patchwork*, varias mantas de lana recia y una cortina de brocado marrón dorado. Como si se tratase de animales muertos en una partida de caza, arrastré mi botín escaleras abajo y atravesé el cobertizo en dirección al prado. Esos baúles con ajuares de novia eran un verdadero tesoro. Volví a subir y escogí un mantel blanco de encaje de bordado inglés. Al bajar las escaleras, mi mirada recayó en las estanterías. Los lomos de los libros me contemplaban. Me detuve. No, evidentemente no había ningún sistema, las cosas sucedían, simplemente, sin orden ni concierto, y a veces encajaban.

Aferrando el mantel, me puse de nuevo en marcha, pillé algunos cojines de terciopelo verde oscuro con borlas doradas al pasar por la sala de estar y salí con mis trofeos. El mantel ondeaba al viento sobre la mesa plegable cuadrada, corroída por la herrumbre. Aparté con el rastrillo la hierba recién segada y extendí la alfombra. Puse encima las mantas de lana y, por último, la cortina de brocado. Dejé caer entonces los cojines de terciopelo y me tumbé encantada sobre ese magnífico lecho bajo el manzano con la

mirada puesta en su follaje, pero no lograba ver nada a contraluz. Me protegí los ojos con una mano a modo de visera.

**Cuando** desperté, el sol estaba ya próximo al ocaso. Aturdida, me abrí paso entre los cojines. No recordaba haber dormido tanto en toda mi vida, pero tampoco recordaba haber blandido en toda mi vida una guadaña. Subí las escaleras tambaleándome y en su crujido creí adivinar un deje de fraternal resignación.

Me lavé de pies a cabeza en el lavabo, me recogí los cabellos en un moño y me deslicé en el vestido de tul azul noche que había pertenecido a Inga. Las faldas del vestido se componían de innumerables velos finos, que eran como panales de miel y estaban adornados con una orla azul. Cuantas más capas se superponían, tanto más borroso resultaba lo que se escondía debajo. Cuando jugaba con Rosmarie y Mira, ese vestido era siempre mío.

**Pensé** en cómo habíamos conocido a Mira. Max también estaba allí ese día. Rosmarie y yo jugábamos delante de la casa con una pelota. El juego consistía en lanzarla contra el muro y batir palmas; primero, una vez, después, dos veces, después, tres veces, y así sucesivamente antes de que tocara el suelo. Perdía quien dejaba caer la pelota o se olvidaba de dar una palmada. También jugábamos con la variante del giro completo y de los trabalenguas o cualquier otra cosa que se nos ocurriese. De pronto vimos a esa chica de pelo negro y a su hermano pequeño plantados en medio de la entrada. Rosmarie la conocía y sabía dónde vivía. Iban a la misma escuela pero la chica estaba en un curso superior. El hermano era, sin lugar a dudas, menor, mucho menor que yo, al menos un año; saltaba a la vista. Con rostro impasible, la chica recogía pequeñas piedras del suelo y se las arrojaba a Rosmarie. Yo me regocijaba imaginando la reacción de mi irascible prima pero, para gran decepción mía, no hizo nada. Parecía incluso sentirse halagada y dejaba ver los huecos entre sus dientes; aún conservaba sus caninos puntiagudos, pero le faltaban todos los incisivos superiores. Eso le daba un aire más salvaje y también algo cruel. Agarré una piedra y se la arrojé a la chica. Pero el disparo hizo blanco en su pequeño hermano, que empezó a berrear. Así fue como les permitimos participar en nuestro juego.

Yo me preguntaba de qué se acordaría Max. El debía de tener seis años en aquella época, su hermana nueve, yo siete y Rosmarie ocho. Ahora teníamos veinte años más. Excepto Rosmarie, naturalmente. Ella estaría siempre a punto de cumplir dieciséis años. Recogí mis faldas de tul y bajé

para sacar dos copas de cristal de la vitrina de la sala. En el instante en que volvía a pensar en lo que haría si Max no aparecía —tal vez después del trabajo había salido con los amigos o había ido al cine—, oí que llamaban a la puerta de entrada. Las copas tintinearón entre mis manos. Corrí hacia la puerta y abrí. Max estaba allí, con un ramo de margaritas en la mano. Llevaba una camisa blanca y téjanos negros y sonreía con timidez.

—Gracias por la invitación.

—Entra.

—Tienes un... quiero decir que estás...

—Muchas gracias. Vamos, entra y ayúdame.

—¿Pero qué clase de invitación es esta? Todo lo tiene que hacer uno mismo...

Se le veía muy contento cuando me siguió a la cocina. Yo me ocupé de las flores. Le puse el florero lleno en una mano y las botellas de vino en la otra. En la canasta que estaba sobre el armario de la cocina metí platos, cuchillos, queso, pan, zanahorias, melón, chocolate, After Eight y dos grandes servilletas de lino. Así cargados, y pasando por el cobertizo, llegamos al huerto de frutales.

—Eh, ¿qué es todo eso?

Se refería evidentemente a las mantas que había debajo del árbol.

—He tenido que montarlo así. Aquí está el único trozo de terreno por el que he pasado la guadaña, y he dormido ahí de maravilla.

—Ah. Entonces has estado tumbada ahí encima sacudiendo la pereza de tu cuerpo pecaminoso.

—Demasiado descarado para alguien que, aterrorizado ante el espectáculo de mi cuerpo pecaminoso, echa a correr y se zambulle en las aguas negras del lago.

—*Touché*. Me has ganado. Iris, yo...

—Calla y sirve el vino.

—A la orden, *madame*.

Bebimos unos sorbos de pie, y luego nos sentamos bajo el manzano.

—Sí que es algo frugal todo esto, pero no estás aquí para comer.

—¿No? ¿Para qué entonces?

—¿Quieres dejarlo ya?

—Vale. Te escucho.

—Para hablar de la casa. ¿Qué sucede si no acepto la herencia?

—Será mejor que hablemos de eso en mi despacho.

—Pero, en teoría, ¿qué sucedería?

—Que la heredaría tu madre y más adelante sería otra vez tuya. ¿Es posible que no quieras la casa? Creo, francamente, que Bertha tuvo una idea genial al legártela.

—Adoro la casa, pero es una herencia muy pesada.

—Puedo entender a qué te refieres.

—¿Sabe tu hermana que estoy aquí?

—Sí. Se lo he dicho por teléfono.

—¿Y qué te dijo?

—Poca cosa. Quería saber si habíamos hablado de Rosmarie.

—No, no hablamos de eso.

—No.

—¿Quieres que lo hagamos ahora?

—Yo no me enteré más que de parte de la historia; era más joven que vosotras y además, chico. Quizá recuerdes lo que pasaba entonces en casa. Me refiero a lo de mi madre. Tras la muerte de Rosmarie, Mira no era la misma. No hablaba con nadie, ni con mis padres; sobre todo, no hablaba con mis padres.

—¿Y contigo?

—Sí, conmigo sí. Al menos de vez en cuando.

—¿Es por eso que te quedaste aquí? ¿Para hacer de megáfono entre tus padres y tu hermana?

—¡Qué tontería!

—No era más que una pregunta.

—Entiéndelo, Iris, tú no tienes el monopolio del amor a nuestro lago y a los bosques de abedules, a la esclusa y a las nubes sobre los pastos empapados de lluvia. Sí, métetelo en la cabeza.

—¡Pero si eres un romántico!

—Y tú. En todo caso, volvamos a lo que quería decir. Volvamos a Mira. Tras la muerte de tu prima Rosmarie, dejó de flipar, de tomar drogas y de autodestruirse. Se pasaba todo el día en su habitación, estudiando para los exámenes finales. Pasó la prueba de selectividad de matemáticas con las mejores notas de la escuela y estudió Derecho en un tiempo récord. Se doctoró.

—¿Y cuál fue el tema de la tesis? ¿El artículo 218<sup>2</sup>?

Se me había escapado. Los ojos de Max se estrecharon. Me observó con una mirada penetrante.

—No. Derecho urbanístico.

Se produjo una pausa desagradable. Max se pasó la mano por la cara.



Luego dijo, como quien no quiere la cosa:

—Traigo un breve artículo que habla de ella. Más bien una nota acerca de su reciente incorporación a un bufete berlinés en calidad de socia. Salió hace dos semanas en una revista de Derecho. ¿Quieres verlo?

Asentí en silencio.

Con lentitud, Max sacó del bolsillo trasero de su pantalón dos páginas plegadas en cuatro. Entonces sí que había previsto hablarme de su hermana. ¿Qué otros planes tendría para esa noche?

—También..., bueno, también hay una foto.

—¿Una foto de Mira? ¡Déjame ver!

Desplegué las páginas. Y entonces vi la foto.

Todo se puso a girar lentamente. El rostro que había en aquella página se acercaba y luego volvía a alejarse. Empecé a sudar. Un horrible martilleo resonó en mis oídos, un desagradable ruido metálico. Todo menos caer desmayada; las caídas se habían acabado. Me sobrepuse.

Aquel rostro sobre el papel. El rostro de Mira. Yo esperaba encontrarme con un extravagante corte de pelo, una especie de casco negro y brillante, un traje chic, si no negro, pues gris, o de un excéntrico violeta oscuro, sexy y sofisticada, la misma diva del cine mudo de siempre.

Lo que yo tenía en la mano, sin embargo, era la foto de una hermosa mujer de larga melena y cejas cobrizas, que llevaba un vestido de satén amarillo vainilla, que relucía casi tanto como el oro. Sus ojos, sin el grueso trazo negro que delineaba antaño sus párpados, ya no eran los mismos. Sus pestañas tenían una negra máscara de rímel. Me miraba fijamente, con una sonrisa indolente dibujada en sus labios pintados de rojo oscuro.

Desconcertada, aparté la fotografía y miré a Max con hostilidad.

—¿Qué... qué es esto? ¿Está enferma o es que tiene un macabro sentido del humor?

—Se ha dejado el pelo largo y se lo ha teñido de rojo. Que yo sepa, lo hace mucha gente.

Max me observó. Su mirada me pareció un poco fría. Aún no me había perdonado lo del artículo 218.

—¡Pero Max! ¡Fíjate bien!

—Ya sé qué aspecto tiene, el cambio de pelo no es muy reciente. El pelo no crece de un día para otro, ¿no crees? Mira dejó de teñírselo de negro inmediatamente después de lo de Rosmarie. Entonces se lo dejó crecer, el rojo vino más tarde.

—¿Pero es que no ves que...?

—¿Que se parece a Rosmarie? Sí. Pero no me había dado cuenta antes de ver esta foto. Tal vez sea también por el vestido dorado. Ni idea de lo que significa todo esto, pero dime, ¿por qué te afecta tanto?

No lo sabía con exactitud. Al fin y al cabo, todas habíamos tenido que superar el trauma de la desaparición de Rosmarie. Harriet había entrado en una secta y Mira se disfrazaba. Tal vez la actitud de Mira fuera más honesta que la mía. Me encogí de hombros y evité la mirada de Max. El vino despedía reflejos oscuros en las grandes copas. Tenía el mismo color rojo que el pintalabios de Mira. No quería seguir bebiendo. Me atontaba. Y me volvía olvidadiza.

La madre de Mira y de Max, la señora Ohmstedt, era alcohólica. Cuando sus hijos regresaban de la escuela y llamaban a la puerta, el tiempo que ella tardaba en abrirla les permitía hacerse una idea de su nivel de embriaguez. «Cuanto más tarda, más bebida está», nos explicó un día Mira con voz inexpresiva. Pasaba el menor tiempo posible en su casa. La víspera del examen oral de selectividad se emperifolló con su habitual ropa negra, tan horrible a ojos de sus padres, se mudó a casa de una amiga y poco después se instaló en Berlín.

Con Max la cosa era distinta. Como Mira era tan difícil, él tenía que ser encantador. Recogía las botellas vacías y cubría a su madre con una manta cuando ya no era capaz de levantarse del sofá para irse a la cama.

El señor Ohmstedt estaba poco en casa; construía puentes y presas y pasaba la mayor parte del tiempo en Turquía, Grecia o España. Antes, su mujer lo acompañaba en aquellos viajes. Habían vivido más de tres años en Estambul. La señora Ohmstedt adoraba todo aquello: los bazares, las fiestas y recepciones de la embajada, las otras mujeres alemanas, el clima, la casa grande y bonita. Cuando se quedó embarazada de Max, decidieron volver. Después de todo, nunca habían pensado en emigrar y querían, además, que sus hijos crecieran en Alemania. Pero no sabían que era mucho más fácil partir que regresar.

El señor Ohmstedt tenía su trabajo y debía continuar viajando, pero Heide Ohmstedt languidecía en Bootshaven. No se habían instalado en la ciudad por los niños. Ella añoraba la tupida red de alemanes en el extranjero. Aquí, en Bootshaven, todos se quedaban en sus casas y nadie se interesaba por ella. A la indiferencia la llamaban discreción y se sentían orgullosos de ello. A la descortesía le decían franqueza, honestidad o rectitud y también les hacía sentirse orgullosos. La señora Ohmstedt tenía fama de exaltada,

pesada, exagerada y superficial. Decía cosas tales como: «Los de aquí me importan un comino, son blancos por fuera y negros por dentro». Y pensaba que todo era un pretexto para seguir cómodamente encerrados en sus casas. La señora Ohmstedt no tardó en sentirse muy sola. Pero le daba todo igual y tanto más aún cuanto más bebía.

El señor Ohmstedt estaba desesperado. Y se sentía impotente; pero sobre todas las cosas, estaba ausente.

El día en que Max regresó de la escuela y encontró a su madre tendida en la terraza en camisón a siete grados bajo cero, se la llevaron al hospital en ambulancia con luz roja y sirena. Poco había faltado para que muriera congelada. Al cabo de su estancia en el hospital, la internaron en una clínica para someterse a una cura de desintoxicación durante cuatro semanas. Max tenía entonces dieciséis años y Mira ya vivía en Berlín. El muro no había caído todavía y pensar en Berlín era pensar en un lugar remoto.

La señora Ohmstedt lo superó y empezó a trabajar mucho para la parroquia, no porque hubiese encontrado de pronto a Jesús, sino porque la red de la comunidad parroquial le recordaba el espíritu de solidaridad que unía a los alemanes de Estambul. Había que organizar y asistir a eventos, excursiones y conferencias; había círculos de mujeres, fiestas de veteranos y paseos programados. Ella procuraba estar lo menos posible en su casa.

**Ahora** era Max quien vivía solo en esa casa e iba al cementerio a empinar el codo. Y ya no estaba con nadie. En realidad, no parecía tan destrozado, pensé mientras escudriñaba su rostro en busca de huellas. Max me estaba observando y entrecerró los ojos.

—¿Y? —preguntó—. ¿Ves algo interesante?

Sentí vergüenza.

—¿A qué te refieres?

—Venga, que veo cómo me miras buscando indicios para catalogarme como alcohólico anónimo.

Esta vez sí sentí que me ponía colorada.

—Estás chiflado.

—Bueno, eso es lo que yo haría en tu lugar.

Se encogió de hombros y bebió un sorbo. Pregunté con cautela:

—¿Y por qué deberías necesitar beber?

—¿Qué es lo que quieres oír? ¿Debo decir: «para olvidar»? ¿Mmm?

Me mordí el labio y aparté la mirada. De pronto quería que se fuera a su casa. Mañana a primera hora renunciaría a la herencia y yo también

volvería a mi casa. Ya no necesitaba todo aquello. Tampoco quería seguir hablando. Tenía que marcharse.

Max se volvió a pasar la mano por el rostro.

—Lo siento, Iris. Tienes razón, estoy chiflado. No quería hacerte daño, a ti menos que a nadie. Yo estaba aquí muy tranquilo, ¿sabes? Quiero decir, con mi vida. Tenía todo lo que quería. Mi vida no era excitante, pero yo no quería una vida excitante. Quería una vida tranquila, sin sorpresas. Me las arreglo bien. No hago daño a nadie, nadie me hace daño a mí; no soy responsable de nadie, nadie lo es de mí; no le rompo el corazón a nadie, nadie me lo rompe a mí... Y entonces, vuelves a aparecer tú al cabo de no sé cuántos años y emerges por todas partes —y debes entender emerger en el sentido literal— y eso me produce un miedo enorme. De verdad, ¡hasta empiezo a ilusionarme con tus apariciones! Aunque sé que volverás a marcharte en un par de días, quizá para siempre. Ya no puedo dormir, ni siquiera ir al lago sin riesgo de caerme de la bici a causa de arritmia cardíaca aguda. Y, maldita sea, ¡de noche pinto gallineros! Así que te pregunto: ¿te parece que puede empeorar?

No pude evitar reírme, pero Max sacudió la cabeza.

—No. No-no-no-no. No lo hagas, te lo ruego. ¿Qué es lo que pretendes en realidad?

El sol casi había desaparecido. Desde el sitio donde estábamos sentados podíamos ver los tilos a la entrada del patio. Un tenue resplandor verde dorado temblaba aún en su follaje.

**Cuando** Mira, que en ese momento estaba en el patio, vio que Inga veía a Rosmarie besar a Peter Klaasen en la boca, derramó toda la limonada. Apoyó los dos vasos —el suyo y el de Rosmarie— a su lado sobre la hierba y clavó los dientes de su pequeña boca roja en el dorso de la mano derecha hasta que salió sangre. Los ojos de Rosmarie brillaban con reflejos plateados mientras me lo contaba.

Al día siguiente, Mira se dirigió a la gasolinera y esperó hasta que Peter Klaasen salió del trabajo. El la había visto hacía rato y no quería hablar con ella. Le remordía la conciencia y no se atrevía a hablar con Inga por miedo a perderla definitivamente. Rosmarie solo lo había cogido por sorpresa. El no quería nada de ella, él quería a Inga.

Mira estaba apoyada en su coche en el momento en que él se disponía a regresar a su casa. Ella le pidió que la llevara un trecho, sabía algo que podía interesarle, tenía que ver con Inga. ¿Qué otra cosa podía hacer que

abrirle la puerta del copiloto? «Vamos a tu casa», decidió Mira, y él asintió en silencio. Una vez allí, la hizo pasar al salón. Mira se sentó en el sofá y le dijo lo que él ya sabía: Inga había visto cómo él se besaba con Rosmarie y no quería volver a verle en la casa, ni para dar las clases de recuperación ni por ningún otro motivo. Inga había dicho además que no creía que pudiese existir alguien más despreciable a sus ojos que aquel que había seducido a su sobrina menor de edad. Peter se desmoronó. Apoyó la cabeza sobre la mesa y lloró. Mira no dijo nada. Lo miró con esos ojos que parecían estar mal colocados en su rostro y pensó en Rosmarie. Pensó en que Rosmarie había besado a aquel hombre. Se desabrochó entonces el vestido negro. Peter Klaasen la miró sin verla. Mira llevaba un sujetador negro y su piel era muy blanca. Desabotonó la camisa de Peter, pero él apenas se dio cuenta. Cuando Mira le puso la mano sobre el hombro, él pensó en Inga y en que esa extraña muchacha negra y blanca que estaba ante él era el último lazo que aún le unía a ella. Mira clavó la mirada en su boca, esa boca que había rozado la boca de Rosmarie. Peter Klaasen se dio cuenta demasiado tarde de que Mira todavía era virgen, aunque tal vez no había querido saberlo antes. La llevó a casa. Mira estaba pálida y no decía palabra. Cuando Peter Klaasen regresó a su habitación, su mirada se detuvo en la carta con la oferta de empleo en los alrededores de Wuppertal. Al recibirla unos días antes por correo ni siquiera la había tomado en consideración. Pero ahora ya nada era como antes. Esa misma noche respondió aceptando la oferta. Una semana más tarde se trasladó a Wuppertal. Nunca más cruzó palabra alguna con Inga.

**Mira** se quedó embarazada. De aquella primera vez. A pesar de que odiaba a Peter Klaasen. De todos modos, él se había marchado hacía tiempo. Ella se lo contó a Rosmarie cuando ambas estaban en la cocina bebiendo zumo de manzana. Todo estaba como siempre, el zumo de manzana, el mantel de hule rojo..., pero, al mismo tiempo, nada era como antes.

—Lo has hecho por mí, ¿no es cierto? —preguntó Rosmarie.

Mira permaneció en silencio y negó con la cabeza.

—Deja que te lo quiten, Mira —dijo Rosmarie—. Debes hacerlo.

Mira sacudió la cabeza y miró a Rosmarie. En sus ojos podía verse el blanco entre el párpado inferior y el iris marrón.

—Mira. Debes hacerlo. ¡Debes hacerlo!

Rosmarie se inclinó sobre la mesa y besó a Mira bruscamente en la boca. El beso duró mucho tiempo. Las dos jadeaban cuando Rosmarie volvió a sentarse. Mira seguía sin decir nada, su semblante estaba muy pálido y

había dejado de sacudir la cabeza. Miró fijamente a Rosmarie. Rosmarie sostuvo su mirada, abrió la boca para decir algo pero entonces echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

**Rosmarie** se reía también la noche en que me lo contó. Estábamos en agosto, mis vacaciones llegaban a su fin. Aunque ya eran las diez de la noche pasadas, no había oscurecido aún del todo cuando ella subió las escaleras. Nos sentamos sobre el amplio alféizar de nuestra habitación, que había sido la habitación de su madre. Harriet había decidido usar como dormitorio el segundo comedor, justo al lado de la puerta de entrada, porque así podría oír mejor a Bertha cuando se levantara en mitad de la noche y empezara a deambular por la casa. Su despacho se encontraba al lado.

—¿Cuándo hablasteis del tema? ¿Acabáis de hacerlo? —le pregunté a Rosmarie.

—No, hace ya unos días.

—¿Y ahora? ¿Has estado con Mira?

Rosmarie asintió en silencio y desvió la mirada. Yo tenía frío y no sabía qué decir. Mi mente estaba en blanco. Tal vez esperaba que Rosmarie me hubiera mentado para vengarse del enfrentamiento que habíamos tenido ese día en el jardín mientras las tres jugábamos al «zámpatelo o muere». A fin de cuentas, yo tampoco le había perdonado la bofetada pero, en el fondo, sabía que ella había dicho la verdad. Habría querido ir corriendo a ver a mi madre y contárselo todo, pero eso no era posible. Ya no. Poco después, bajamos para dar las buenas noches a todos. Inga también estaba en casa. Las tres hermanas y su madre estaban sentadas en el salón. Inga y Rosmarie casi no se hablaban desde la historia con Peter Klaasen. Esa noche, sin embargo, Inga se levantó y se puso delante de su sobrina que ya era tan alta como ella. Inga alzó ambos brazos y rozó con un ágil movimiento de manos, desde la coronilla hacia abajo, la larga melena y los brazos de Rosmarie. El chisporroteo eléctrico se pudo oír en toda la sala. Rosmarie no se movió. Inga sonrió.

—Ya está. Y ahora, chiquilla, que duermas bien.

Subimos en silencio. Esa noche no nos contamos historias sobre el padre de Rosmarie. Yo le di la espalda a mi prima y traté de dormir mientras me proponía contárselo todo a mi madre al día siguiente. El sueño tardó en llegar, pero finalmente lo hizo.

Soñé que Rosmarie estaba detrás de mí y me susurraba algo; entonces me desperté. Rosmarie estaba arrodillada sobre la cama, detrás de mí, y me

decía en susurros:

—Iris, ¿estás despierta? Iris, despierta. ¿Estás despierta, Iris? Iris... Vamos, despierta de una vez. Vamos. Iris. Te lo ruego.

Yo no tenía la menor intención de despertarme. Rosmarie debía de estar chalada. Primero me pegaba en el jardín y luego hacía todas esas cosas con Peter Klaasen y con Mira. Y Mira las hacía con Peter Klaasen. Y yo no quería saber nada de todo aquello. Quería que me dejaran en paz.

El murmullo de Rosmarie se fue haciendo cada vez más apremiante, era casi una súplica. Dejé que siguiera rogándome. Yo disfrutaba, por una vez, siendo la más fuerte pese a que no hacía otra cosa que fingir que dormía. Que se fuera a ver a Mira. O al genio de las matemáticas de cabellos plateados que transformaba los floreros en lámparas. En todo caso, yo no estaba a su disposición.

Aunque estaba acostada dándole la espalda, podía percibir la tensión de Rosmarie. Tenía la sensación de que mi cuerpo estaba ensartado en espinas que me atravesaban la piel desde dentro. No podría quedarme mucho tiempo más allí echada sin moverme. Intuí que Rosmarie estaba a punto de sacudirme. Su mano no tardaría en asir mi hombro. Entonces seguro que yo no sería capaz de ahogar un grito. De pronto percibí su aliento sobre mis párpados cerrados; se había inclinado sobre mí. Reuní todas mis fuerzas para no guiñarle un ojo. Sentí que una risa nerviosa me subía hasta la garganta y en el momento en que iba a abrir la boca y dejarla explotar me di cuenta por los movimientos del colchón que Rosmarie se había vuelto de espaldas y bajaba de la cama. La oí moverse por la habitación. La larga cremallera de un vestido —era el vestido violeta de mangas transparentes, como pude comprobar más tarde— emitió un aullido cuando Rosmarie la subió enérgicamente de un tirón. ¿Querría marcharse? Estupendo, que se fuera a casa de Mira. Quizá habían quedado para tejer pequeños gorritos negros y pequeñas chaquetitas negras. Para bebés de cabellos plateados.

Oí a Rosmarie deslizarse escaleras abajo. Pensé que el crujido de los peldaños despertaría a la casa entera y que todos la estarían esperando antes incluso de que alcanzara a poner un pie en el vestíbulo. Pero no pasó nada. Oí entonces el ruido de la puerta de la cocina; por tanto, saldría de la casa por el lateral. Era muy lista, porque lo más seguro es que la campana de latón despertara a tía Harriet. Luego se hizo el silencio.

**Debí** de haberme quedado otra vez dormida pues me sobresalté cuando una mano se posó suave pero enérgicamente sobre mi hombro.

Primero pensé que Rosmarie había regresado pero era mi abuela, que estaba de pie junto a mi cama. Rosmarie no estaba allí. Medio dormida, miré a Bertha entrecerrando los ojos. Por lo general, ella no subía a las habitaciones de arriba durante sus vagabundeos nocturnos. Mi madre dormía abajo y debería haber oído cualquier ruido.

—Venga conmigo —susurró Bertha.

Sus cabellos blancos caían en libertad sobre sus hombros. No se había puesto la dentadura, así que daba la impresión de haberse tragado su propia boca. Tuve que hacer un esfuerzo para hablarle con amabilidad.

—Abuelita, te llevo de vuelta a la cama, ¿sí?

—¿Pero quién es usted entonces, mi pequeña señorita?

—Soy yo, Iris, tu nieta.

—¿Es eso verdad? Debo atraparla.

—Alto. Espera. Yo te acompaño.

Con paso tambaleante seguí a Bertha escaleras abajo. Era rápida.

—No, abuelita. No salgas. ¡A la cama!

Pero ella ya había descolgado la llave del gancho, y, tras introducirla en la cerradura, la hizo girar y bajó el picaporte. La campana resonó como un disparo en toda la casa. Mi madre dormía. Inga debía de estar aún arriba.

Bertha salió. Hacía más calor fuera que dentro de la vieja casa y había más luz. La luna resplandecía sobre el cielo azul oscuro. Era grande y casi llena y recortaba sombras negras en la hierba. Bertha descendió las escaleras y se detuvo de golpe, como si hubiera tropezado con un muro invisible. Miraba algo que parecía suspendido en el aire, no por encima de su cabeza, sino delante de ella. Me puse en alerta. Su mirada inquieta no dejaba de escudriñar la oscuridad, como buscando algo a lo que aferrarse. Pero entonces vio algo. Y al cabo de un momento lo vi yo también. Allí arriba, en el sauce, había un bulto oscuro, pero no fue hasta haber escrutado un buen rato la oscuridad que reconocí a Mira y a Rosmarie. Estaban acurrucadas, tan pegadas la una a la otra que sus siluetas se confundían. Entonces una de las siluetas se separó; era Rosmarie, que trepó lentamente por la rama del sauce hasta el techo plano pero ligeramente en pendiente del jardín de invierno. A nosotras no nos permitían hacer eso. El jardín de invierno era viejo, el techo tenía goteras y uno de cada dos cristales estaba resquebrajado o parcialmente despegado del marco de acero. Rosmarie hacía equilibrios sobre la estructura metálica. La brisa nocturna inflaba las mangas de su vestido. La blancura de sus brazos resplandecía. No podía llamarla. Era como si mi boca y mi lengua estuviesen atrapadas en las redes grises de una espesa



tela de araña. A mi lado, Bertha temblaba.

Mira empezó a gritar. Me costó varios segundos darme cuenta de que aquellos aullidos salían de la boca de un ser humano. Cuando volví otra vez la vista hacia Rosmarie, ella me miró a los ojos. Me asusté. A la luz de la luna, sus ojos eran casi blancos. Parecía sonreír con su depredadora sonrisa, aunque tal vez no hiciera más que arquear el labio superior sobre los incisivos como los animales cuando se ven amenazados. De pronto echó la cabeza hacia atrás, retiró el pie del marco metálico y lo apoyó sobre el vidrio. En un primer momento no pasó nada, luego se oyó un crujido. Mira enmudeció, le tendió la mano. Rosmarie la agarró.

Y en ese momento ocurrió: Mira se estremeció. Rosmarie le había enviado una descarga eléctrica. La mano de su amiga se le escapó. Crujidos y estallidos. Un golpe seco y un ruido metálico de nunca acabar, los paneles de cristal se separaron uno tras otro del marco y cayeron al suelo. Cristal que estalla sobre la piedra. Cristal que estalla. Cristal. Bañado por la claridad de la luna, el aire nocturno centelleaba de polvo y esquirlas de vidrio. Lancé un grito y corrí hacia la casa para llamar a mi madre y a Harriet. Cuando entré en el vestíbulo, las tres hermanas salían a mi encuentro. Inga no estaba en camión. Fuimos corriendo al jardín. Mira había bajado del sauce y aullaba, arrodillada junto a Rosmarie.

Rosmarie yacía de espaldas sobre las losas blancas acariciadas por el sauce. La brisa nocturna jugaba con las mangas de su vestido. A su alrededor, el suelo estaba cubierto de fragmentos de vidrio que brillaban como cristales. Un pequeño hilo de sangre salía de su nariz.

Harriet se lanzó sobre su hija e intentó la respiración boca a boca. Mi madre y tía Inga corrieron a la casa para llamar a la ambulancia, que se llevó a Rosmarie, a Mira y a Harriet.

Dejaron tras de sí un oscuro charco de sangre.

Resultó que Rosmarie había muerto de hemorragia cerebral, apenas había perdido sangre.

La sangre era de Mira.

Así fue como nos enteramos del embarazo de Mira y de que había abortado la víspera.

**Bertha** había desaparecido. Debíamos buscarla. Christa, Inga, y yo nos sentíamos aliviadas por tener algo que hacer. Registramos las tres juntas el jardín y la encontramos cerca de los groselleros.

—Anna, haz un salto de trampolín —dijo.

Me miró con sonrisa insegura.

—Tú no eres Anna.

Meneé la cabeza.

—¿Dónde está Anna? Dime. No sé cómo se caen estas bolas pegajosas.

Señaló las bayas.

—¿Y dónde fundiremos todo eso? Quiero decir que eso no mejorará; ¿o sí? Pero dime algo. Un duende salta. Si nosotros queremos. Pobrecita yo. Pobrecita yo.

Bertha estaba cada vez más inquieta. Se agachaba una y otra vez para recoger las bayas caídas al suelo.

—Y siguen bailando y bailando. Aquí no hay más que cadáveres. Es que ya no se puede. Todo igual que antes. Ha llegado el correo. Tralalá. Y ahora está todo.

Se echó a llorar.

Además, se lo había hecho en el pantalón del pijama. Yo también habría querido llorar, pero no era posible. Agarré a Bertha de la mano, ella se enfadó y se soltó. Di media vuelta con la intención de marcharme. Que se ocuparan Christa e Inga, yo no era capaz. Bertha me seguía, pero al ver a Christa y a Inga las llamó con la mano y se echó en sus brazos.

—¡Aquí están mis madres! ¡Qué alegría! Mis queridas señoras...

Inga y Christa la cogieron del brazo y yo las seguí lentamente. No era nada fácil saber quién sostenía a quién.

**Desde aquella noche y durante todas las siguientes noches, me negué a enfrentarme a las siguientes preguntas:**

¿Qué había querido decirme Rosmarie? ¿Por qué quería despertarme? ¿Quería hablar conmigo? ¿Quería que yo hablase con Mira? ¿Quería que la acompañase? Y en ese caso, ¿a dónde había tenido la intención de ir? ¿A la esclusa o al lago para nadar? ¿Quería simplemente que subiéramos al manzano de detrás de la casa? ¿O tal vez incluso a ver a tía Harriet? ¿Nos había visto a Bertha y a mí escudriñando la oscuridad? ¿Por qué no la había llamado yo entonces? ¿Sabía ella que Mira había abortado? ¿O se lo había contado Mira aquella misma noche y había saltado por esa razón? ¿Vida por vida? En ese caso, ¿quería tal vez contármelo? En ese caso, ¿se sentiría aliviada? En ese caso, ¿había tenido miedo? ¿Y por qué había trepado al árbol? ¿Se había caído? ¿Había saltado? ¿Había actuado por capricho? ¿O había sido premeditado? ¿Había soltado la mano de Mira sin querer? ¿De manera deliberada? ¿La había forzado Mira a soltarle la mano? ¿Qué

significaba aquel electrizante saludo de buenas noches? ¿Había querido vengarse tía Inga? ¿Quería Rosmarie despedirse de mí, revelarme un secreto, reconciliarse conmigo? ¿Pedirme perdón, o que yo le pidiese perdón? ¿Qué habría pasado si yo hubiese abierto los ojos, si no me hubiera hecho la ofendida? ¿Qué habría pasado de haberla seguido a escondidas, si la hubiese llamado entonces? ¿Qué había querido decirme Rosmarie esa noche? ¿Por qué había tratado de despertarme? ¿Había querido salir desde el principio o solo porque yo no quise despertarme? ¿Qué había querido decirme Rosmarie? ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué había querido decirme? ¿Por qué yo había fingido estar dormida? ¿Qué habría pasado si yo no hubiera reprimido la risa, si le hubiese guiñado un ojo? ¿Qué habría pasado si hubiese escuchado lo que ella quería decirme? ¿Qué había querido decirme? ¿Qué?

## **Capítulo 12**

**Max** no se fue a casa. Aquella noche hicimos el amor bajo el manzano.

**Al** amanecer salimos con las bicis y nos fuimos a nadar al lago. El agua estaba mansa y fría, y donde no era plateada era negra. Lo acompañé hasta su casa y me preguntó si podía pasar a verme después del trabajo. Le dije que sí.

Al caminar sobre la hierba del huerto, húmeda por el rocío, al principio no vi nada que me llamara la atención. Me tendí sobre el improvisado lecho donde habíamos pasado la noche y hundí la mirada en el follaje del manzano. No fue hasta ese momento cuando vi que las manzanas habían madurado durante la noche. Las ramas se doblaban bajo las pesadas Boskoop de rugosa piel verde y marrón rojizo. Estábamos en junio. Me levanté, cogí una e hiqué los dientes en ella. Era a la vez dulce y acida y de piel algo amarga. Fui a buscar cubos y cestas. Mientras me dirigía al cobertizo, me asaltó una duda y me desvié del camino para acercarme a los groselleros. Pero allí todo estaba como siempre. Nada más que grosellas blancas y negras.

**Pasé** el día recogiendo manzanas.

El árbol era grande y estaba muy cargado. Coloqué una escalera de aluminio contra el tronco. Junto a los cubos, cestos y barreños había encontrado ganchos metálicos en forma de «S» que se colgaban de una rama y se enganchaban al asa del cubo por el otro extremo. Con ese cubo subí y

bajé muchas veces la escalera. Recoger manzanas exigía un gran esfuerzo, pero el árbol me facilitaba las cosas. Sus ramas eran sólidas y se desplegaban como alas, y yo podía trepar y desplazarme por ellas y llegar fácilmente a los frutos más alejados del tronco.

¿Sería este el manzano del que Bertha se había caído para levantarse convertida de pronto en una anciana? No lo sabía, pero tampoco tenía demasiada importancia. Tras la fatal caída de Rosmarie, Harriet se había venido abajo. Inga había encontrado para Bertha una residencia de ancianos. Sin embargo, pasarían casi dos años hasta que Harriet se decidiera a dejar la casa y buscarse un apartamento en Hamburgo. Durante ese período, Inga se ocupaba a la vez de Harriet y de su madre, a quien llevaba con frecuencia a pasar la tarde en la casa que había sido su hogar. Mi madre viajaba casi siempre a Bootshaven fuera de mi periodo de vacaciones. Eso era un alivio para mí porque ya no quería acompañarla. Las pocas veces que estuve allí de paso fue durante mis vacaciones semestrales, en las que aprovechaba también para ir a Bremen a visitar a tía Inga. Si ella iba a visitar a Bertha en esos días, yo —excepto una única vez— no la acompañaba. Me daba cuenta de que mi actitud decepcionaba a mi tía y a mi madre, pero no podía cambiar las cosas.

Harriet no aguantó mucho tiempo en Hamburgo y se fue a la India, donde pasó varios meses en un *ashram* participando en seminarios. Eso pareció hacerle bien. Los seminarios costaban mucho dinero, se mudó a un apartamento aún más pequeño y trabajó aún más. Fue en esa época cuando empezó a llevar ese collar de madera con la imagen de Bhagwan y a firmar sus cartas con el nombre de Mohani. Aparte de eso, no vimos grandes cambios en ella. El lavado de cerebro, tan temido por Inga y por mi madre, no se produjo. En algunas ocasiones decía cosas relacionadas con la espiritualidad y el karma, pero eran ideas sobre las que ya hablaba antes de Bhagwan, cuando Rosmarie aún vivía. Christa decía que todo aquello que le hiciera bien a Harriet era correcto. Porque quien es invulnerable a la espiritualidad es también invulnerable a la curación.

**Fue** precisamente entonces cuando, por pura casualidad, Inga pasó por delante del consultorio y leyó la placa de Friedrich Quast. Llamó a su hermana. Unos días más tarde, Harriet tomaba el tren en dirección a Bremen. Se sentó en la sala de espera, que estaba repleta. Como no tenía ni hora concertada ni tarjeta de visita, tuvo que aguardar a que no quedara nadie, tranquilamente sentada. No esperaba nada. Tampoco contaba con

que sucediera nada. Por fin, el doctor Quast le hizo una seña para que entrara en su despacho.

Debió de encontrarse frente a una mujer de mediana edad, con cabellos alborotados, teñidos de *henna*. Un rostro sin maquillar, redondo y liso. Arrugas alrededor de los ojos y dos pliegues profundos a ambos lados de la nariz. Se fijaría en que llevaba ropa de colores azafrán, canela, *curry* y otras especias. Y, para completar el cuadro, zapatillas de deporte. El la habría catalogado enseguida, tal vez dentro del grupo «*exhippie* con tendencia al esoterismo, frustrada y seguramente divorciada».

Sin dar muestras de curiosidad, le preguntó por el motivo de la visita.

Que le dolía el corazón, respondió ella. Día y noche.

El asintió en silencio y arqueó las cejas para animarla a proseguir.

Harriet le sonrió.

—Yo tenía una hija. Está muerta. ¿Tiene usted una hija? ¿Un hijo?

Friedrich Quast la miró con más atención. Negó con la cabeza.

Harriet continuó hablando tranquilamente pero sin quitarle la vista de encima.

—Yo tenía una hija. Su pelo era pelirrojo como el suyo y tenía las manos llenas de pecas como usted.

Friedrich Quast puso las manos sobre la mesa. Hasta ese momento las había tenido metidas todo el tiempo en los bolsillos de su bata.

El no dijo nada, pero su párpado derecho empezó a temblar imperceptiblemente mientras seguía con la mirada clavada en Harriet.

—¿Qué edad?

Él carraspeó y precisó la pregunta.

—Perdón. ¿Qué edad tenía su hija?

—Quince. Casi dieciséis. Ya no era una niña, pero tampoco una mujer. Hoy tendría justo veintiún años.

Friedrich Quast tragó saliva. Asintió en silencio.

Harriet volvió a sonreír.

—Yo era joven y amaba a un estudiante pelirrojo. Siento pena por él, jamás conoció a su hija. Ella tampoco quiso saber jamás dónde estaba su padre, aunque yo la habría ayudado a averiguarlo. No tiene por qué ser tan difícil. Pero, ¿sabe usted?, me parte el corazón pensar que él jamás llegará a conocer a esa hija y, si él lo supiera, eso le partiría también el suyo.

Harriet se puso en pie; las lágrimas corrían por sus mejillas. Friedrich Quast estaba pálido. La miraba fijamente, con la respiración entrecortada. Harriet parecía no darse cuenta de sus propias lágrimas.

—Lo siento, doctor Quast, ya sé que usted no puede ayudarme pero, ¿sabe una cosa? Yo a usted, tampoco.

Harriet se dirigió hacia la puerta.

—No, no. No se vaya. ¿Cómo se llamaba? ¡Dígame cómo se llamaba!

Harriet lo miró. Sus ojos rojos eran inexpresivos. Jamás le daría el nombre de Rosmarie. Nada. Él no obtendría ni una brizna de Rosmarie.

—Debo irme —le dijo.

Harriet abrió la puerta y la cerró con delicadeza al salir. La secretaria la siguió con una mirada desconfiada, mientras ella se dirigía altiva a la salida y le hacía al pasar un distraído gesto con la cabeza.

**Al** cabo de unas semanas, cuando Inga volvió a pasar por aquella calle, sus ojos buscaron la placa con el nombre del doctor Quast, pero ya no estaba; otro médico se había instalado allí. Inga entró y preguntó por el doctor Quast. Le dijeron que ya no ejercía allí, ni en ningún otro consultorio de la ciudad.

**Inga** se quedó en Bremen. Seguía teniendo pretendientes, todos bien parecidos y casi siempre bastante más jóvenes que ella, pero nada serio. Mantenía a la gente a una prudente distancia pero retenía los instantes. Sus fotos se vendían bien. Por la serie dedicada a su madre había obtenido el Premio German Portrait de 1997. Entre tanto, aplicaba los principios de la electrostática a su trabajo. Con ocasión del entierro de Bertha me había explicado cómo conseguía, por medio de las variaciones de temperatura, cargar la película hasta saturarla. A partir de estas aplicaciones se podían explorar nuevas posibilidades y revolucionarios enfoques.

**Mientras** tanto, había llenado de manzanas dos cestos de ropa y un barreño de plástico. Los llevé a la casa y los dejé en la cocina. ¿Dónde convenía almacenarlos? ¿En el sótano o en el cobertizo? ¿Cuál era el sitio más fresco y más seco? De momento los dejé ahí donde estaban, en el suelo.

Me apoyé sobre uno de los cestos llenos de manzanas y contemplé el suelo pavimentado con pequeñas piedras cuadradas negras y blancas. Tal vez, hoy consiguiera descifrar los misteriosos caracteres. En el preciso momento en que parecían emerger las primeras figuras, oí pasos detrás de mí. Era Max, que acababa de entrar en la cocina y se detenía bruscamente al verme agachada mirando el suelo.

—¿No te encuentras bien?

Levanté la cabeza, turbada.

—No, desde luego que no.

Me serené rápidamente y dije:

—¿Sabes cómo se hace la compota de manzanas?

—Nunca la he hecho. Pero no debe de ser muy difícil.

—Vale, no sabes, pero ¿sabes pelar manzanas?

—Me temo que sí.

—Bien, aquí tienes el cuchillo.

—¿De dónde son estas manzanas?

—Del árbol bajo el que dormimos.

—Yo no dormí.

—Lo sé.

—¿Manzanas? Pero si estamos en...

—Junio, lo sé.

—Y ya que lo sabes todo, ¿querrías explicarme qué pasa?

Me encogí de hombros.

—¿El árbol de la ciencia crece en vuestro jardín? Eso hará aumentar el precio de tu casa, siempre y cuando aceptes la herencia.

Aún no había considerado la posibilidad de venderla. Miré a Max, que apretaba los labios.

—¿Qué pasa?

—Nada. Simplemente pensaba en que pronto volverás a marcharte. En que es posible que vendas la casa y no regreses nunca más, o sí, dentro de otros cien años, en una silla de ruedas empujada por tus bisnietos... Y ellos te llevarán en esa silla al cementerio, tú arrojarás una manzana sobre mi tumba y susurrarás: «¿Pero quién era ese hombre? ¿Qué aspecto tenía? Ah, sí, ya me acuerdo, jera el tipo al que yo siempre acechaba desnuda!». Y luego alzarás tu cuello siempre majestuoso y una risa de falsete se escapará de tu garganta. Entonces, tus bisnietos soltarán el manillar de la silla, sobresaltados, y tú te precipitarás por la abrupta pendiente de detrás de la esclusa, rodando hacia atrás, y te caerás estrepitosamente al agua en el mismo momento en que se abre la puerta de la esclusa y...

—Max...

—Lo siento, siempre hablo más de la cuenta cuando estoy asustado. Dejémoslo. Ven y dame un beso.

**Pelamos** manzanas y preparamos veintitrés frascos de compota. Eran todos los que había podido encontrar. De tanto hacer girar el pasapuré,

teníamos calambres en los brazos y las manos llenas de ampollas. Afortunadamente, había dos pasapurés en la casa, uno grande y uno pequeño, de modo que los dos pudimos darle a la manivela. Sazonamos la compota con canela y una pizca de nuez moscada. Piqué tres pepitas de manzana y las eché dentro. El aroma cálido y suave de las manzanas cocidas, mezclado con una dulce fragancia a tierra, llenaba hasta el último rincón de la casa e impregnaba incluso las cortinas y las camas; era una prodigiosa compota de manzanas.

**Pasé** los días siguientes en el jardín. Arranqué montañas de angélica y celidonia y liberé cuidadosamente los polemonios y las margaritas de las enredaderas que se enroscaban alrededor de sus tallos. Desenterré las milenramas que se habían propagado por los senderos y las planté en los arriates. Recorté las ramas de las lilas y el jazmín para que los groselleros espinosos volvieran a recibir el sol. Separé los tallos que agobiaban a los frágiles vástagos de los guisantes y los orienté hacia la valla o los sujeté a tutores. Las nomeolvides estaban a punto de secarse, y solo unas pocas manchas azules titilaban aún aquí y allá. Escurrí sus tallos delgados entre el pulgar y el índice para recolectar las semillas. Alcé la mano y dejé que el viento dispersara los pequeños granos grises.

El día de mi partida, Max me acompañó hasta la parada. Cuando el autobús giró en nuestra calle, le dije:

—Gracias por todo.

Subí y busqué un asiento libre. Cuando el bus arrancó bruscamente, el peso de mi propio cuerpo me hizo caer hacia atrás contra el respaldo.

### **Epílogo**

Estoy sentada ante el escritorio de Hinnerk con la mirada vuelta hacia el patio. Los tilos han perdido sus hojas. Ahora sé cómo es el jardín en invierno. Once veces ya lo he preparado para que resistiera el frío y he cubierto los arriates con ramas de pino, he protegido las plantas vivaces con esterillas, he podado los arbustos y los rosales. En febrero, el prado de delante de la casa está cubierto de campanillas blancas.

Sobre el escritorio están los escritos de un arquitecto y ensayista de Bremen que registró en los años veinte los acontecimientos y fenómenos del



ambiente artístico de la ciudad, antes de emigrar a América. Preparo la edición de su obra póstuma.

**Carsten** Lexow murió un año después de Bertha. A consecuencia de una caída. Con las tijeras de podar rosas en la mano.

**Mi** hijo hace *skateboard* con sus amigos en el patio, entre los tilos. He de contenerme para no golpear el cristal y pedirle que se levante los pantalones y se cierre la chaqueta. Pero no conseguiré aguantarme durante mucho rato.

Hace un frío glacial.

Desde hace algunos días estoy arreglando las habitaciones de arriba para mis padres. Mi padre ha decidido marcharse del sur de Alemania porque la melancolía de mi madre ha llegado demasiado lejos. Ella llora mucho y come poco. Se encierra en sí misma.

Mi madre olvida.

A veces no se acuerda de si ya ha cocinado o no. A veces olvida también cómo se cocina. Tal vez las cosas sean más fáciles para ella aquí, en la casa, pero no lo creo. Y dudo que lo crea mi padre.

**Aún** no he vuelto a ver a Mira, a pesar de que ahora es de la familia, pero nos llamamos de cuando en cuando. Max tiene más contacto con su hermana. Ella sigue siendo socia del mismo bufete y vive desde hace once años con una maestra en un apartamento de un edificio antiguo de Berlín. Cuando hablamos, jamás mencionamos a Rosmarie. Hasta tal punto evitamos hablar de ella, que se alcanza a oír su aliento en el auricular. Y el murmullo del viento nocturno en las ramas del sauce.

### **Agradecimientos**

Quiero dar las gracias a Birgit Schmitz y Katja Weller. También quiero expresar mi agradecimiento a Anke Hagen y Otfried Hagen, Gerd Hagen, Erika Thies y Christiane Thies. Mi gratitud y mi cariño a Christof Siemes, Johann y Mathilda.

\* \* \*

*Título original:*

*Der Geschmack von Apfelkernen*

*Diseño e imagen de cubierta: Opalworks*

© Verxag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co.

KG, Colonia, Alemania, 2008 □ 2009

© de la traducción: Ana Kosutic, 2011

© MAEVA EDICIONES, 2011

ISBN: 978 □ 84 □ 15120 □ 24 □ 7

Depósito legal: M-39.723 □ 2011

## **notes**

### **Notas a pie de página**

<sup>1</sup> Al partido de Unión Demócrata Cristiana (CDU) de Alemania se le llama partido «negro». (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Artículo del Código Penal alemán relativo a los derechos de la mujer y el aborto. (*N. de la T.*)

## **Table of Contents**

### EL SABOR DE LAS PEPITAS DE MANZANA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Agradecimientos

Notas a pie de página

